Tomás Moro

Utopía

Ciencia política

Alianza Editorial

Ciencias sociales

Tomás Moro

Utopía

La mejor forma de comunidad política
y la nueva isla de Utopía
Librito de oro, no menos saludable que
festivo, compuesto por el muy ilustre
e ingenioso Tomás Moro,
ciudadano y sheriff de la muy noble
ciudad de Londres

Introducción, traducción y notas
de Pedro Rodríguez Santidrián

El libro de bolsillo
Ciencia política
Alianza Editorial

Título original:
DE OPTIMO REIP. STATU, DEQUE NOUA INSULA UTOPIA, LIBELLUS UERE AUREUS, NEC MINUS SALUTARIS QUAM FESTIUUS, CLARISSIMI DISERTISSIMIQUE UIRI THOMAE MORI INCLYTAE CIUITATIS LONDINENSIS CIUIS ET UICECOMITIS. APUD INCLYTAM BASILEAM. MENSE NOVEMBRI. M.D.XVIII

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1984
Undécima reimpresión: 1997
Primera edición en «Área de conocimiento, Ciencias sociales»: 1998
Octava reimpresión: 2010

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la introducción, traducción y notas: Pedro Rodríguez Santidrián
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 1985, 1986, 1987, 1988, 1990, 1991, 1992, 1994, 1995, 1997, 1998, 2000, 2001, 2002, 2004, 2006, 2008, 2010
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-3966-6
Depósito legal: M. 24.812-2010
Impreso en EFCA, S. A. Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

Introducción

Ha sido nuestro tiempo quien ha descubierto la relación entre utopía, progreso e historia. Para nosotros «utopía» está llena de sentido y lleva una carga de presentimientos y anticipaciones. Desde ahora esta palabra ya no podrá tomarse a broma como sugeridora de pasatiempo, de ficción o de irrealidad. Ni tampoco como evocadora de lo imposible, de lo inalcanzable y, por ende, de lo absurdo. Utopía existe –dirá el protagonista de la obra de Moro– y yo he estado en ella[1]. La utopía es posible y realizable y forma parte de nuestra historia.

Este descubrimiento de la utopía como motor de la vida y de la historia ha suscitado también el interés por el conocimiento de la literatura utópica y de los autores que encarnaron la utopía. Interesa a los estudiosos y al público en general. Parece que el deseo de evadir y trascender la realidad –de transformarla– está en la base de este éxito.

Tomás Moro y su «Utopía», centro de interés

El descubrimiento de la utopía ha llegado también al creador del género, a Tomás Moro y a su obra más conocida

«Utopía». Todos saben que él creó los vocablos «Utopía», «utopiense», «utopiano». Y su libro, uno de los clásicos del Renacimiento, ha saltado a la calle. Y además, la obra de Moro se ha convertido en punto de referencia para caminar por el paisaje tortuoso y movedizo del nuevo país de Utopía.

Aquí, como en tantos casos, el autor y la obra están íntimamente ligados. Se explican mutuamente. Haremos, en primer lugar, un guión de la vida de Moro, como autor y protagonista de *Utopía*, para estudiar después su obra[2].

Tomás Moro nace en Londres el 6 de febrero de 1478, de una familia «honorable mas sin lustre particular». Se inicia en las primeras letras y en latín en la escuela particular de St. Anthony (1485), para pasar a los doce años, en calidad de paje, al palacio del cardenal Morton, arzobispo de Londres (1490). De este hombre guardará toda su vida un recuerdo entrañable y lleno de respeto. El retrato que nos ha dejado de él en *Utopía*[3] nos lo presenta como hombre lleno de humanidad, culto y político sagaz. El elogio excede con mucho al juicio que mereció de sus contemporáneos.

Gracias a la influencia de Morton, Moro pudo ingresar en la Universidad de Oxford a los 14 años (1492). Aquí tiene los primeros contactos con el humanismo naciente y pujante ya en Inglaterra. Moro trata y admira a los prohombres del Renacimiento inglés Grocyn, Linacre, Colet. Ellos le iniciarán en el humanismo cristiano y serán sus amigos para toda la vida. Al final de su carrera universitaria hará el encuentro y la amistad más influyente y decisiva: Erasmo de Rotterdam. En 1496 se ven por primera vez en Oxford, sellando una amistad que durará hasta la muerte[4].

Por estas fechas, el padre de Moro, alarmado por la vocación y el ambiente literario en que vive su hijo, le hace matricularse en la carrera de derecho. En 1494 le vemos en la New Inn y en 1496 en Lincoln's Inn, dos residencias para estu-

diantes y profesores de derecho. A sus 23 años aparece como profesor de la asignatura en Furnivall's Inn (1500).

Durante los años 1501-1503 vive una experiencia que dejará en su vida una huella imborrable. Se encierra en la cartuja de Londres. Aquí perfecciona su latín y, sobre todo, el griego. Y aquí vivirá su ideal de humanista cristiano. Vive una vida de oración y de estudio sin dejar el contacto con los humanistas: Linacre, Gracyn, Colet, Erasmo y el helenista W. Lily. Le atrae el ideal cristiano vivido por los monjes. Hasta siente deseos de encerrarse para siempre en la cartuja. Opta, sin embargo, por vivir su ideal cristiano en el mundo, como cristiano de a pie. Le horroriza ser uno de esos frailes holgazanes con quienes se topa todos los días.

Desde 1503 simultanea su cargo de miembro en el consejo de abogados con los primeros trabajos literarios: «Epigramas», primeros versos, «Conferencias sobre la ciudad de Dios». El año 1504 le vemos ya definitivamente introducido en la vida pública de Londres y de Inglaterra. Con veintisiete años es nombrado diputado en el Parlamento. Publica su *Vida de Pico de la Mirándola*[5].

No estará de más, ahora que Moro se incorpora a la vida pública de Inglaterra, presentar al lector el escenario donde discurre la vida de nuestro hombre. Cuando nace, no ha terminado aún la Guerra de las dos Rosas (1455-1485). Su vida participa en el reinado de tres reyes a los que estará profundamente ligado: Ricardo III, Enrique VII y Enrique VIII.

En el marco europeo e internacional, tres acontecimientos señalan el escenario sobre el que se proyecta su vida: el fenómeno cultural del Renacimiento, al que se incorpora; la Reforma de la Iglesia, que en parte prepara y desea, pero que no acepta tal cual la entiende y practica Lutero. Y finalmente, el descubrimiento de América. Los tres, en buena medida, influyen en sus primeros años, y son decisivos en los siguientes[6].

En 1505 contrae matrimonio con Jane Colt, con quien vive muy feliz hasta 1511. Del matrimonio nacerán tres hijas y un hijo. Sigue su actividad literaria, publicando en colaboración con Erasmo los *Diálogos de Luciano*. En 1508 sale por primera vez a Lovaina y París, huyendo un poco de las iras de Enrique VII, a quien se ha opuesto en el Parlamento por su política de tributos. Vuelto a la isla, reanuda sus actividades públicas ahora como miembro de honor de la corporación de los mercaderes de la seda, y poco más tarde (1510) como *sheriff* de Londres.

En 1511 muere su esposa Jane y contrae segundas nupcias con Alice Middleton, viuda de un rico comerciante londinense. Vuelve a las clases de derecho en Lincoln's Inn, curso que repetirá en 1515. Mientras, aparece su *Ricardo III* (1513) en el que se inspirará Shakespeare para su drama del mismo nombre. Estamos entrando en su época de plenitud, literaria y política.

En efecto, a partir de 1515 –Moro tiene ya treinta y ocho años– forma parte de una embajada inglesa en Flandes. Aquí escribe, como sabemos, el Libro II de *Utopía*. De vuelta a Inglaterra, escribe el Libro I (1516).

Este mismo año aparece en Lovaina la primera edición de la *Nueva Isla de Utopía, libro tan útil como entretenido*. Los dos años siguientes (1517-1518) ven aparecer las ediciones de París y Basilea.

En su vertiente pública, la vida de Moro se desdobla ahora hacia la política de Estado y hacia la defensa de la religión cristiana. A tal efecto le vemos como diplomático en una segunda embajada en Calais (1517). En este mismo año entra en el consejo privado del Rey y es relator del Consejo de Estado. En 1523 aparece como *speaker* o portavoz de la Cámara de los Comunes, para terminar en 1529 como Canciller del Reino.

Simultáneamente asume durante estos años la nueva tarea de defensor de la religión establecida. A su libro de piedad y meditación *Las cuatro últimas cosas* (1522), añade el

de polémica *Contra Lutero* (1523). Durante varios años, dirigirá sus tiros contra el principal innovador reformista inglés, Tyndale. Esta polémica y la postura de Moro frente a la Reforma harán de él un abanderado del catolicismo fiel a Roma. El humanista ha terminado en teólogo.

En 1532 asistimos al declinar de la estrella de Moro como político. Este año renuncia a la cancillería de Inglaterra, un día después de que el clero aceptara el *Acta de Supremacía* por la que Enrique VIII era declarado cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Entre 1533-35 se decide la suerte de Moro. Se ha retirado a su casa de Chelsea. El rey sigue presionándole, pero no estará dispuesto a vender su libertad ni su conciencia. No firmará las dos cosas que le pide el Rey: el Acta de Supremacía, ni reconocerá su matrimonio con Ana Bolena. Es considerado como traidor. Se cumple así lo que había escrito en su obra: «no se puede ir contra el consejo del príncipe so pena de ser tenido por traidor»[7]. Después de cuatro interrogatorios, fue condenado a muerte el 1 de julio de 1535, siendo ejecutado el 6 del mismo mes.

El patetismo que ofrece la muerte de Moro es de escalofrío. No lo es menos sus últimos meses en la Torre y su correspondencia. La literatura y el cine han encontrado y seguirán encontrando en él motivos de inspiración. Pero lo que más llama nuestra atención es el giro que en estos últimos años toma su vida de cristiano. Su radicalización adquiere unos límites precisos en el rechazo de todo lo que viene del lado de los reformadores y de lo que hiere su conciencia de cristiano. Es ahora cuando aflora su honda humanidad cristiana. Sus obras como *La confusión de Salem y de Bizancio* (1533), *La Cena del Señor* (1533), el *Diálogo del Consuelo* (1534), *Tratado sobre la Pasión* (1534), *Meditaciones y oraciones* (1535), pueden ser ejemplo de las dos cosas.

Pero, sobre todo, en su vida de aislamiento y confinación después en la Torre de Londres, la mejor lección de humanismo cristiano y de utopía. «No veo que ninguna autoridad

tenga derecho a forzar a nadie a cambiar de opinión y hacer que su conciencia pase de un lado al otro». «Soy el único que lleva la responsabilidad de mi propia alma». «Muero como súbdito del Rey, pero más de Dios»[8].

Ya hemos hecho alusión al humanismo de Moro en esta introducción. Es hora de detenernos un poco a ver esta faceta de Moro. Tanto él como su obra serían incomprensibles sin el movimiento humanista que avanza por Inglaterra.

Fue el mismo Erasmo quien descubrió asombrado este ambiente humanista a su llegada a Inglaterra en 1499: «He encontrado aquí un humanismo y una erudición tan grandes, tan exentos de toda vulgaridad y tan logrados, lo mismo en su vertiente latina que griega, que se me han quitado las ganas de volver a Italia. Cuando escucho a mi amigo Colet, me parece estar oyendo al mismo Platón. ¿Quién no reconocería en Grocyn un dominio de todos los saberes? ¿Puede darse algo más penetrante, más profundo y más exquisito que el juicio de Linacre? ¿Dónde encontrar un natural más amable, más atrayente y más feliz que el de Tomás Moro?»[9].

Tal era la atmósfera de Oxford a principios del siglo XVI. Este grupo de hombres, en contacto y verdadera hermandad con los del continente, establecen la corriente de humanismo cristiano más característica de Europa y que tiene en Erasmo su principal abanderado.

Creen que la sabiduría reside en la fidelidad al espíritu del Evangelio. La vuelta al espíritu evangélico necesita una reforma interior de la Iglesia sin que piensen en la necesidad de separarse de Roma. Como sustitución a la vieja cristiandad medieval, sueñan en una nueva comunidad social, hecha de humanismo cristiano y de tolerancia. La reforma interior del clero y la autoridad de un príncipe imbuido por las disciplinas humanistas han de tener su inspiración en el Evangelio.

Vemos, pues, que ese humanismo cristiano se inspira por un lado en una cierta sabiduría pagana, representada funda-

mentalmente por Platón y su escuela. Moro y sus amigos son los herederos del neoplatonismo de Ficino y de Pico de la Mirándola. Y ya sabemos que el ideal de éstos es establecer una continuidad total entre cristianismo y platonismo.

Por otra parte, este movimiento se proyecta hacia un nuevo programa de educación y de política más conformes a la razón y a la fe. Colet, Erasmo y Moro tienen una fe común tanto en las leyes de la naturaleza como en el cristianismo. Encontrar las leyes de la naturaleza es acercarse más a Dios. Vivir según la naturaleza es conformarse a la voluntad de Dios y vivir virtuosamente. Aplicar estos principios a la vida social y a la vida política es el empeño de los humanistas. Todos los hombres están unidos por naturaleza. La felicidad de uno es la de todos. Y el deber fundamental de un gobierno es asegurar las condiciones de este bienestar general. De este modo, en las manos del príncipe reside el poder de hacer el sumo bien y el sumo mal. Es tarea urgente educar al príncipe para que sea rey para los hombres. Su deber primero es el bienestar del pueblo.

Sólo una educación entendida como formación intelectual y de la persona puede transformar la sociedad.

La vida y la obra de Moro no son más que una concreción de estos ideales. En su vida, en su familia, en su trabajo y en su obra escrita encontramos al humanista. Es un apasionado del mundo griego y latino. Goza con la vida de familia y busca la amistad. Ama la vida en todas sus manifestaciones. Éste es el retrato que de él nos ha dejado Erasmo:

> Su estatura por encima de lo normal, sus miembros bien proporcionados, su actitud noble. Tenía la tez blanca, ligeramente coloreada, el cabello castaño oscuro y los ojos azules. Sus manos rudas y descuidadas, su atuendo descuidado. Tenía una voz dulce y penetrante; sus maneras amables, llenas de atracción, libres de esa etiqueta particular propia de su país y de su época. Amaba apasionadamente el descanso y la libertad; pero cuando le llamaba el deber, se mostraba un modelo de celo y de paciencia. Parecía hecho para

la amistad. Poco exigente consigo mismo, sacrificaba sus intereses a los de sus amigos. Gustaba de las bromas, incluso hasta cuando se hacían a su costa. Gustaba toda clase de discursos, tanto de los ignorantes como de los sabios. Le gustaba escuchar al pueblo y con frecuencia iba a los mercados a escucharle. Recibía a su mesa a la gente del lugar con alegría y familiaridad. Sólo con cautela frecuentaba a los grandes y a los ricos, sin hacerse amigo de ellos. Buscaba a los pobres vergonzantes para asistirlos. Moro fue en Inglaterra uno de los protectores más activos y más lúcidos de las letras y de las artes...[10].

La paradoja moreana

La vida de Tomás Moro y la lectura de *Utopía* han desorientado a más de uno. «¿Puede un fiel cristiano, como se dice que era Moro, afirmar cosas como la eutanasia, el matrimonio de los sacerdotes y el divorcio por mutuo consentimiento basado en la incompatibilidad? ¿Puede un hombre que se llamó a sí mismo en su epitafio terror de herejes, y que escribió cientos de páginas contra ellos, haber recomendado la tolerancia religiosa? ¿Puede un gran propietario, cuya renta al actual cambio podría ser de unas 10.000 libras anuales, y que más tarde comparó al rico con la gallina que cubría los huevos de oro, haber sido un cripto-comunista?»[11].

En efecto, nos encontramos ante la paradoja y la sorpresa moreana que tanto ha desconcertado y sigue desconcertando. Sin embargo, tenemos elementos de juicio para aceptar los hechos como son. No podemos extrapolarlos ni atenuarlos acomodándolos a nuestras ideas de hoy.

Nadie puede dudar de la sinceridad de su martirio. Ni de la sincera piedad vivida en los últimos años de su vida, sobre todo en la Torre. No se puede tampoco dudar de la seriedad de Moro al plantearse los problemas y cuestiones que plantea en *Utopía*. Sus ideas, por ejemplo, respecto a la vida religiosa, al celibato de los sacerdotes, al ejercicio del sacerdocio por parte de las mujeres, a la tolerancia religiosa, a la moral

matrimonial del divorcio, a la eutanasia, son cuestiones fronterizas que todo intelectual se ha planteado. ¿Por qué no podría Moro hacerlo? Están ahí, no se pueden disimular, aunque choquen con las tesis sostenidas por la Iglesia oficial. Algunos de estos problemas y cuestiones forman parte de la temática humana y religiosa que el humanismo cristiano plantea. Mientras estos autores se sienten vinculados al Evangelio -y en él se sienten libres-, se sienten alejados y no comprometidos con los teólogos y con la Iglesia de los Pontífices, a quienes también acusan.

Reconozcamos también que el tren de vida de Moro y su casa de Chelsea no eran los de los pobres que describe en *Utopía*. Se nos alaba de él su gran caridad. Pero tenemos el testimonio mejor de su vida. A pesar de su riqueza y de su poder, todo hace pensar que vivió por encima de ellos y que tuvo el valor de denunciarlos. Sintió vivamente la injusticia y trató de desenmascararla en y desde las esferas de riqueza y de poder donde vivió. Éste es su mérito.

Por otra parte, nada nos impide pensar que Moro, rechazando con todo su corazón la violencia y la guerra [12], «no duda en pagar fuertes sumas a mercenarios zapoletas..., anhela que el atractivo de la ganancia excite su coraje y así entregue a muchos de ellos a una justa exterminación... Moro no explica cómo se impide a los esbirros quemar las cosechas, masacrar a los civiles y destruir las ciudades. Supone, es cierto, que gracias al empleo sistemático de la astucia los combates seguirán siendo algo excepcional. Siguen siendo la mejor arma aquellos agentes secretos que fomentan los complots, alientan las revueltas y hacen asesinar a los jefes enemigos. Exactamente contemporánea del *Príncipe*, la *Utopía* es apenas menos cínica en algunas de sus páginas, pero justifica por fines altamente morales el empleo conjunto de la propaganda y de la violencia... En el papel, al menos, él es, sin embargo, el predecesor de todos los organizadores de "ejércitos rojos" y de todos los especialistas en *agit-prop*» [13].

La pregunta por la Utopía moreana

¿Qué es, entonces, *Utopía*? Ésta es la gran pregunta. Y lo primero que tenemos que responder es que *Utopía* es todo lo contrario a una broma. No es un libro de pasatiempo ni de lectura fácil. Es un libro en clave, esotérico, iniciático, que necesita ser leído con atención. Este pequeño libro se presta a lecturas encontradas que hacen más rico y más actual su mensaje. La respuesta a la pregunta por *Utopía* la tenemos en su misma gestación. Se gesta y evoluciona al ritmo de la amistad de Moro con Erasmo de Rotterdam (1467-1536). Sin Erasmo, es casi impensable que hubiera nacido. Esta amistad nacida en la primera juventud –Moro tenía 21 años cuando conoció por primera vez a Erasmo– se mantiene ya hasta la muerte. Juntos traducirán los *Epigramas* y los *Diálogos* de Luciano [14].

Esta misma amistad les embarcará en una empresa común de educar y formar a los hombres y a los cristianos de su tiempo. En el proyecto de *Utopía* está el programa del humanismo cristiano. En 1509 Erasmo publica el *Elogio de la Locura*, o insensatez. La obra está dedicada a Moro. «Al escribirla pensé primero en tu propio nombre de Moro, tan parecido a la locura *(moría)* como tu persona está alejado de ella» [15]. Es un libro voluntariamente pensado para una doble lectura, de dos caras: la de la locura y la de la sabiduría. Vuelve a aparecer en la obra el *morosofos* de Luciano: el hombre cuya sabiduría es locura para los tontos. Lo que buscaba Erasmo era una invitación a leer e interpretar el mundo de otra manera: a la luz de los escritos de los antiguos y de la auténtica filosofía cristiana.

Ante la lectura del libro de Erasmo, cabía preguntar: ¿dónde está la sabiduría? En ninguna parte: NUSQUAM. Así se va gestando a lo largo de seis años la obra que, como respuesta al desafío erasmiano, será llamada primeramente NUSQUAM NOSTRA: *Nuestra ninguna parte*. Pronto esta *Nus-*

quama, por arte de ese juego de palabras griegas, que tanto dicen en el lenguaje moreano, pasará a llamarse *Utopía*. Era la traducción griega de la palabra NUSQUAM: *Ninguna parte, No hay lugar*. Aparecía así un nuevo vocablo más sugestivo y que pronto tendría su lugar en todas las lenguas. «Se puede decir que si Moro es gemelo de Erasmo, su *Utopía* es prima de la Moría», dice Prévost[16].

El libro de *Utopía* es fruto de una amistad. Y esconde un propósito bien claro de un tipo nuevo y distinto de educación. Su gestación es larga. Todo parece indicar que comienza hacia 1509. La redacción definitiva del segundo libro –la construcción de una comunidad política ejemplo de bienestar y de perfección humana– se termina en el otoño de 1515 durante la estancia de Moro en Flandes. El libro primero –circunstancia histórica de la que parte Moro– se redacta en los primeros meses de 1516. Aparece por primera vez en Lovaina, ya bien entrado el otoño de este mismo año, con el título definitivo de *Utopía*.

Fue una edición improvisada y precipitada, que no gustó al mismo autor. En enero de 1517 escribía a un amigo: «Este libro no debería haber salido de la isla. Fue una obra que se me escapó de las manos sin haberla trabajado como yo quería»[17]. Le decepcionó.

En 1517 aparece la segunda edición en París. Erasmo corrió con el encargo y con el riesgo de hacer una segunda edición. Tampoco esta edición convenció ni a Erasmo ni a Moro. «He visto por fin la *Utopía* impresa en París y está plagada de erratas», escribe Erasmo decepcionado[18].

Sería necesaria una tercera edición que subsanara las deficiencias de las dos primeras ediciones. Había además una segunda razón más poderosa. El público culto de Europa pedía ejemplares del libro. La dificultad de los transportes hacía difícil conseguirlos. Se pensó, pues, en una tercera edición más acabada y más accesible al público. Fue la edición de Basilea (Ball, 1518). Esta vez será Erasmo quien vigilará

más de cerca para que la edición salga lo más perfecta posible. La correspondencia de Erasmo a Moro en este tiempo nos ofrece todas las incidencias de la impresión. Los dos han puesto en ella todas sus ilusiones. Sale en marzo de 1518. Es una edición de lujo. Venía avalada con frontispicios, ilustraciones de escenas típicas, grabados en madera debidos a Ambrosius y a Hans Holbein.

A pesar de la perfección sobre las anteriores, no dejó plenamente satisfechos a sus autores. La edición de marzo de 1518 se agotó inmediatamente. Una vez más Moro y Erasmo se imponen la tarea de una cuarta edición, que aparece en noviembre de 1518, también en Basilea. Esta edición será la definitiva –*ne varietur*–. A partir de este momento se hacen innumerables ediciones, la mayoría de las cuales repiten la de marzo y noviembre de 1518. Dado el carácter de esta introducción, no podemos seguir el desarrollo y la peripecia de todas las ediciones y traducciones de la obra[19].

Hemos visto la evolución sufrida por *Utopía* tanto en su gestación como en su alumbramiento. Permítasenos ahora entrar dentro de la obra y ver cómo quedó definitivamente estructurada.

Interesa saberlo de manera particular al público hispanoparlante. Éste no ha conocido todavía una traducción completa de la obra. Moro no reconocería las versiones españolas de su obra. Pero de esto hablaremos al final de esta introducción.

Si queremos, por tanto, conocer el libro en su integridad, tenemos que partir de las dos ediciones de 1518. Como los libros de la época, el texto va precedido de documentos y cartas de recomendación importantes para su comprensión o lectura. Personalmente he de decir que sólo la lectura completa de los textos que preceden y siguen a la obra me ha ayudado a comprender y situar el texto. Por lo demás «hoy no es lícito presentar al público una edición de *Utopía*, incluso

una edición de vulgarización, sin adjuntar los documentos anejos tan indispensables a la inteligencia del texto como el texto mismo» [20]. Por primera vez nuestra edición traduce estos textos conocidos como «parerga» o piezas anejas al texto.

Ésta es la estructura del libro:

Título: LA MEJOR FORMA DE COMUNIDAD POLÍTICA
Y LA NUEVA ISLA DE UTOPÍA
Librito de oro, tan interesante como festivo,
compuesto por el muy ilustre e ingenioso
TOMÁS MORO,
ciudadano y sheriff de la muy noble ciudad
de Londres

I. DOCUMENTOS INTRODUCTORIOS (parerga)

1. Carta de Erasmo al editor J. Froben.
2. Carta de Budé a Tomás Lupset.
3. Sexteto de Anemolio sobre el significado de Utopía-Eutopía.
4. Mapa idealizado de Utopía.
5. Alfabeto de la lengua utopiana.
6. Carta de Pedro Gilles al mecenas J. Busleiden.
7. Carta de Tomás Moro a Pedro Gilles.

II. UTOPÍA

Libro I: Coloquio con el eximio Rafael Hitlodeo sobre la mejor forma de comunidad política, por el ilustre Tomás Moro, ciudadano y sheriff de Londres, ínclita ciudad de Inglaterra.

Libro II: Exposición de Rafael Hitlodeo sobre la mejor forma de comunidad política, por Tomás Moro, ciudadano y sheriff de Londres.

III. DOCUMENTOS FINALES

1. Carta de Jerónimo Busleiden a Tomás Moro.
2. Poemas de exaltación de Utopía.
3. Colofón de J. Froben.

No estaría completa la descripción material del libro en su estructura definitiva de la edición de 1518, si no hiciéramos mención de las notas marginales con que apareció. A falta de una división en capítulos, en su primera edición aparecieron unas notas marginales. Parece que no tenían otra finalidad que guiar al lector dentro de un texto compacto y sin divisiones. Tales notas son como la impresión o la glosa de un lector ante la primera lectura de la obra. No son, por consiguiente, de Moro. Su paternidad habría que atribuirla tanto a P. Gilles como a Erasmo, en cierta manera también padres de la criatura. Por lo demás, P. Gilles se atribuye la paternidad de las mismas, al menos en su mayor parte.

La pregunta por el libro nos lleva a hacer una lectura del mismo ayudados por su propio autor. Todo parte de una situación que vive Inglaterra –y en alguna medida Europa– entre los siglos XV-XVI. La soberbia, la avaricia y la falta de honradez de los dirigentes –reyes, nobles, mercaderes y clero– han pervertido el orden social y económico inglés. Aparece así la descripción de la llamada *distopía* que está pidiendo a gritos un orden y unas estructuras nuevos.

El libro primero nos presenta, pues, en las páginas más patéticas de la obra la distopía que vive Inglaterra. El análisis

que hace Moro de los campesinos expulsados de sus tierras, obligados a vender el mobiliario por cuatro perras, sin más recursos que el día y la noche, invadiendo los caminos y obligados a robar, nos recuerda la mejor literatura revolucionaria de nuestro tiempo *(Utopía,* pág. 82). La descripción de las ovejas que devoran a los hombres es de antología *(Utopía,* pág. 81).

El diagnóstico socio-económico de esta sociedad con las secuelas de paro, hambre, rapiña, cohecho y degradación moral serán el mejor acicate para buscar los remedios. La abolición de los monopolios y de los oligopolios, el desarrollo de una educación mejor serán propuestos a esta distopía criminal.

Pero, sobre todo, este análisis de las causas del mal llevará al autor a denunciar la principal de ellas. «Voy a decirte lo que siento. Creo que donde hay propiedad privada y donde todo se mide por el dinero, difícilmente se logrará que la cosa pública se administre con justicia y se viva con prosperidad» *(Utopía,* pág. 105). «Por todo ello, he llegado a la conclusión de que si no se suprime la propiedad privada es casi imposible arbitrar un método de justicia distributiva, ni administrar acertadamente las cosas humanas.»

El segundo punto eje del debate, que se viene insinuando a lo largo del mismo, versa sobre la eficacia que la presencia y el oficio del filósofo pueda tener en el consejo de los reyes y de los responsables. La solución a la que llega Moro es que el filósofo no podrá contar con la colaboración de los clérigos ávidos e ignorantes, más preocupados de sus intereses que del bien de los pobres. Tampoco con las clases sociales dominantes: nobles, grandes propietarios. La veleidad y el bienestar de los cortesanos no les permite pensar en reformas. Mucho menos con el cinismo de los hombres de leyes enfrentados a los filósofos. Y desde luego es impensable contar con el poder real. «Toda colaboración con el poder está de antemano condenada al fracaso» *(Utopía,* pág. 89).

Así se zanja la cuestión planteada por Moro a Hitlodeo al principio del debate. Mi labor sería inútil –concluirá Hitlodeo–. No puedo comprometer mi persona y mi función de filósofo.

Conclusión: «No hay otra solución que echar por tierra estos regímenes tiránicos.» Hitlodeo adopta una postura radical e intransigente: la revolución. El libro II es la respuesta y la solución. Está concebido como una charla de sobremesa en el jardín de la casa de Moro en Amberes. Hoy diríamos que es como un reportaje-memoria de lo que Hitlodeo ha visto y vivido en la isla de Utopía. Constituye la parte central y medular de la obra. Clásicamente está concebida como un discurso o disertación sobre la «nueva isla y la mejor forma de comunidad política». Originalmente está escrita –como dijimos– en un solo bloque, habiendo surgido posteriormente las divisiones que ahora tiene. La extensión del Libro II es prácticamente el doble de la del primero *(cfr. Utopía,* págs. 113-210). Esto nos dice ya la importancia que el autor le concedía.

Ayudará a su comprensión el esquema de la misma que dimos arriba. Digamos antes que el Libro II es la ruptura y el contrapunto a la distopía que acabamos de estudiar. La utopía se nos presenta a la vuelta de la página en un cambio brusco de decorado y de estilo. La revolución es un hecho y ahora aparece en este informe-reportaje que Hitlodeo-Moro nos hace de la isla de Utopía. Se nos presenta una sociedad feliz porque está basada en la justicia. Esta idea de justicia en Tomás Moro va íntimamente ligada a la realización de una sociedad sin clases, es decir, a la abolición de la propiedad privada y del poder del dinero. Tal es el fundamento de la sociedad utopiana. La propiedad privada es un mal –el mal– causa de todos los males. La justicia y la felicidad comienza por el restablecimiento de un orden económico basado en la igualdad.

Aquí reside precisamente la gran originalidad del pensamiento moreano, y es lo que hace que Utopía sea un eslabón

entre el comunismo aristocrático de Platón y el socialismo científico marxiano.

Moro rompe así la tradición social cristiana, para la que –de acuerdo con Santo Tomás de Aquino– la propiedad privada es de derecho natural. Pero no se embarca en una colectivización dirigida por el partido –al estilo del comunismo leninista– ni siquiera tal como lo había imaginado Platón, sino por el mismo hombre. La transformación de la sociedad –más justa y más humana– es obra del mismo hombre.

Utopía está organizada como república basada en unas estructuras. Estructura social, cuya base es la familia ampliada. Estructura política, basada en la representatividad popular. Estructura laboral, mantenida por el trabajo de todos. Estructura económica fundada en la propiedad, promoción y distribución común de todos los bienes. Una estructura de servicios, asistencial, educativa y militar.

Y, por encima de todo, una estructura con un código moral y religioso basado en la misma naturaleza y que hace de ella «la más feliz de las islas».

Frente a este núcleo central debemos señalar lo que se han llamado temas menores. Moro, en efecto, se sirve de su libro como plataforma para su magisterio moral. Entre estos temas menores, destacamos la pena de muerte, la eutanasia, la guerra y los distintos tipos de guerra, la colonización, la esclavitud y mano de obra, la diplomacia y la función administrativa, el divorcio, etc., y, cómo no, su teoría del placer, su epicureísmo[21].

La originalidad de Utopía

«¡Qué hermoso libro, qué libro tan tonto!» En esta exclamación de Ruskin aparece toda la originalidad de *Utopía*. El juego deliberado entre lo real y lo irreal, las palabras, el tono,

el humor, la ironía hacen del libro una obra singularmente original y nueva.

Todos están de acuerdo en señalar que la verdadera originalidad del libro se debe a su mismo autor. Él es la Utopía. El libro «tan entretenido como instructivo» es el mismo Moro. Decir las cosas «con una risa» –como quería Horacio– o decirlas «con ingenio y que además interesen» –como quería Luciano– constituye la primera originalidad de la obra.

¿Quiere esto decir que Moro no es tributario del pasado en la construcción de su obra? No. Es evidente la influencia de autores como Platón, Luciano, Plinio, la Biblia, San Agustín. Limitar sin embargo, a estos autores, la influencia exclusiva sobre Moro sería una pobreza imperdonable. Porque, además, debemos recordar que la inspiración en estos autores no indica que Utopía no tenga su sello de originalidad inconfundible. Utopía no es una repetición, un calco, un eclecticismo de las utopías anteriores.

Su originalidad fundamental estriba en la misma sensación de naturalidad, de realidad que Moro da a su obra. A ello contribuye el haber incorporado a la misma la geografía, la historia y las costumbres de Inglaterra. Y la incorporación a la misma de cuanta información científica se disponía en el siglo XVI.

«En la larga y fértil tradición inglesa de la utopía, la obra de Tomás Moro aparece como la anticipación más audaz, más apasionada y más razonada a la vez. Lo esencial de esta obra, tan joven después de cuatro siglos y medio, es el análisis de las causas de la pobreza y la construcción de una sociedad sin clases basada en una amplia economía comunista. Muchos de los sueños de Moro pueden confrontarse hoy con la realidad y las esperanzas del socialismo vivo» [22].

Las influencias sobre la Utopía

Esta originalidad no impide, como hemos dicho arriba, el estudio de las posibles influencias. Platón aparece como uno de los modelos que Moro tiene constantemente delante. Moro no lo oculta. En la *República* de Platón se esboza el marco de un Estado y sociedad perfectos basados en la perfecta justicia, con la comunidad de bienes y de mujeres. En el *Timeo* y Critias se dibuja el escenario donde se desarrolla la utopía platónica: la Isla de Atlantis. Fue Platón, ciertamente, el que dio el hilo conductor para Utopía. Podríamos trazar los distintos paralelismos entre la *República* platónica y la utopiana. Veríamos que este paralelismo se quiebra en lo más fundamental. Las estructuras son radicalmente distintas en Utopía. Aquí no hay clases. La base de la construcción utopiana es de orden económico, mientras que en Platón es una idea moral. La realidad económica y social de la que parte y a la que se dirige es totalmente distinta. Y aquí radica precisamentente la originalidad de Utopía.

Si a Platón le debe en cierto modo la inspiración matriz de la obra, es Luciano quien inspira la forma literaria. La conversación de sobremesa en que se suscita un grave problema, seguido de la narración de un viajero fantástico que describe un lugar imaginario, también se inspira en Luciano. En éste, el filósofo viajero es el cínico Menipo. En Moro, Rafael Hitlodeo, navegante y compañero de Américo Vespucci. Con otros compañeros descubre y habita durante cinco años la isla de Utopía.

Pero no sólo es esto lo que debe Moro a Luciano. Sabemos el fervor que Moro y Erasmo tenían por este autor. Ambos tradujeron parte de sus epigramas y los *Diálogos*. Es, por tanto, el estilo y el espíritu de Luciano el que se plasma y encarna en la obra. El humor, la ironía y la zumba del de Samosata son llevados por este inglés del Renacimiento a su mayor perfección[23].

¿Y por qué no pensar también en la literatura de aventuras y de viajes de los conquistadores? Parece evidente que Moro leyó los Cuatro Viajes de Vespucci[24].

Y por lo que respecta a los autores cristianos, es evidente la influencia y la huella de San Agustín. Sabemos que en los primeros años de abogado Moro comentó la *Ciudad de Dios* de San Agustín. No es posible dejar de ver la construcción agustiniana de la ciudad de Dios. Esa Eutopía, que como un más allá atrae y da consistencia a toda la obra, ¿no es la imagen de la ciudad agustiniana?[25].

Cualquiera que sea la influencia de estas obras y autores, lo cierto es que en nada merman la originalidad de la obra. Ésta surge por la dosificación maravillosa de la inspiración platónica con la realidad de la vida inglesa. «La vida cotidiana, el trabajo, las relaciones mutuas, la familia, la educación, las costumbres, las instituciones, la religión, la política exterior de los utopianos están descritas con una nitidez y minuciosidad extraordinarias. Nos hallamos en otro mundo, es cierto, pero al mismo tiempo experimentamos un intenso sentimiento de realidad, participamos cada vez más a medida que avanzamos en la felicidad de los utopianos. Estamos lejos de una retórica seca y vacía. Tal es la gracia de invención y de estilo de Tomás Moro: haber borrado la frontera entre lo imaginario y la realidad.»

Por lo demás «el estilo es inseparable del hombre. Y si nos hace tan presente esta sociedad, es que el autor ha llegado, por su meditación sobre el hombre y la política de las naciones, a una síntesis acabada de la visión de Platón, de la moral cristiana revivificada por el humanismo y de una filosofía política proyectada sutilmente hacia el futuro. Una conclusión rápida, prudente y simplemente realista no pueden borrar la impresión de compromiso apasionada del autor»[26].

Utopía, referencia para otras utopías

Es obligado decir unas palabras sobre la influencia de Moro en el pensamiento y en la literatura utópica posterior.

Es evidente que Moro no inventa el género utópico. Se une a la corriente tanto griega como judeo-cristiana para trazar su Utopía. Pero no es menos evidente –como hemos visto– que Moro lleva a la perfección el género, sirviendo en cierta manera de modelo para las utopías posteriores. La comparación de Utopía con otras construcciones posteriores nos pone de manifiesto los valores que ya hemos señalado en ella, y que en adelante serán incorporados a las mismas, lográndolo con mayor o menor fortuna.

Tenemos en primer lugar la *crítica social*. Moro hace de su Utopía una crítica social a fondo, revolucionaria. Este aspecto queda incorporado al concepto mismo de utopía[27].

En segundo lugar, *el hombre* como factor indispensable del cambio y de la revolución. Todo es por el hombre, para el hombre y desde el hombre. La colectivización de las cosas y medios de producción no nos permiten perder de vista al hombre particular que busca el placer y la felicidad.

El hombre –y el *hombre libre*– es el protagonista de su propio destino tanto individual como comunitario. Quizás es éste el punto más controvertido. Se ha acusado a Utopía de encorsetar y dirigir la vida de los ciudadanos. Tanto la libertad como la iniciativa de los individuos están visiblemente recortadas por el patrón sociedad que cubre todos los espacios del individuo.

Recuérdese, sin embargo, cómo todas estas trabas no impiden que el hombre busque por sí mismo su plena realización en los valores del espíritu, la cultura, la ciencia, la participación activa en la política. Con todo ello no se busca más que la «libertad del cuerpo y del espíritu para todos los ciudadanos». La condición de hombre social y solidario permite a Moro presentar su desarrollo y porvenir dentro de la co-

munidad. La comunidad es el desarrollo propicio para el hombre.

Destaquemos finalmente el carácter de realismo y de verdad que impregna a toda la Utopía. Los que vengan detrás de él se esforzarán por imitarle sin conseguirlo.

Donde más brillan estas cualidades de Moro es al comparar su obra con algunas de las utopías que aparecen en los siglos XVI y XVII. Con *La Ciudad del Sol*, de Campanella (1623), y la *Nueva Atlantis*, de Bacon (1626), por ejemplo. En la primera, la comunidad de bienes se lleva a extremos insospechados. El Estado es el gran y único protagonista. El Estado puede y debe controlar hasta la trasmisión de la vida, como problema que afecta a toda la comunidad. El dirigismo y el control de *La Ciudad del Sol* superan a cuanto vemos en Utopía. Algo parecido sucede con la ciencia. Estamos en un mundo de ciencia ficción. Los astros rigen la vida de los hombres. Hay una mezcla de ciencia y de magia que nos aleja de la realidad. La verdad es que aunque los habitantes de la ciudad del sol «hayan aprendido a navegar sin viento y remos y a volar», su mundo sigue siendo extraño y distante. ¿Y qué decir de la *Nueva Atlantis* de Bacon? Sus disquisiciones parecen más teorías abstractas que nuevas tierras y formas de vida[28].

El texto y el estilo

Moro escribe su obra en el latín culto del Renacimiento. Es una lengua y un modo de comunicación con sabios. En ellos sin duda está pensando Moro. Ellos son los que pueden entender. Y son ellos también y sobre todo los que deben realizar la utopía.

El latín de Moro resulta difícil por su misma tendencia a la brevedad y concisión que nos acercan a Tácito. Adjetivos y adverbios tienen una proyección bivalente. Como veremos

después, toda traducción puede resultar una traición a su pensamiento. Tan denso y plurivalente se nos presenta el texto original.

Si analizamos ahora las palabras clave, encontraremos esta misma ambigüedad. Para hacerlo más ambiguo y misterioso no ha dudado en echar mano de términos griegos que incorpora a su latín. Hay en la obra una veintena de palabras en que la intención ambigua e irónica está pidiendo al lector una transposición, que ya de entrada le ahorra una excesiva localización.

Tales son, por ejemplo, el mismo título del libro: *Utopía* y sus sinónimos, *Abraxas, Nusquama, Eutopía, Hagnopolis.* Otro tanto cabe decir de la capital de la isla, *Amaurota.* Y de su río: *Anhidro.* Estos nombres toponímicos y otros, ¿no encierran una segunda intención? ¿No nos quieren decir que no hay por qué tratar de buscarlos en el mapa? ¿Quiere acaso despistarnos dándonos la geografía –ciudades, ríos, montes– y personas conocidos de Moro? Se ha dicho que la descripción que se hace de Amaurota, la capital de la isla, podría responder al Londres de su tiempo. No. Pensamos que los nombres de personas y lugares no son lo más importante. No son tampoco algo negativo y absurdo. Nos remiten a otra cosa. Utopía no es algo que se palpa con las manos, pero no por eso deja de ser menos real.

Amaurota vendría a ser la capital de un mundo real, pero ilocalizable e invisible. Como la ciudad por excelencia, Jerusalén, está ubicada en el «ombligo del mundo».

Una pista clara para esta interpretación la encontramos en el texto introductorio (*Cfr.*, pág. 43).

Resumiendo: el lenguaje del libro nos transmite una realidad concreta y sensible. Pero al mismo tiempo insinúa la negación material de esta isla. Y apunta hacia algo inefable y misterioso que en algún sentido irrumpe y se manifiesta aquí. Por primera vez se ha logrado un lenguaje utópico tan importante a la hora de leer este género de obras.

Este lenguaje utópico está construido a base de artificios estilísticos como son la ironía, la litote. Parte importante de este lenguaje esotérico son los vocablos de procedencia greco-latina, o simplemente griega.

Utopía, *libro clásico. Traducciones*

Todo esto ha hecho de *Utopía* un libro clásico, indispensable. Su actualidad es mayor hoy que cuando el autor lo escribió. Así lo podemos entender al menos por las innumerables traducciones, estudios e interpretaciones que cada día surgen de la obra moreana [29].

Utopía tiene una referencia especial a España y a nuestro mundo hispánico. La imagen de Castilla a través de su príncipe Carlos aparece en sus primeras páginas. Y el descubrimiento de América con la utopía del «buen salvaje» sirven de acicate a Moro. La España cortesana y los nuevos ricos y conquistadores presentaban también aquí la distopía irritante que ahogó la utopía que muchos llevaban dentro.

La primera edición castellana de *Utopía* la hizo don Jerónimo Antonio de Medinilla y Porres en 1637. Francisco de Quevedo y Bartolomé Jiménez Patón le pusieron un prólogo. Parece que Quevedo conocía de tiempo atrás la obra, ya que conocemos una edición de *Utopía* hecha en Lovaina en 1548 anotada por el gran escritor y político. La traducción de Medinilla, a pesar de su prosa clásica, está mutilada. La Inquisición española obligó a eliminar de la misma todo el libro primero y ciertos pasajes del segundo [30].

La obra de Moro parece no haber tenido entre nosotros la suerte que merecía. Ninguna de las seis traducciones modernas editadas en España y América presenta el texto completo de la *Utopía*, si es que por tal entendemos el texto definitivo de las dos ediciones de 1518. Sobre este texto se han hecho las ediciones críticas modernas, y la nuestra.

Del estudio de las traducciones y del testimonio de sus mismos traductores, vemos que la dependencia de tales versiones procede en unos casos de la versión de Medinilla; del texto francés e inglés, en otros. Y finalmente del texto latino.

En todos los traductores se advierte un deseo de fidelidad al texto original, sobre todo en los que dicen hacer una versión directa del latín. Ahora bien, la máxima fidelidad puede convertirse en el mayor obstáculo –y por tanto traición– para una buena inteligencia y lectura de un texto. Después de una lectura de todas estas traducciones –lo mismo nacionales que extranjeras– me inclino a pensar que la máxima fidelidad está en hacer inteligible un texto latino de hace cuatro siglos.

La traducción que presentamos hoy al lector culto de habla española ofrece en primer lugar un texto original latino fiable. Nuestra traducción se basa en el texto latino de 1518. En segundo lugar una traducción castellana no literal. Creemos que una literalidad en cuanto a las palabras y al estilo del latín renacentista no es rescatar el texto, sino devolverlo a la lejanía del tiempo. Y finalmente un cotejo con las mejores traducciones nacionales y extranjeras.

Con esto ya hemos dicho lo que pretendemos con la publicación de *Utopía*. Nuestro trabajo y nuestro empeño iban dirigidos a su publicación en 1978 en que se cumplía el QUINTO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE TOMÁS MORO. No pudo ser por muy distintas causas. Ahora que nada o casi nada le recuerda entre nosotros y cuando su «utopía» parece decir algo a las nuevas generaciones, presento esta edición. Me mueve a ello también el recuerdo de un amigo, Miguel Barberá, que hizo de su vida una utopía de la que no quiso ser desalojado –«que se vayan ellos»– y murió en América sin verla realizada.

PEDRO RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN

1. *Utopía*, pág. 94.
2. Existe una amplia bibliografía sobre la vida, el tiempo y la obra de Tomás Moro. Aparte de la bibliografía señalada al final de esta introducción, puede verse: *Tomás Moro y la crisis del pensamiento moderno*, de André Prévost (Ediciones Palabra, Madrid, 1972). Y sobre todo *L'Utopie de Thomas More*, del mismo autor (París, 1978). Es la obra más completa que conozco.
3. *Utopía*, pág. 77.
4. Sobre la vida y personalidad de estos humanistas ingleses, véanse las notas 4, 5... del texto de *Utopía*, págs. 45 y 46.
5. La influencia de Ficino y Pico de la Mirándola en Moro es definitiva. En 1504 escribe la *Vida de Pico de la Mirándola*, al que hace modelo del hombre moderno.
6. Conviene no olvidar la importancia que los humanistas, tanto del continente como ingleses, tienen en el advenimiento de la Reforma. Véase Gilmore, *The World of Humanisme 1413-1517*, Nueva York, 1962; D. Hay, *Europe in the Fourteenth and Fifteenth Century*. Londres, 1966.
7. *Utopía*, pág. 75.
8. *English Workes* (*cfr.* bibliografía final), pp. 1438-1439.
9. Carta de Erasmo, 5 de diciembre de 1499. *Cfr.* Allen I.
10. Carta de Erasmo a Ulrich von Hutten, 1519. *Cfr.* Allen II, pág. 22.
11. El fin que se propone Moro en la Utopía ha sido interpretado muy diversamente. Para unos es la religión, para otros el militarismo, la doctrina moral, etc. Se ha insistido mucho en su anticipación del comunismo. Para este tema, véase Sylvester, R. S., Marc'Hadour: *Essential Articles for the Study of Thomas More*, Archon Books, 1977.
12. *Utopía*, pág. 177.
13. *Historia de la Filosofía*. Vol. 5. *La filosofía del Renacimiento*. Siglo XXI, editores. Madrid, 1979, pág. 197.
14. Véase portada-facsímil de la edición de noviembre de 1918 que reproducimos aquí.
15. *Elogio de la locura*. El libro de bolsillo, Alianza Editorial.
16. André Prévost: *L'Utopie de Thomas More*, pág. 66.
17. Rogers: *Letters*, ep. 34, pág. 88.
18. Carta de Erasmo a Moro. *Cfr.* Allen III, ep. 785, p. 240.
19. Como indicamos ya en la Introducción, nosotros partimos de la edición crítica de A. Prévost (*L'Utopie de Thomas More...*) que he-

mos citado en la bibliografía. Esta edición reproduce el texto de la de noviembre de 1518 hecha en Basilea, que fue la última corregida por Moro y considerada como texto definitivo. La edición crítica de Yale reproduce el texto de la edición de marzo de este mismo año. Con leves variantes, representan el texto C y D considerados como los más fieles.

20. André Prévost, *L'Utopie*, pág. 262.
21. *Utopía*, pág. 154.
22. *L'Utopie*, Introduction et notes de Bottigelli-Tisserand, pág. 61.
23. Sobre la influencia de Luciano en Moro no es necesario insistir. Junto con Erasmo traduce los *Diálogos*. Dirá que los mismos utopianos se dejan arrastrar demasiado por el encanto y la gracia del de Samosata. Y sobre todo le prestará el «morosofo», ese personaje entre loco y sabio que dice las verdades.
24. Parece indudable que Moro leyó los *Quator Americi Vespucii navigationes* publicado en 1507.
25. Las obras de San Agustín, sobre todo *La Ciudad de Dios*, constituyen como la trama o cañamazo de Utopía. La dialéctica distopía-utopía que anima a la obra moreana estaría inspirada en San Agustín.
26. *Historia de la Filosofía*. Vol. 5. *La filosofía del Renacimiento*. Siglo XXI, editores, pág. 195.
27. Massimo Baldini, *Il Pensiero Utopico* (Città Nuova, Roma, 1974). «Utopia e mutamento sociale», págs. 34 ss.
28. Rogamos una lectura comparada de las tres construcciones utópicas del Renacimiento. Es evidente que las tres mantienen paralelismos y similitudes. Pero el sentido de lo real y el proyecto de una sociedad política destacan eminentemente en la Utopía moreana. *Cfr. Utopías del Renacimiento*. F. C. E. México, 1980.
29. Véase bibliografía.
30. *Utopía*, traducción de don Jerónimo A. Medinilla. Editorial ZYX, 3.ª edición, 1971.

Bibliografía

1. Obras de Tomás Moro

—*The Workes of Sir Thomas More Gnyght, sometyme Lord Chancellour of England, wrytten by him the Englysh tongue.* Edición de William Rastell. Londres, 1557.

—*The English Works of Sir Thomas More.* Edición de W. E. Campbell, Londres, 1931. Reproduce la edición de W. Rastell (1557). Traducción actualizada y aparato crítico.

—*The Yale Edition of the Complete Works of St. Thomas More.* Dirigida por Louis L. Martz y Richard S.Sylvester. New Haven-Londres, 1963 ss. Edición programada en 20 volúmenes de los que hay publicados 15.

—*The Correspondence of Sir Thomas More.* Edición crítica y notas de E. F. Rogers, Princeton University Press, 1947.

—*Thomae Mori,* OPERA OMNIA, 2 vols., Francfort-Leipzig, 1689. Reedición en 1962.

2. *Utopía* (Texto original)

—*Utopía,* 1.ª edición, Lovaina, 1516.

—2.ª edición, París, 1517.

—3.ª edición, Basilea (marzo de 1518).

—4.ª edición, Basilea (noviembre de 1518). Estas dos últimas ediciones recogen el texto definitivo *«ne varietur»*. De ellas se han hecho las traducciones modernas a todas las lenguas. Nuestra edición se basa en la de noviembre de 1518. *Ver Introducción*, págs. 17-18. Hay dos ediciones críticas que merecen recordarse para el estudio del texto:

—SURTZ, E.-HEXTER, J. H., *Utopia*. Vol. IV de las obras de Tomás Moro, publicadas por Yale University, 1965, de las que damos noticia en el apartado anterior. Reproduce el texto latino de Basilea (marzo, 1518).

—PRÉVOST, A., *L'Utopie de Thomas More*. Présentation, texte original, apparat critique, exégèse, traduction et notes. Paris, André Prévost et Nouvelles Editions Mame. 1978. Reproduce el texto latino de Basilea (noviembre, 1518).

3. *Utopía* (traducciones)

La traducción de *Utopía* a las lenguas modernas se produce pronto. Así, la versión alemana, en 1524; la francesa, en 1550; la inglesa, en 1551; la italiana en 1570. Las ediciones modernas en estas lenguas son numerosas.

Para la versión española, véase lo que decimos en la *Introducción*, págs. 30-31. El texto original de dicha traducción puede verse en Editorial ZYX, 3.ª edición, Madrid, 971.

Prácticamente hasta principios del s. XX sólo disponíamos en España de la versión incompleta de Medinilla. Hoy, sin embargo, abundan las ediciones de Utopía, lo que permite afirmar que Tomás Moro es uno de los autores más leídos y estudiados, sobre todo por los jóvenes.

Damos a continuación las principales:

—*Utopías del Renacimiento. Moro. Campanella. Bacon*. Traducción de Agustín Millares Carlo. Fondo de Cultura Económica. México, ^{3}1975.

—*Utopía*. Traducción directa del latín, prólogo y notas de Pedro M. Voltes, Argentina, 1952.

—*Utopía*, Traducción de Joaquín Mallafré Gavaldá (texto bilin-

güe), Bosch, Barcelona, 1977. Otra edición en Planeta, Barcelona, 1984; Ediciones Orbis, 1984.
—*Utopía*. Traducción del latín, introducción y notas de Emilio García Estébanez, Zero-Zyx, 3.ª edición, 1984. Otra edición en Tecnos, Madrid, 1987. Edición en «Básica de bolsillo AKAL», 1997.
—*Utopía*. Introducción, traducción y notas de Andrés Vázquez de Prada, Ediciones Rialp, Madrid, 1989.

4. Biografías

BOLT, Robert A.: *A man for all Seasons*. Heinaman Educational Books, Londres, 1969. Obra de teatro, llevada posteriormente al cine con el mismo título.
BRIDGETT, Thomas Edmund: *Life and Writings of Sir Thomas More*. Londres, 1891.
CHAMBERS, R. W.: *Thomas More*. Londres, 1935. Traducción española en Editorial Juventud, Buenos Aires, 1946.
MARC'HADOUR, Germanin: *Thomas More*. París, 1971.
MARIUS, Richard C.: *Thomas More. A Biography*. Nueva York, 1995.
REYNOLDS, Ernest Edwin: *Saint Thomas More*. Londres, 1953. Hay traducción española, Madrid, ³1975.
RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN: Pedro: *Vida de Santo Tomás Moro*. Madrid, 1997.
ROPER, William: *The Life of Sir Thomas More Knight*. Escrita en 1555, publicada en París, 1629.
STAPLETON, Thomas: *The Life and Illustrious Martyrdom of Sir Thomas More*. Douai, 1588. Estas dos últimas biografías, junto con la de Cresacre, *More* (Londres, 1627) son las más antiguas y fuente de datos para las demás.
VÁZQUEZ DE PRADA, Andrés: *Sir Tomás Moro. Lord Canciller de Inglaterra*, Madrid, ⁵1989.

5. Estudios y fuentes

Como complemento de la bibliografía ya citada, damos a continuación algunas obras y autores fundamentales para el estudio de Moro y su Utopía:

DE SILVA, Álvaro: *Santo Tomás Moro y la revolución.* Nuestro Tiempo, 272 (1977). Este autor ha traducido las siguientes obras de Moro: *Diálogo de la fortaleza contra la tribulación* (Madrid, 1988); *Un hombre solo. Cartas desde la Torre* (1988); *La agonía de Cristo* (Madrid, 1989).

KRISTELLER, Paul Oskar: *Thomas More as a Renaissance Humanist,* Moreana 65-66 (1980), 5-22.

LOPEZ ESTRADA, Francisco: *Quevedo y la Utopía de Tomás Moro,* en Homenaje al Profesor Giménez Fernández, Universidad de Sevilla, 1967. *Tomás Moro y España,* Madrid, 1980.

PRÉVOST, André: *Tomás Moro y la crisis del pensamiento europeo.* Madrid, 1972.

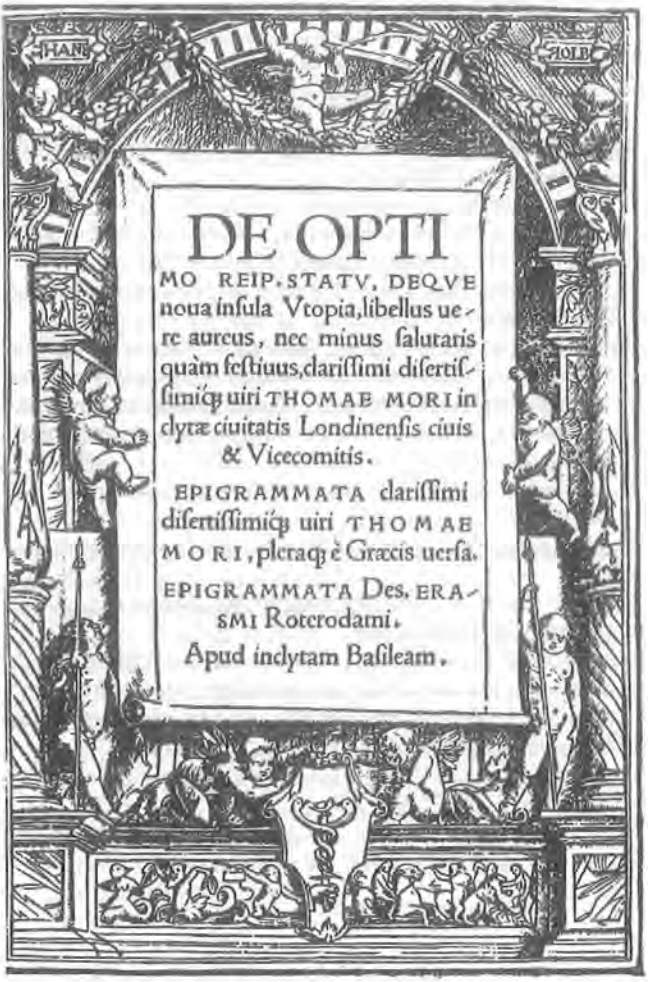
SYLVESTER, R. S., MARC'HADOUR: *Essential Articles for the Study of Thomas More.* Hamden (Connecticut), 1977. Esta obra contiene 47 artículos que versan sobre la biografía de Moro, sobre la Utopía, sobre sus obras y otros asuntos generales. Es importante por su bibliografía.

ZAVALA, Silvio: *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España.* México, 1950.

Para un conocimiento y estudio de las fuentes, creemos imprescindible:

ALLEN, P. S. et H. M.: *Opus Epistolarum Des. Erasmi Roterodami.* Oxford, 1906-1947, 11 vols.

MOREANA: Revista trimestral publicada por *Amici Thomae Mori,* de la que es director actual Germain Marc'Hadour. En la revista encontrará el estudioso todo cuanto se refiere a Tomás Moro, así como la bibliografía sobre lo que se publica sobre él.



DE OPTI

MO REIP. STATV, DEQVE noua insula Vtopia, libellus ue- re aureus, nec minus salutaris quàm festiuus, clarissimi disertis- simiq; uiri THOMAE MORI in clytæ ciuitatis Londinensis ciuis & Vicecomitis.

EPIGRAMMATA clarissimi disertissimiq; uiri THOMAE MORI, pleraq; è Græcis uersa.

EPIGRAMMATA Des. ERA- SMI Roterodami.

Apud inclytam Basileam.

La mejor forma de comunidad política y la nueva isla de Utopía,

librito de oro, no menos saludable que festivo, compuesto por el muy ilustre e ingenioso Tomás Moro ciudadano y sheriff de la muy noble ciudad de Londres [1]

1. Reproducción de la edición de *Utopía*, Basilea, noviembre 1518. Como puede apreciarse, con el texto de *Utopía* se publican tanto los *Epigramas* de Moro como los de Erasmo.

Estos epigramas fueron un ejercicio constante en la vida de estos humanistas. Los epigramas reflejan la preocupación de los escritores que expresarán de una manera más definitiva y contundente en el *Elogio de la Locura* y en *Utopía*.

Se puede apreciar también en el grabado el nombre de Hans Holbein, el joven, a quien se deben los dibujos de la obra. Holbein nos dejará el retrato de la familia Moro. Y sobre todo, el de Tomás Moro, canciller de Lancaster, su obra maestra.

Es notoria la dificultad de traducir el título *De Optimo Reipublicae Statu*. La palabra *respublica* ya no tiene el significado clásico de cosa pública. Hoy más bien significa una forma de régimen político distinta a la monarquía. En cuanto a la palabra *status* no se ajusta a la palabra moderna de Estado que ha sufrido también un cambio conceptual. Adoptamos la palabra «forma»: *La mejor forma de comunidad política.*

Traducimos la palabra «*vicecomes*» por sheriff en el sentido original inglés de oficial que hace justicia en nombre del rey.

Documentos introductorios [2]

Carta del editor Erasmo al impresor Juan Froben
Carta de Guillermo Budé a Tomás Lupset
Sexteto de Anemolio
Alfabeto de la lengua utopiana
Carta de Pedro Gilles, coeditor, a J. Busleiden
Carta de Tomás Moro a Pedro Gilles
Mapa idealizado de Utopía

2. Algo hemos dicho en la Introducción sobre el nacimiento de Utopía. Repecto a los *Documentos introductorios* aquí incluidos, diremos que reproducen exactamente los de la edición de Basilea, noviembre de 1518, tenida como definitiva. Sobre esta edición se basa nuestro trabajo de traducción y de estudio.

Hasta dieciséis documentos-cartas, sextetos, cuartetos, etc., formaron parte de dichos textos introductorios en las tres primeras ediciones. Eran como el aval con que el autor quería presentarse al público de su tiempo. Y a la vez una ayuda para comprender la posible lectura de Utopía por quienes se disponían a leer un libro tan desconcertante.

Sin duda la edición de noviembre de 1518 ha permitido a los editores y al propio autor seleccionar los documentos y dejar solamente aquellos que les parecieron más importantes. El lector podrá encontrar en ellos parte de la exégesis y las claves de interpretación que los contemporáneos hicieron de Utopía. No son el texto de Utopía, pero son una introducción histórica necesaria para su comprensión. Ninguno de los traductores españoles ha dado importancia a estos documentos, ya que sólo ofrecen los libros I y II de Utopía. Nosotros hemos creído necesaria su inserción porque realzan el texto y porque su lectura nos ofrece una interpretación valiosa del mismo. (Véase Prévost, o. c., pág. 215 ss.)

Erasmo de Rotterdam [3]

Saluda a Juan Froben, padre carísimo de su ahijado [4]

Sabes muy bien que siempre me ha agradado sobremanera todo lo que se refiere a mi amigo Moro. Sin embargo, la misma amistad que nos une, me obliga a desconfiar un tanto de mi propio juicio. Por otra parte, veo cómo todos los espíritus cultivados suscriben unánimemente mis palabras. E incluso, admiran con már ardor el genio divino de este autor. Y lo hacen movidos no por un mayor afecto, sino por un espíritu crítico más justo. Todo lo cual me hace aplaudir sin reserva el juicio que he emitido y no dudar en proclamarlo abiertamente.

¡Qué no hubieran realizado esas admirables dotes naturales, si un espíritu como el suyo se hubiere formado en Italia, se hubiera consagrado totalmente a las musas, y hubiese podido -lo diré claramente- dejar que sus frutos llegaran a la madurez del otoño! Los

3. *Erasmo de Rotterdam* (1467-1536), llamado el «príncipe» de los humanistas cristianos. Como puede verse en la introducción, su nombre está directamente vinculado a Utopía. Él prácticamente se cuidó de las cuatro primeras ediciones. Y particularmente de la cuarta a la que antepuso esta carta. Pero además sirvió de inspiración para Utopía con su *Elogio de la locura* (1509) y el *Novum Instrumentum* (1513). (Véase *Introducción*, página 16).

4. *Juan Fröben* (1460-1527), el viejo, uno de los pioneros de la imprenta. Estuvo unido al mundo intelectual del Renacimiento.

epigramas fueron su divertimento cuando todavía era joven, qué digo, cuando casi era un niño. Al menos en su mayor parte. Jamás salió de Inglaterra, su patria, a excepción de dos veces, cuando, en nombre del rey, desempeñó una misión diplomática en Flandes. Además de sus deberes de esposo, de sus cuidados domésticos, de las obligaciones impuestas por sus cargos oficiales y la avalancha de causas que instruye, su atención está dominada por los asuntos de Estado, tan numerosos e importantes que uno se maravilla de que encuentre placer en los libros.

Por este motivo te envié sus *Epigramas* y su *Utopía*. Estoy seguro que, si es de tu gusto, la impresión con tus caracteres les dará una calidad que por sí sola será su mejor recomendación al mundo y a la posteridad.

Tal es, en efecto, la reputación de tus talleres que, si se sabe que un libro es de la Casa Froben, consiguen enseguida el favor de los eruditos.

Mis mejores deseos para ti y para tu excelente suegro, para tu mujer tan amable y tus hijos tan dulces y cariñosos. En cuanto a Erasmo, ese ahijado que nos une, nacido, como quien dice, en el seno de las bellas artes, haz que sea instruido en las mejores letras.

Lovaina, 25 de agosto, 1517

Guillermo Budé[5]

Saluda a su amigo inglés, Thomas Lupset[6]

Querido Lupset:

¿Cómo no estar infinitamente reconocido a ti, el más erudito de todos los jóvenes? Al enviarme la UTOPÍA de Thomas Moro, has hecho que fije mi atención en una obra de lectura sumamente agradable, y que, al mismo tiempo, no dudo será provechosa.

Hace ya tiempo, y correspondiendo a un vivo deseo mío, me enviaste los seis libros titulados *El Arte de conservar la salud*, de Thomas Linacre[7]. Este médico, que domina a la perfección el griego y el latín, no ha mucho tradujo al latín algunas obras de Galeno. Y lo ha hecho con tal fidelidad que, si todas las obras de este autor –que, a mi juicio, constituyen un compendio de la medicina– se tradujeran al latín, creo que la escuela de los médicos no tendría necesidad de conocer el griego. He hojeado con avidez el manuscrito de Lina-

5. *Guillermo Budé* (1467-1540). Humanista y gran conocedor del derecho antiguo. Fue uno de los amigos e inspiradores de Moro. Mantuvieron una copiosa correspondencia en que aparecen los ideales humanistas comunes.

6. *Thomas Lupset* (1490-1530). Humanista, discípulo de Colet y amigo más tarde de Moro.

7. *Thomas Linacre* (1460-1524). Humanista y traductor de los libros de medicina de Galeno. Con Colet y Moro forma el grupo de humanistas cristianos de Oxford.

cre y te estoy sumamente agradecido por hábermelo prestado el tiempo suficiente como para sacar de él gran provecho. Pero me prometo un mayor favor todavía de la edición impresa que preparas actualmente en los talleres de esta nuestra ciudad.

Sólo por este título ya me creía lo suficientemente obligado. Pero hay más. Como apéndice a tu anterior generosidad me das ahora la famosa Utopía de Moro, ese espíritu tan singular y penetrante, ese hombre de carácter tan afable, y sabio tan consumado en el gusto por las cosas humanas[8].

Mientras recorría el campo, entregado a mis negocios o dando órdenes a mis criados, no he dejado de las manos este libro. (Sabes, en parte por ti mismo y en parte por haber llegado a tus oídos, que desde hace dos años me vengo dedicando intensamente a mi labranza.) Pues bien, tan impresionado quedé por su lectura, por el conocimiento y análisis de las costumbres e instituciones de los utopianos, que comencé a descuidar mis intereses familiares estando en un tris de abandanarlos. Toda la ciencia económica y su aplicación me parecían puras naderías. Y si he de decirte toda la verdad, lo mismo me parecía incluso el afán de acumular sus beneficios. Nadie, sin embargo, deja de ver que todos los humanos están aguijoneados por este afán, como si tuvieran dentro un tábano. Estuve a punto de decir –y nadie lo negará– que la ciencia y la praxis del derecho no tiene más que este fin: excitar a unos contra otros con una habilidad movida por la envidia y provocar a aquellos que están unidos por los lazos de la convivencia y a veces también por los de la sangre. Todos parecen estar en connivencia –parte con las leyes, parte con los juristas– para robar y apropiarse lo ajeno, para arrebatar, sonsacar, roer, usurpar, estrujar, esquilmar, chupar, chantajear, raptar, saquear, escamotear,

8. Esta carta de Budé es el mejor prólogo a *Utopía*. El humanista quiere expresar en ella dos ideas fundamentales: Utopía como institución política y social se basa en la justicia fundada a su vez en la simpatía universal de los hombres. Por lo mismo, está lejos de las relaciones jurídicas inspiradas en la codicia.

Utopía, además, es el mito que sustenta la esperanza común de una sociedad basada en el bienestar. La lectura de esta carta nos adentra en el país de Utopía no situado en la geografía sino en el corazón de los hombres.

estafar, engañar, y ocultar. Estos procedimientos han venido a ser tanto más comunes cuanto más se ha invocado la autoridad de eso que se llama derecho, tanto civil como pontificio. Nadie deja de ver que tales procedimientos y principios han contribuido a reforzar la idea de que los hombres hábiles en «cauciones» o mejor en «captaciones», los buitres al acecho de ciudadanos ingenuos, habilísimos munidores de fórmulas hechas y de redes de incautos, los fautores de procesos y los consejeros de un derecho controvertido, pervertido e invertido, son considerados como los pontífices de la justicia y de la equidad. Sólo ellos son dignos de formular un juicio sobre lo que es justo y bueno. Y lo que es más absurdo todavía, de determinar con autoridad y poder públicos lo que cada uno puede o no poseer, y en qué medida y por cuánto tiempo. Y todo ello, a juicio de un sentido común víctima de alucinaciones. Pues la mayoría de nosotros, cegados por las legañas espesas de la ignorancia, juzgamos que nuestra causa es tanto más justa cuanto mejor corresponde a los deseos de la ley y se apoya en ella.

Si quisiéramos medir los derechos según la regla de la verdad y las exigencias de la simplicidad evangélica, nadie sería tan estúpido ni tan insensato que no viera esto: hoy día, y, desde hace mucho tiempo, el derecho y la legalidad en las decisiones pontificias, en las leyes civiles y en los decretos reales se aparta tanto de los principios de Cristo, creador de las cosas humanas, como las costumbres de sus discípulos se apartan de las sentencias y decretos de los que cifran su felicidad y el bien supremo en los tesoros acumulados por Creso y Midas.

Tan es así, que, si quisiéramos, hoy día, definir la justicia –los antiguos autores se complacían en definirla *como la virtud que atribuye a cada uno su derecho*–, no la encontraríamos en ninguna parte de la vía pública. O tendríamos que admitir que es –si así puedo llamarla– una especie de distribuidora de raciones. Para ello no tienes más que ver las costumbres de los que están en el poder. O las disposiciones mutuas de los habitantes de una misma ciudad o de un mismo país.

A no ser que estas personas pretendan que este derecho nace de una justicia fundamental, tan antigua como el mundo, y que llaman *derecho natural*. Una justicia, según la cual, cuanto más fuerte es un hombre, más derecho tiene a poseer. ¡Y cuanto más posee, más derecho tiene a estar por encima de sus conciudadanos! Ve-

mos ya, en efecto, que en el *Derecho de gentes* se reconoce a individuos incapaces de prestar un servicio a sus conciudadanos y compatriotas en el ejercicio de una profesión digna. Pues se les considera hábiles e indispensables para mantener la trama de las obligaciones y la red de contratos que sostienen el patrimonio de los propietarios. Mientras tanto, el pueblo ignorante y los que se dedican al cultivo de las letras alejados del foro, bien sea por sus gustos o llevados por amor a la verdad, consideran a éstos unas veces como nudos gordianos y otras como vulgares charlatanes. Estos individuos, repito, perciben los tributos de miles de sus conciudadanos, y con frecuencia los de ciudades enteras e incluso mayores. Pues bien, estos individuos, por decirlo de alguna manera, son llamados unas veces ricos, otras gente honrada y otras hombres de negocios con talento.

Y no sólo esto, en épocas y en pueblos en que las leyes y las costumbres han establecido que un hombre tiene tanto más crédito y autoridad cuanto más patrimonio ha acumulado, su heredero goza de los mismos favores. Y el proceso de acumulación crece más a medida que los hijos y luego los nietos y los bisnietos rivalizan entre sí por hacer suyo con brillantes adquisiciones el patrimonio recibido de sus mayores. En otras palabras, a medida que alejan más y más a los vecinos, los allegados, los parientes y consanguíneos.

Pero Cristo, creador y dispensador de todo bien, después de haber legado a sus seguidores una comunidad pitagórica y la caridad, nos dejó un ejemplo espléndido: la pena de muerte a Ananías, culpable de haber infringido la «ley de comunión» o de la amistad. Al instituir esta ley, Cristo abrogó, sin duda, al menos entre los suyos, todos los volúmenes de argucias de nuestro Derecho civil y canónico. Ese Derecho que es considerado hoy como la ciudadela de la sabiduría y regulador de nuestros destinos.

No sucede afortunadamente lo mismo en la isla de Utopía –llamada también Udepotía–[9], si es que damos crédito a lo que se nos

9. *Udepotía.* Budé juega aquí con las palabras griegas lo mismo que Moro. Si éste había creado la palabra *utopía (u-topos)* = 'la isla de ninguna parte', Budé inventa la *udepotía (udepote)* = 'la isla de nunca jamás', 'la isla inexistente'. Esta isla hay que buscarla no en la geografía, sino en el universo metaespacial, más allá.

cuenta. La isla está imbuida de los principios y normas cristianas y de la auténtica y verdadera sabiduría tanto en la vida pública como en la privada. Hasta el día de hoy ha preservado esta sabiduría en toda su integridad, pues mantiene por medio de una constante y dura batalla, los tres principios divinos siguientes: la igualdad de los bienes y de los males entre los ciudadanos. O si se prefiere: la ciudadanía completa de todas las clases. El amor constante y tenaz de la paz y de la tranquilidad. Finalmente, el desprecio del oro y de la plata. Como se ve, tres antídotos contra todos los fraudes, las imposturas, los embustes, engaños y maquinaciones.

¡Ah, si los cielos –haciendo honor a su nombre– hubieran fijado con los clavos de una convicción sólida estos tres principios de la legislación utopiana en el espíritu de todos los mortales! Entonces habrían caído por tierra impotentes el orgullo, la avaricia y la envidia insensata. Y en pos de ellos las demás flechas mortíferas del adversario infernal. Y la inmensa turba de libros de Derecho, que acapara hasta el ataúd la atención de tantos espíritus inteligentes y sólidos, sería devorada por la carcoma o estaría destinada a servir como papel de envolver en las tiendas.

Decidme, ¡por los dioses inmortales! ¿Cuál pudo ser la santidad de los utopianos para que pudieran merecer esa dicha de origen divino? ¿Qué hizo para no ver jamás ni la avaricia ni el ansia desmedida de las cosas? ¿Cómo pudo forzar la entrada en esa isla afortunada o introducirse furtivamente para burlarse de la justicia y del sentido del honor y a fuerza de desvergüenza e insolencia echarlos fuera? ¡Si el Dios altísimo y bondadoso tuviera a bien conceder esto mismo a las regiones que a su nombre añaden un adjetivo derivado de su santo nombre y al que están consagradas! Entonces, ciertamente, la avaricia y la rapacidad que envilece y degrada a tantos espíritus –sin ella tan nobles y excelentes– desaparecería para siempre y volvería la Edad de Oro, la edad de Saturno.

Hay el peligro, sin embargo, de pensar que Aratos y los poetas se equivocaron al situar en el Zodiaco el lugar de refugio de la justicia al abandonar la tierra. Ha de estar en la isla de Utopía –si hemos de creer las palabras de Hitlodeo– y que no ha llegado todavía al cielo. Por lo que a mí respecta, mis estudios me han permitido descubrir que Utopía se encuentra situada fuera de los límites del mundo conocido. Es sin duda, una de las Islas afortunadas, muy cerca, qui-

zás, de los campos Elíseos. (El mismo Hitlodeo –según confiesa Moro– no dio a conocer su posición ni sus fronteras precisas.) Está dividida en múltiples ciudades, si bien todas ellas están animadas de un mismo espíritu y forman una única ciudad, llamada Hagnópolis[10]. Ésta se asienta sobre sus costumbres y sus bienes. Es feliz en su inocencia e, incluso, de alguna manera, en su vida celeste. Aunque está situada bajo el cielo, no por ello se encuentra menos alejada de las bajezas del mundo conocido. Un mundo que camina al precipicio entre el ajetreo y el afán tan febril y violento como vano e inútil de los humanos, origen de todos los desórdenes.

A Tomás Moro, en efecto, debemos esta isla. Ha sido él quien ha propuesto a nuestro tiempo el ejemplo de una vida feliz con la invitación a vivirla. Él mismo atribuye su descubrimiento a Hitlodeo, fuente principal de su relato. Hemos de suponer que este último es el arquitecto de la Ciudad de los Utopianos, y el iniciador de sus costumbres e instituciones. Es decir, que fue allí para tener pruebas de que existe entre ellos esa vida feliz y transmitirla a nosotros. Pero a Moro se debe el haber dado a la isla y a sus instituciones el lustre de su estilo y elocuencia. Él aplicó a la ciudad de los hagnopolitanos, la regla y la plomada para darle el acabado. Ha sido él quien ha añadido todos los elementos que dan a una obra grandiosa su esplendor y su belleza, sin olvidar, claro está, el prestigio, aun cuando en su ejecución no haya reivindicado para sí mismo más que el papel de cantero.

Tenía escrúpulo, en efecto, de arrogarse en esta obra el papel principal. Y ello para que Hitlodeo no se quejara, con justicia, de que Moro se hubiera apoderado y deflorado prematuramente su gloria, caso de ocurrírsele alguna vez escribir sus aventuras. *Temía, naturalmente, que Hitlodeo –que se había decidido a permanecer en la isla de Utopía– reapareciera un día en persona y quedara descon-*

10. *Hagnópolis.* Otro nombre para expresar el mismo concepto. *Hagnópolis* significa 'ciudad inocente' *(agnos-polis)*, 'ingenua'. Sería, por tanto, un espacio interior, indefinible, por encima del tiempo y del espacio.

Este significado mítico de Utopía viene impuesto por las alusiones que acaba de hacer a la *Edad de Saturno* –alusión a las *Bucólicas* de Virgilio–, a los *Campos Elíseos* y a las *Islas Afortunadas.*

tento y avergonzado por una indelicadeza que, a la postre, no le proporcionaba a él más que una gloria despojada de su flor, caso de descubrirse. ¡Así piensan los hombres honestos y sabios! *

El testimonio de Pedro Gilles, de Amberes, me ha hecho confiar plenamente en Moro, persona ya de por sí grave y que goza de una gran autoridad. Y aunque no conozco a Gilles en persona –de momento paso por alto la recomendación que le hacen su ciencia y su personalidad– le amo por la amistad que le ha jurado Erasmo. Ese hombre ilustre, benemérito de las letras tanto sagradas como profanas, y con quien hace mucho tiempo formé una asociación de amigos, consagrada por una correspondencia recíproca.

Mis mejores deseos para ti, queridísimo Lupset. Haz también llegar, y hazlo pronto, mis saludos –sea de viva voz sea por medio de una carta– a Linacre, lumbrera británica en todo lo que se refiere a las bellas artes. Yo espero que será tanto tuya como mía. Es, en efecto, una de esas raras personas con cuya aprobación me gustaría contar, si la pudiera merecer. Pues durante su estancia entre nosotros se ganó totalmente mi estima y la de Juan Ruelle, mi amigo y compañero de estudios. Lo que más admiro en él son sus conocimientos superiores y su método de trabajo riguroso, cualidades que querría imitar.

Quisiera también que presentaras a Moro mis fervientes saludos –sea por carta o, como ya dije, de viva voz–. Su nombre ya ha sido registrado en el más sagrado libro de Minerva con mi pensamiento y mis palabras. Y su isla de Utopía, en el Nuevo Mundo, es para mí objeto de afecto y veneración soberanos. Nuestro tiempo y los tiempos venideros encontrarán en su historia un semillero de hermosas y útiles instituciones. De ella cada uno sacará costumbres y usos que podrá importar y adaptar a su propia ciudad.

Con mis mejores deseos.

París, 31 de julio 1517

* El texto en cursiva aparece en griego en el original, como muestra del dominio que los humanistas poseían tanto del latín como del griego.

HEXASTICHON ANEMOLII POETAE LAV
REATI, HYTHLODAEI EX SORO/
RE NEPOTIS IN VTOPI/
AM INSVLAM.[11]

Vtopia priſcis dicta, ob infrequentiam,
Nunc ciuitatis æmula Platonicæ,
Fortaſſe uictrix (nam quod illa literis
Deliniauit, hoc ego una præſtiti,
Viris & opibus, optimisq; legibus)
Eutopia merito ſum uocanda nomine.

b 4

11. Advierta el lector el juego de palabras existente entre el comienzo y el final del sexteto: *Utopía-Eutopía.*

Utopía (u-topos) evoca la idea de un objeto cuya realidad se niega: no lugar. Lugar en ninguna parte, o el país imposible de localizar. Desde aquí se han derivado otros significados no menos ricos, merced a juegos y combinaciones de palabras tales como *distopía (dys-topos),* mal lugar, país dominado por el desorden; *udepotía (udepote),* lugar imposible, de nunca jamás. Y finalmente *eutopía (eu-topos),* lugar feliz, país donde se asienta la felicidad por la implantación de la justicia.

Según todas las probabilidades el autor de este sexteto es el mismo Moro. Tanto el tono como la forma —senario yámbico— son del epigrama, poema preferido de Moro.

Es notoria la intención de Moro en este poema: nos revela la meta y las funciones de Utopía. Resulta obligada su comparación con la *República* de Platón. Pero Utopía la ha superado por sus instituciones y sus logros.

Nótese el carácter fantástico del mismo poeta *Anemolio* (anemos = 'viento') imaginario, ficticio. Este nombre volverá a aparecer en Utopía (pág. 144) para hablar de un pueblo fanfarrón y vano.

La traducción de este sexteto así como del resto de poemas que aparecen en la edición original se debe a D. Nicolás de la Torre Vico, profesor de latín a quien va nuestra amistad y agradecimiento.

A la isla de Utopía, sexteto de Anemolio, poeta laureado, sobrino de Hitlodeo, por parte de su hermana

Me llamaron los antiguos,
por insólita, Utopía.
Competidora de aquella
ciudad que Platón pensara
y vencedora quizá,
pues lo que en ella tan sólo
en las letras se esbozara,
superélo yo con creces
en personas y en recursos
y al dictar mejores leyes.
Siendo así que deberían,
en justicia, desde ahora,
darme el nombre de Eutopía.

VTOPIENSIVM ALPHABETVM. 9

a b c d e f g h i k l m n o p q r ſ t u x y

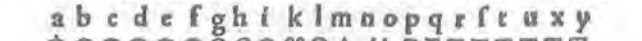
TETRASTICHON VERNACVLA VTO/ PIENSIVM LINGVA.

Vtopos ha Boccas peula chama.

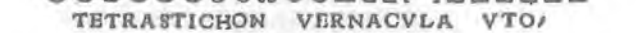
polta chamaan

Bargol he maglomi baccan

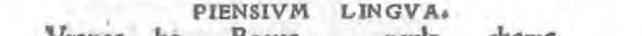
ſoma gymnoſophaon



Agrama gymnoſophon labarem

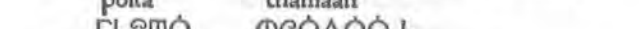


bacha bodamilomin



Voluala barchin heman la

lauoluola dramme pagloni.



HORVM VERSVVM AD VERBVM HAEC EST SENTENTIA.

Vtopus me dux ex non inſula fecit inſulam.
Vna ego terrarum omnium abſq; philoſophia.
Ciuitatem philoſophicam expreſſi mortalibus.
Libenter impartio mea, non grauatim accipio meliora.

b 3

Traducción literal de este poema [12]

No siendo ínsula, ínsula me hizo
Utopus, el que fuera mi caudillo.
Y de todas las tierras separada,
inicié mi andadura sin doctrinas,
mas al fin conseguí dar a los hombres
la ciudad filosófica anhelada.
Complaciente reparto yo mis dones,
y, humilde, sé aceptar de buena gana
los ajenos que estimo superiores.

12. El cuarteto no es de Moro; es de Pedro Gilles. Tampoco lo es el alfabeto. En cuanto a éste no tiene significado concreto alguno. Solamente nos advierte del sentido esotérico de la obra. El alfabeto es el signo de la lengua utopiana, que sólo el iniciado conoce. La lectura de *Utopía* sólo pueden hacerla los iniciados. (Véase pág. 57.)

Pedro Gilles [13]

de Amberes, saluda al muy ilustre maestro
Jerónimo Busleiden [14],
Preboste de Aire y consejero del Rey católico, Carlos

Muy honorable Busleiden: En días pasados recibí de Tomás Moro, a quien ya conoces –y gloria eximia de nuestro tiempo, como tú puedes testificar– la *Isla de Utopía*. Es todavía poco conocida, pero merecería serlo tanto y más que la *República* de Platón. Moro la presenta, describe y ofrece a nuestras miradas con tal elocuencia que, a cada lectura, me parece verla un poco mejor que cuando, junto con el mismo Moro, oía resonar en mis oídos las palabras de Rafael Hitlodeo.

He de confesar que este último estaba dotado de rara elocuencia. Al exponer su narración, mostraba a las claras que no refería hechos de oídas sino tomados de la realidad, como sucedidos ante sus ojos, puesto que se había visto envuelto en ellos durante mucho tiempo. A mi juicio, su conocimiento de pueblos, de hombres y de cosas le hace superior al mismo Ulises. Pienso, en efecto, que en es-

13. *Pedro Gilles*, nacido en Amberes en 1486. Gran amigo y confidente de Moro. Juntamente con Erasmo prepara las ediciones de *Utopía*. A él se deben el alfabeto utopiano y el cuarteto que precede. Suyas son también las notas o glosas marginales de las primeras ediciones. Es uno de los personajes de la primera parte de *Utopía* (véase pág. 68).
14. *Jerónimo Busleiden* (1470-1517). Humanista y diplomático flamenco. Gran mecenas de los humanistas. Moro se hospedó en su casa en Malinas.

los últimos ochocientos años ninguna parte del mundo ha visto nacer a nadie semejante. Comparado con él, Vespucci no parece haya visto gran cosa. Por otra parte, si bien es cierto que contamos mejor lo que vivimos que lo que oímos, nuestro hombre poseía el don particular de los detalles.

Sin embargo, cuando aparecen ante mi vista las escenas pintadas por el pincel de Moro, quedo tan emocionado que me parece estar, realmente, en Utopía. Me inclinaría a creer, que el mismo Rafael vio menos cosas en esta isla, durante los cinco años pasados en ella, que las que nos hace ver la descripción de Moro. No sé, en efecto, qué admirar más entre tantas maravillas: si la memoria más fiel y feliz, que ha sido capaz de repetir palabra a palabra multitud de observaciones solamente de oídas, o la sagacidad con que ha sabido descubrir las fuentes, ignoradas del vulgo, de donde nacen todos los males que aquejan a la comunidad política, o de donde podrían surgir todos los bienes. O la fuerza expresiva del lenguaje que, en un latín tan puro y con expresiones tan fuertes, da cohesión a tantas cosas. Y ello teniendo en cuenta que Moro es un hombre disperso en todos los sentidos, tanto por los asuntos públicos como por los cuidados domésticos.

Pero, sapientísimo Busleiden, ¿pueden extrañar todos estos rasgos a ti que por una amistad continuada y casi familiar, conoces profundamente las dotes sobrehumanas y casi divinas de este hombre? Nada, en efecto, puedo añadir a lo escrito por él. Solamente he añadido un cuarteto en la lengua vernácula de los utopianos. Este poema me lo mostró Hitlodeo, después de partir Moro. Le he antepuesto el alfabeto de este pueblo. Por lo demás, he añadido, también, unas pequeñas anotaciones en los márgenes.

En cuanto a la situación de la isla, que tanto preocupa a Moro, no se le olvidó a Rafael [15]. Hay que reconocer, sin embargo, que sólo lo hizo de pasada e incidentalmente, como si reservara este tema para otro lugar. Un desgraciado accidente pudo privarnos a ambos

15. La lectura de los *Documentos Introductorios* muestra la preocupación de los autores –Budé, Pedro Gilles y el mismo Moro (págs. 49 y 61)– por apartar al lector de una localización concreta de la Isla de Utopía. No está en parte alguna. El olvido de su localización es naturalmente voluntario.

de este detalle. En efecto, cuando Rafael se disponía a hablar de él, se le acercó uno de sus criados para decirle no sé qué al oído. Y, en cuanto a mí, que era todo oídos para escuchar, alguno de los asistentes, que sin duda se había resfriado en un viaje por mar, tosió tan fuerte que me impidió percibir algunas palabras del que hablaba. No he de parar, sin embargo, hasta conseguir una información completa sobre este punto. Ello me permitirá transmitiros con la mayor precisión, no sólo la situación de su isla, sino su altura con relación al polo. ¡Contando, naturalmente, que nuestro Hitlodeo esté sano y salvo!

Varios son, en efecto, los rumores que circulan al respecto. Unos afirman que desapareció en ruta. Otros que volvió felizmente a su patria. Otros, finalmente, sospechan que volvió otra vez a la isla, en parte porque no soportaba el estilo de vida de los suyos. Y en parte porque le atormentaba el deseo de volver a ver Utopía.

En cuanto a la objeción de que esta isla no se encuentra en ningún cosmógrafo, ya el mismo Hitlodeo dio buena cuenta de ella. Es muy posible que, según él, haya cambiado el nombre desde entonces. O bien, que esta isla haya escapado a su atención, de la misma manera que hoy día aparecen nuevas tierras, no conocidas de los antiguos geógrafos. Pero, ¿a qué conduce cargar con tantas razones de credibilidad de la narración, teniendo como tenemos a Moro por autor?

Por lo demás, alabo y reconozco la modestia del autor ante sus dudas por la publicación del libro. No me parece digno que esta obra deba estar más tiempo sin imprimir.

Merece que salga y pase a manos de todos los hombres. Mayormente si es tu mecenazgo el que la recomienda, sea porque las dotes de Moro son particularmente evidentes a tus ojos, o porque nadie es más apto que tú para aportar un juicio severo a los asuntos públicos. Sabido es que desde muchos años estás entregado a ellos, y que tu prudencia e integridad te han acarreado los mejores elogios.

Mis mejores deseos para el mecenas de los estudios y la gloria de este tiempo.

Amberes, 1 de noviembre, 1516

Tomás Moro

saluda a Pedro Gilles[16]

Mi querido Pedro Gilles:

Mucho me avergüenza enviarte, con el retraso de casi un año, este librito sobre la república utopiana. Sin duda lo esperabas en el plazo de seis semanas. Sabías, en efecto, que no me quedaba nada por inventar ni ordenar en esta obra . Sólo me faltaba redactar lo que tú y yo juntos habíamos oído de labios de Rafael.

No había tampoco razón alguna para pulir el estilo. Primero, porque era imposible reproducir la palabra de un hombre que repentizaba e improvisaba. Y después, lo sabéis muy bien, porque su léxico era más bien el de un hombre menos versado en latín que en griego. Mi única preocupación era y sigue siendo que cuanto más me acercase en el decir a su descuidada naturalidad, más cercano estaría a la verdad.

16. Tenemos delante el prólogo con que Moro quiso presentar a los lectores su *Utopía*. Aparece ya en la edición de 1516 y se mantiene en todas las demás.

Nos introduce un poco en la casa de Moro, en su vida privada y en su labor profesional. Nos deja traslucir también sus preocupaciones respecto al juicio que puede merecer su obra a críticos y lectores. Plantea el problema de la excesiva localización de la geografía y tiponimia utopiana.

Confesaré, pues, mi querido Pedro, que después de todos estos preparativos ya no me quedaba casi nada por hacer. No ignoras que la invención del tema y su disposición son suficientes para ocupar el tiempo y la dedicación de cualquier espíritu brillante e ilustrado. Si además hubiera de añadir la elegancia al rigor del lenguaje, te confieso que jamás habría rematado mi intento, por mucho tiempo y dedicación que le hubiere consagrado.

Libre ya de estas tensiones que tanto hacen sudar, era mínimo lo que me quedaba. No tenía, pues, dificultad alguna para escribir con sencillez lo oído. Y sin embargo, todas las demás cosas parecen conjurarse para no dejarme un momento, ni siquiera un momento, cuando trato de acabar este asuntillo. No hay día que no tenga que defender pleitos o asistir a ellos.

Unas veces hago de árbitro, otras las resuelvo como juez. Visito a unos y a otros tanto por compromisos como en función de mi cargo. Paso casi toda la jornada fuera de casa. Y el resto lo dedico a los míos, sin que para mí, es decir, para mis aficiones literarias, me quede nada.

Una vez vuelto a casa hay que hablar con la mujer, hacer gracias a los hijos, cambiar impresiones con los criados. Todo ello forma parte de mi vida, cuando hay que hacerlo, y hay que hacerlo a no ser que quieras ser extraño en tu propia casa. Hay que entregarse a aquellos que la naturaleza, el destino o uno mismo ha elegido como compañeros. Y te has de comportar con la mayor amabilidad, atento siempre a no corromperlos por una excesiva familiaridad. Y, si de criados se trata, evitar que una demasiada indulgencia, los convierta en señores.

Así discurren los días, los meses, los años. ¿Cuándo, pues, escribir? Y hazte cuenta que no he mencionado el sueño, ni siquiera la comida, que para muchos consume tanto tiempo como el sueño. ¡Y éste roba casi la mitad de la vida!

En cuanto a mí, sólo dispongo del tiempo que hurto al sueño y a la comida. Y esto, que aunque poco, es algo, ha hecho que terminara al fin *Utopia*. Ahí te la envío, mi querido Pedro, para que la leas y me digas si algo se me ha pasado por alto. Pues aunque sobre este punto no desconfío totalmente de mí –ojalá tuviera algún talento y saber, pues memoria no me falta– no llego, sin embargo, a creer que no se me haya podido escapar algo.

Mi paje Juan Clemente[17] me ha dejado muy perplejo. (Sabes, en efecto, que él también asistió a la conversación. No consiento que esté ausente de una conversación de la que puede sacar algún provecho. Pues de este tallo de trigo todavía verde en las letras griegas y latinas, me prometo algún día una cosecha extremadamente hermosa.) Creo recordar que Hitlodeo nos dijo que el puente de Amaurota, que atraviesa el río Anhidro, tenía quinientos pasos de largo. Mi paje Juan pretende que hay que quitar doscientos, pues la anchura del río en este lugar no pasa de los trescientos. Recuerda este detalle, por favor. Pues si tú estás de acuerdo con él, yo me plegaré a vosotros y reconoceré haberme equivocado. Pero si no te acuerdas ya de nada, me atendré a mi primera redacción, que me parece más conforme a lo que yo recuerdo. Trataré con todas mis fuerzas de evitar que el libro diga algo falso. Por tanto, caso de dudar en algún punto, prefiero decir una mentira a mentir, pues prefiero ser honrado u honesto a prudente.

Notar, en teología, la distinción entre cometer una mentira y decir una mentira.

De todos modos, no será difícil poner remedio, si se lo preguntas a Rafael, bien de viva voz –si todavía está por ahí–, bien por carta. Y harás bien en hacerlo, a causa de cualquier otro detalle, y que ignoro si su falta se debe a mí, a ti o a Rafael. No se nos ocurrió preguntar, ni Rafael pensó en decírnoslo, en qué parte del Nuevo Mundo está situada Utopía. Daría mi modesta fortuna para que no se produjera tal omisión. Y me avergüenza no saber en qué mar se encuentra una isla sobre la que doy tantos detalles. Pues varias personas de estos pagos –y sobre todo un hombre piadosísimo, teólogo de profesión– arden en deseos de dirigirse a Utopía. Les arrastra no una vana curiosidad de ver cosas nuevas, sino el deseo de despertar nuestra religión que tan buenos comienzos tuvo allí. Para proceder canónicamente, este nuestro teólogo pidió del Pontífice ser envia-

17. *Juan Clemente* (1500-1572). Puede considerarse como hijo espiritual de Moro. Entró como paje de su casa, fue educado por él, para pasar después a ser maestro de sus hijas. Más tarde se consagró a los estudios de medicina. Se ha descubierto la lista de los libros de su biblioteca que arroja luz sobre la influencias de la Utopía.

do y nombrado obispo de los utopianos. No se paró en barras ante el escrúpulo de solicitar para sí mismo este episcopado. Considera como una santa ambición un proyecto nacido no del deseo de honores o de riquezas, sino de una profunda piedad.

Santa ambición

Por todo esto, te ruego, mi querido Pedro, insistas ante Hítlodeo, sea de viva voz, si lo puedes hacer fácilmente, sea por escrito, si está ausente, para que por todos los medios, mi obra no contenga error alguno, ni le falte nada de verdad. Me pregunto incluso si no sería útil presentarle el libro. Nadie más indicado que él para realizar las correcciones pertinentes. Y sólo podrá hacerlo leyendo lo que he escrito. Por ello, podrás saber además si le agrada mi idea, o si no ve con buenos ojos el que yo haya escrito esta obra. Quiero decir que si se ha decidido a escribir la historia de sus aventuras, quizás no quiera –y yo tampoco lo querría– que yo divulgue los secretos de la república de los utopianos o que estropee su historia privándole de la gloria que reporta la novedad.

Los juicios despiadados

Aunque, a decir verdad, ni yo mismo estoy muy seguro de quererla publicar. Pues los paladares de los mortales son tan distintos, sus molleras tan torpes, los espíritus tan desagradecidos y los juicios tan absurdos, que no me parece descaminado imitar a aquellos que mantienen su buen humor y su sonrisa abandonándose a su inclinación natural. Sería mejor que imitar a los que se molestan por publicar algo que pueda ser útil o agradable a seres ingratos y que no se contentan con nada.

La mayoría no conoce la literatura, y muchos la desprecian. El bárbaro rechaza como difícil lo que no es totalmente bárbaro.

Llama chatos a los que no tienen nariz

Los sabihondos desprecian como vulgar lo que no está sembrado de arcaísmos. A algunos sólo les gustan las obras clásicas, y, a la mayor parte, las suyas propias. Éste es tan sombrío que no admite bromas; aquél tan insulso que carece del sentido del humor. Los hay tan romos que huyen –cual perro rabioso del agua– de todo lo que sabe a humor. Otros son tan inestables que su juicio cambia de estar sentados a estar de pie.

Éstos se sientan en las tabernas, y entre vaso y vaso emiten sus juicios sobre el talento de los escritores. Desde lo alto de su autoridad y a su antojo los condenan y dan tirones a sus escritos, como si

les tiraran del cabello. Mientras tanto, ellos están bien resguardados y, como dice el proverbio, «*fuera de tiro*»*. Pues estos hombres tienen la piel tan fina y tan afeitada que no les queda ni un pelo por donde se les pueda coger.

Proverbio

Hay, finalmente, seres tan desagradecidos que aunque la obra les deleite mucho, su autor les deja indiferentes. Se parecen a esos invitados mal educados, que, después de haber comido opíparamente, se van de casa hartos sin dar las gracias a su anfitrión. ¡Y ahora dispónte a preparar un banquete a tus expensas para gente con un paladar tan delicado, de gustos tan variados, y de corazón tan sensible a la gratitud y al recuerdo de las atenciones!

Comparación admirable

De todos modos, mi querido Pedro, trata con Hitlodeo lo que te acabo de decir. Tendremos tiempo después para revisar este proyecto. Aunque se hará, si éste es su deseo, y, aunque tarde lo veo ahora, tenga que morir por el trabajo de redactarlo. Por lo que respecta a editarlo, seguiré el consejo de los amigos, y sobre todo el tuyo.

Adiós, queridísimo Pedro Gilles. Mis mejores deseos para ti y tu excelente esposa. Quiéreme como me quieres, pues mi cariño por ti es mayor cada día.

* En griego en el original.

Amaurotū vrbs.
Fons Anydri.
Ostium anydri
Hythlodacus.

Libro primero

Diálogo del eximio Rafael Hitlodeo sobre la mejor forma de comunidad política. Por el ilustre Tomás Moro, ciudadano y sheriff de Londres, ínclita ciudad de Inglaterra [18]

No ha mucho tiempo, hubo una serie de asuntos importantes entre el invicto rey de Inglaterra, Enrique VIII, príncipe de un genio raro y superior, y el serenísimo príncipe de Castilla, Carlos. Con tal motivo fui invitado en calidad de delegado oficial a parlamentar y a conseguir un acuerdo sobre los mismos. Se me asignó por compañero y colega a Cuthbert Tunstall, hombre sin igual, y, elevado años más tarde, con aplauso de todos, al cargo de archivero, jefe de los archivos reales [19].

Cuthbert Tunstall

18. El libro primero está concebido como un diálogo-drama entre los siguientes personajes: el autor (Moro), Pedro Gilles, Hitlodeo (protagonista), el Cardenal Morton, un fraile, un bufón, un abogado, que sostienen un coloquio sobre la situación económica y social de Inglaterra y plantean una tesis (ver Introducción, págs. 20-21). Por tanto, más que un discurso o tratado se ha de concebir esta parte como un coloquio que da pie al informe o exposición que hace de la Isla de Utopía su descubridor Rafael Hitlodeo en el Libro II.

19. Tenemos aquí un dato autobiográfico de Moro. Y al mismo tiempo una forma de introducirse en escena dando a su relato un realismo histórico, punto de partida de *Utopía*. En efecto, aquí aparecen Enrique VIII, Carlos V, todavía príncipe de Castilla, Tunstall humanista y di-

Nada diré aquí en su alabanza. Y no porque tema que nuestra amistad pueda parecer se torna en lisonja. Creo que su saber y virtud están por encima de mis elogios. Por otra parte, su reputación es tan brillante que lanzar al viento sus méritos, sería como querer, según el refrán, «alumbrar al sol con un candil».

Proverbio

Según lo convenido, nos reunimos en Brujas con los delegados del príncipe Carlos. Todos ellos eran hombres eminentes. El mismo prefecto de Brujas, varón magnífico, era jefe y cabeza de esta comisión, si bien Jorge de Themsecke, preboste de Cassel, era su portavoz y animador. Este hombre cuya elocuencia se debía menos al arte que a la naturaleza, pasaba por uno de los jurisconsultos más expertos en asuntos de Estado. Su capacidad personal, unida a un largo ejercicio en los negocios públicos, hacían de él un hábil diplomático[20].

Tuvimos varias reuniones, sin haber llegado a ningún acuerdo en varios puntos. En vista de ello, nuestros interlocutores se despidieron de nosotros, por unos días, dirigiéndose a Bruselas con el fin de conocer el punto de vista del príncipe.

Ya que las cosas habían corrido así, creí que lo mejor era irme a Amberes. Estando allí, recibí innumerables visitas. Ninguna, sin embargo, me fue tan grata como la de Pedro Gilles, natural de Amberes. Todo un caballero, honrado por los suyos con toda justicia. Difícilmente podríamos encontrar un joven tan

Pedro Gilles

plomático jefe de la delegación inglesa. Y finalmente la delegación flamenca del príncipe Carlos. Los asuntos importantes eran de carácter político y comercial. La fecha, mayo de 1515. El escenario natural las ciudades de Brujas, Bruselas y Amberes.

Cuthbert Tunstall (1474-1559). Humanista y diplomático inglés. Gran amigo de Moro, a quien acompañó e introdujo en sus misiones diplomáticas a Flandes y Cambrai.

20. *Jorge de Themsecke.* Clérigo y diplomático, miembro del gran consejo imperial. Experto en derecho civil y canónico. Murió hacia 1536. Adviértase la retórica no exenta de adulación que emplea Moro, por lo demás, propia de la época.

erudito y tan honesto. A sus más altas cualidades morales y a su vasta cultura literaria unía un carácter sencillo y abierto a todos. Y su corazón contiene tal cariño, amor, fidelidad y entrega a los amigos que resultaría difícil encontrar uno igual en achaques de amistad. De tacto exquisito, carece en absoluto de fingimiento, distinguiéndose por su noble sencillez. Fue tan vivaz su conversación y su talante tan agudo, que con su charla chispeante y su ameno trato llegó a hacerme llevadero la ausencia de la patria, la casa, la mujer y los hijos a quienes no veía desde hacía cuatro meses, y a quienes, como es lógico, quería volver a abrazar.

Un día me fui a oír misa a la iglesia de Santa María, raro ejemplar de arquitectura bellísima y muy frecuentada por el pueblo. Ya me disponía a volver a mi posada, una vez terminado el oficio, cuando vi a nuestro hombre, charlando con un extranjero entrado en años. De semblante adusto y barba espesa, llevaba colgado al hombro, con cierto descuido, una capa. Me pareció distinguir en él a un marinero. En esto me ve Pedro, se acerca y me saluda. Al querer yo devolverle el saludo me apartó un poco y señalando en dirección al hombre con quien le había visto hablar me dijo:

–¿Ves a ése? Estaba pensando en llevártelo a tu casa.

–Si viene de tu parte, le recibiría encantado, le respondí.

–Si le conocieras, se recomendaría a sí mismo. No creo que haya otro en el mundo que pueda contarte más cosas de tierras y hombres extraños. Y sé lo curioso que eres por saber esta clase de cosas.

–Según eso –dije yo entonces– no me equivoqué. Apenas le vi, sospeché que se trataba de un patrón de navío.

–Pues te equivocas. Porque, aunque este hombre ha navegado, no lo ha hecho como lo hiciera Palinuro, sino como Ulises, o mejor, como Platón[21]. Escucha:

21. Es evidente la intención de hacer de Rafael Hitlodeo el «navegante filósofo» que no se durmió como Palinuro y cayó al mar (Eneida), sino

–Rafael Hitlodeo (el primer nombre es el de familia) no desconoce el latín y posee a la perfección el griego. El estudio de la filosofía, a la que se ha consagrado totalmente, le ha hecho cultivar la lengua de Atenas, con preferencia a la de Roma. Piensa que los latinos no han dejado nada de importancia en este campo, a excepción de algunas obras de Séneca y Cicerón[22].

»Entregó a sus hermanos el patrimonio que le correspondía allá en su patria, Portugal. Siendo joven, arrastrado por el deseo de conocer nuevas tierras acompañó a Américo Vespucci[23] en tres de los cuatro viajes que ya todo el mundo conoce. En el último de ellos ya no quiso volver. Se empeñó y consiguió de Américo ser uno de los veinticuatro que se quedaron en una remota fortificación en los últimos descubrimientos de la expedición. Al proceder así, no hacía sino seguir su inclinación más dada a los viajes que a las posadas. Suele decir con frecuencia: "A quien no tiene tumba el cielo le cubre" y "Todos los caminos sirven para llegar al cielo". Desde luego, que, si

Apotegma

que dueño de su destino llega a su isla como Ulises. Y navegante filósofo también como Platón que hace su singladura por el mar de la *República* en la que Rafael quiere embarcarse y embarcarnos. Sería el «morosofos» navegante, el Menipo lucianesco, que descubre la isla de Utopía que nunca supo dónde estaba.

22. *Rafael Hitlodeo*, héroe y protagonista de *Utopía*, es un personaje de ficción. Tanto el nombre como el apellido nos llevan al doble sentido que tienen muchas palabras en *Utopía*. Rafael Arcángel guía, acompaña y cura a Tobías. De la misma manera este Rafael portugués guía al lector hacia este país lejano y misterioso, y le cura. El apellido *Hitlodeo* es una palabra griega compuesta *(uzlos-dayos)* que significa «experto en idioteces», un embaucador y visionario. Adviértase la ironía moreana.

23. *Américo Vespucci* (1451-1512). Dio nombre al Nuevo Mundo. Su libro *Las Cuatro Navegaciones* (1507) tuvo una influencia decisiva en la inspiración de la utopía moreana. No tenemos que esforzarnos mucho para ver detras de él a Hitlodeo. La lectura de Vespucci despertó en él sin duda la teoría del «buen salvaje».

Dios no se cuidara de él de modo tan singular, no iría lejos con semejantes propósitos. De todos modos, una vez separado de Vespucci se dio a recorrer tierras y más tierras con otros cinco compañeros. Tuvieron suerte, pudiendo llegar a Trapobana y desde allí pasar a Calicut[24]. Aquí encontró barcos portugueses que le devolvieron a su patria cuando menos lo podía esperar.

Agradecí de veras a Pedro su atención al contarme todo esto, así como el haberme deparado el gozo de la conversación de un hombre tan extraordinario. Y sin más, saludé a Rafael con la etiqueta de rigor en estos casos al vernos por primera vez. Los tres juntos nos dirigimos después a mi casa y comenzamos a charlar en el huerto, sentados en unos bancos cubiertos de verde y fresca hierba.

Nos dijo Rafael cómo después de separarse de Vespucci, él y los compañeros que habían permanecido en la fortaleza comenzaron a entablar relaciones e intercambios con los nativos. Pronto se sintieron entre ellos sin preocupación alguna e incluso como amigos. Llegaron también a entamblar amistad con un príncipe de no sé qué región –su nombre se me ha borrado de la memoria–. Este príncipe les obsequió abundantemente con provisiones tanto durante su estancia como para el viaje, que se hacía en balsas por agua, y en carretas por tierra. Les dio asimismo cartas de recomendación a otros príncipes, poniéndoles, a tal efecto, un guía excelente que les introdujera.

Nos contaba cómo habían encontrado en sus largas correrías, ciudades y reinos muy poblados y organizados de forma admirable. Nos hizo ver que por debajo de la línea del

24. La descripción de estos viajes de Hitlodeo se basa en los *Cuatro Viajes de Vespucci* y en la *Introducción a la Cosmografía* de Waldseemüller. *Trapobana* es la Isla de Ceilán y *Calicut* es un pequeño puerto de la costa malabar en la parte occidental de la India que no se debe confundir con Calcuta.

ecuador todo cuanto se divisa en todas las direcciones de la órbita solar es casi por completo una inmensa soledad abrasada por un calor permanente. Todo es árido y seco, en un ambiente hostil, habitado por animales salvajes, culebras y hombres que poco se diferencian de las fieras en peligrosidad y salvajismo.

Pero a medida que se iban alejando de aquellos lugares, todo adquiría tonos más dulces. El cielo era más limpio, la tierra se ablandaba entre verdores. Era más suave la condición de animales y hombres. Otra vez se encontraban fortalezas, ciudades y reinos que mantienen comercio constante por mar y por tierra, no sólo entre sí, sino también, con países lejanos.

Esta situación les permitió descubrir tierras desconocidas en todas direcciones. No había nave que emprendiera viaje que no les llevase con agrado a él y a sus compañeros rumbo a otra nueva aventura.

Los primeros barcos que toparon eran de quilla plana, y las velas estaban zurcidas de mimbres o de hojas de papiro. En otros lugares las velas eran de cuero. Posteriormente encontraron quillas puntiagudas y velas de cáñamo. Y, por fin, barcos iguales a los nuestros. Los marinos eran expertos conocedores del mar y del firmamento.

Su reputación entre ellos creció de manera extraordinaria cuando les enseñó el manejo de la brújula que no conocían [25]. Este desconocimiento hacía que se aventurasen mar adentro con gran cautela y sólo en el verano. Ahora en cambio, brújula en mano desafían los vientos y el invierno con más confianza que seguridad; pues, si no tienen cuidado, este hermoso invento que parecía llamado a procurarles to-

25. Con razón se ha celebrado la erudición de Moro y de los humanistas. Su conocimiento de la historia antigua corre pareja a su deseo de estar al día en los adelantos científicos. Moro incorpora a su libro dos grandes inventos de la época: *la brújula* y *la imprenta*.

dos los bienes, podría convertirse por su imprudencia, en una fuente de males.

Me alargaría demasiado en contaros todo lo que nos dijo haber visto en aquellos lugares. Por otra parte, no es éste el objeto de este libro. Tal vez en otro lugar refiera lo que creo no debe dejarse en el tintero, a saber, la referencia a costumbres justas y sabias de hombres que viven como ciudadanos responsables en algunos lugares visitados.

Nuestro interés, en efecto, se cernía sobre una serie de temas importantes, que él se deleitaba a sus anchas en aclarar. Por supuesto que en nuestra conversación no aparecieron para nada los monstruos que ya han perdido actualidad. Escilas, Celenos feroces y Lestrigones[26] devoradores de pueblos, y otras arpías de la misma especie se pueden encontrar en cualquier sitio. Lo difícil es dar con hombres que están sana y sabiamente gobernados. Cierto que observó en estos pueblos muchas cosas mal dispuestas, pero no lo es menos que constató no pocas cosas que podrían servir de ejemplo adecuado para corregir y regenerar nuestras ciudades, pueblos y naciones.

En otro lugar, como he dicho, hablaré de todo esto. Mi intento ahora es narrar únicamente y referir cuanto nos dijo sobre las costumbres y régimen de los utopianos. Trataré, primero, de reproducir la charla en que, como por casualidad, salió el tema de la República de Utopía[27].

26. ¿Por qué esta alusión a los monstruos? Es clara la intención de Moro de hacer ver que la isla de Utopía no es quimérica como los monstruos de la mitología. Las *Escilas* son los perros marinos de seis cabezas, tres mandíbulas y doce pies. Los *Celenos* son las harpías, con cabeza de mujer. Los Lestrigones son los gigantes caníbales que devoran a los compañeros de Ulises. El calificativo latino es inventado por Moro: *populivoros,* devoradores de pueblos.

27. Con este párrafo y el anterior quiere resaltar el autor la relación existente entre el Libro I y el II, aunque, como es sabido, éste se escribiera antes. El Libro II no es más que la experiencia vivida por Hitlodeo en otros continentes.

Rafael acompañaba su relato de reflexiones profundas. Al examinar cada forma de gobierno, tanto de aquí como de allí, analizaba con sagacidad maravillosa lo que hay de bueno y de verdadero en una, de malo y de falso en otra. Lo hacía con tal maestría y acopio de datos que se diría haber vivido en todos esos sitios largo tiempo. Pedro, lleno de admiración por un hombre así, le dijo:

–Me extraña, mi querido Rafael, que siendo el que eres y dada tu ciencia y conocimientos de lugares y hombres, no te hayas colocado al servicio de alguno de esos reyes. Hubiera sido un placer para cualquiera de ellos. Al mismo tiempo le hubieras intruido con tus ejemplos y conocimientos de lugares y de hombres. Sin olvidar que con ellos podrías atender a tus intereses personales y aportar una ayuda sustancial a los tuyos.

–No me inquieta la suerte de los míos ni poco ni mucho –dijo Rafael–. Creo haber cumplido mi deber de forma suficiente. Dejé a los míos y a los amigos siendo joven y en pleno vigor, lo que otros muchos no suelen hacer sino cuando están viejos y achacosos, y aun entonces, contra su gusto y voluntad. Creo que pueden estar contentos con mi liberalidad hacia ellos. Pero lo que no me pueden pedir es que, además, tenga yo que convertirme en siervo de ningún rey[28].

–Tenéis razón –replicó Pedro–. Pero no quise decir que fueras *siervo*, sino *servidor*.

–No veo más diferencia –contestó Rafael– que la adición de una sílaba.

–Llámalo como quieras –insistió Pedro–: lo que quiero de-

28. Se plantea aquí el problema de conciencia (ver Introducción, página 11) de todo filósofo. ¿Son compatibles filosofía y política? ¿Puede un filósofo ponerse al servicio de un rey o de un consejo? La respuesta que se da aquí es negativa. No, porque es inútil. ¿Cómo explicar, entonces, la vida de Moro? Diríamos que probó en su vida hasta dónde era posible la participación en la política sin comprometer su libertad.

cir es que ése es el camino para llegar a ser feliz tú, y en el que podrás ser útil tanto a la sociedad como a los ciudadanos.

–Me repugna –dijo Rafael–, ser más feliz a costa de un procedimiento que aborrezco. Ahora mismo vivo como quiero, cosa que dudo les suceda a muchos que visten de púrpura. Por lo demás, abundan y sobran los que apetecen la amistad de los poderosos. Que yo les falte y algunos más semejantes a mí no creo que les cause excesivo perjuicio.

–Es claro, querido Rafael –dije yo entonces– que no hay en ti ambición de riquezas, ni de poder. Un hombre de tu talante me merece tanta estima y respeto como el que detesta el mayor poder. Por ello, me parece que sería digno de un espíritu tan magnánimo, y de un verdadero filósofo como tú, si te decidieras, aun a pesar de tus repugnancias y sacrificios personales, a dedicar tu talento y actividades a la política. Para lograrlo con eficacia, nada mejor que ser consejero de algún príncipe. En tal caso –y yo espero que así lo harás– podrías aconsejarle lo que creyeras justo y bueno. Tú sabes muy bien que un príncipe es como un manantial perenne del que brotan los bienes y los males del pueblo [29]. Tienes, en efecto, un saber tan profundo que, aun en el caso de no tener experiencia en los negocios, serías un eminente consejero de cualquier rey. Y tu experiencia es tan vasta que supliría a tu saber.

–Amigo Moro, te equivocas por partida doble. Primero en lo que a mi persona se refiere, y después en lo tocante a la república o Estado. Yo no poseo ese saber que me atribuyes, y, caso de tenerlo y sacrificar mi ocio, sería inútil a la cosa pública.

29. La frase resume perfectamente la función que los humanistas atribuían al poder real. De ahí la literatura de la época destinada a los príncipes. Ejemplos representativos pueden ser el *Manual del príncipe cristiano* de Erasmo (1514) y el *Príncipe*, de Machiavello (1533, pero escrito en 1514).

»En primer lugar, la mayoría de los príncipes piensan y se ocupan más de los asuntos militares, de los que nada sé ni quiero saber, que del buen gobierno de la paz. Lo que les importa es saber cómo adquirir –con buenas o malas artes– nuevos dominios, sin preocuparse para nada de gobernar bien los que ya tienen. Por otra parte, hay consejeros de príncipes tan doctos que no necesitan –o al menos creen no necesitar– los consejos de otra persona. Parásitos como son, aceptan a los que les dan la razón o les halagan para granjearse la voluntad de los favoritos del príncipe. Así lo ha dispuesto la naturaleza: cada uno se pirra por sus propios descubrimientos. ¡Al cuervo le ríe su cría y a la mona le gusta su hija!

»En reuniones de gente envidiosa o vanidosa ¿no es, acaso, inútil explicar algo que sucedió en otros tiempos o que ahora mismo pasa en otros lugares? Al oírte, temen pasar por ignorantes y perder toda su reputación de sabios, a menos que descubran error y mentira en los hallazgos de otros. A falta de razones con que rebatir los argumentos, se refugian invariablemente, en este tópico: «Esto es lo que siempre hicieron nuestros mayores. Ya podíamos nosotros igualar su sabiduría.» Al decir esto, zanjan toda discusión y se sienten felices. Les parece mal que alguien sea más sabio que los antepasados. Cierto que todos estamos dispuestos a aceptar todo lo bueno que nos han legado en herencia. Pero con el mismo rigor sostenemos que hay que aceptar y mantener lo que vemos debe mudarse. Con frecuencia me he encontrado en otras partes este tipo de mentes absurdas, soberbias y retrógradas. Incluso en Inglaterra me topé con ellas.

–¿Has estado en Inglaterra? –le pregunté.

–Sí, he estado. Paré allí unos meses, no mucho después de la matanza que siguió a la guerra civil que tuvo enfrentados a los ingleses occidentales contra su rey y que acabó con la derrota de los sublevados. Con tal motivo quedé muy obligado al Reverendísimo Padre Juan Morton, Cardenal Arzobispo

de Canterbury y que era, a la sazón, también Canciller de Inglaterra[30]. ¡Qué hombre tan extraordinario!, mi querido Pedro –pues a Moro no le puedo decir nada nuevo–, un hombre más venerable por su carácter y virtud, que por su alta jerarquía. Era más bien pequeño, y, a pesar de su edad avanzada, andaba erguido. Al hablar inspiraba respeto sin llegar al temor. Su trato era afable, si bien serio y digno. Su profunda ironía le llevaba a exasperar, sin llegar a ofender, a quienes le pedían algo, poniendo con ello a prueba el temple y saber de los mismos. Esto le agradaba, siempre que hubiese moderación, y si le complacían aceptaba a los candidatos para los cargos públicos. Su léxico era puro y enérgico; su ciencia del derecho profunda, su juicio exquisito y su memoria rayando en lo extraordinario. Estas cualidades, grandes en sí mismas, lo eran más por el cultivo y el estudio constante de las mismas. Estando allí pude observar que el rey fiaba mucho en sus consejos, y le consideraba como uno de los más firmes pilares del Estado. ¡Qué de extraño tiene que, llevado muy joven de la escuela a la corte y mezclado en multitud de asuntos graves y zarandeado por acontecimientos de la más diversa índole, adquiriera un profundo sentido de la vida a costa de tantos trabajos y pruebas!

Leyes muy poco conformes con la justicia

»¡Ciencia así adquirida, difícilmente se olvida! La casualidad me hizo encontrar, un día en que estaba comiendo con el cardenal, a un laico versado en nuestras leyes. Éste comenzó, no sé a qué propósito, a ponderar la dura justicia que se administraba a los ladrones. Contaba complacido cómo en diversas ocasiones había visto a más de

30. *Juan Morton* (1420-1500). Cardenal Arzobispo de Canterbury. Personaje clave para entender la historia inglesa del siglo XV por su maquiavelismo político. Es, por tanto, el retrato que hace de él Moro manifiestamente adulatorio. Responde al tipo de hombre y eclesiástico del Renacimiento. Fue muy impopular por sus impuestos. (Ver Introducción, pág. 8).

veinte colgados de una misma cruz. No salía de su asombro al observar que siendo tan pocos los que superaban tan atroz prueba, fueran tantos los que por todas partes seguían robando.

»–No debes extrañarte de ello –me atreví a contestarle delante del Cardenal–: semejante castigo infligido a los ladrones ni es justo ni útil. Es desproporcionadamente cruel como castigo de los robos e ineficaz como remedio. Un robo no es un crimen merecedor de la pena capital. Ni hay castigo tan horrible que prive de robar a quien tiene que comer y vestirse y no halla otro medio de conseguir su sustento. No parece sino que en esto, tanto en Inglaterra como en otros países, imitáis a los malos pedagogos: prefieren azotar a educar. Se promulgan penas terribles y horrendos suplicios contra los ladrones, cuando en realidad lo que habría que hacer es arbitrar medios de vida. ¿No sería mejor que nadie se viera en la necesidad de robar para no tener que sufrir después por ello la pena capital?[31]

Lo que se podría hacer para disminuir el número de ladrones

»–Ya se ha hecho en este aspecto más que suficiente –me respondió–. La industria y la agricultura son otros tantos medios de que dispone el pueblo para obtener los medios de subsistencia. A no ser que quieran emplearlos para el mal.

»–No se puede zanjar así la cuestión –repliqué–. ¿Es que podemos olvidarnos de los que vuelven mutilados a casa, tanto de las guerras civiles como con el extranjero? ¿Es que ignoras que

31. Comienza aquí la distopía o tipo de sociedad cuyos valores axiológicos son el orgullo, la avaricia, la sensualidad y el egoísmo. Sus secuelas son el desorden, las disensiones y la miseria.

Una de las consecuencias de la miseria es el robo, plaga de Inglaterra en el siglo XV-XVI. La sociedad es altamente injusta pues obliga al robo, condenándolo además con la pena de muerte. La argumentación de Hitlodeo contra la pena de muerte es contundente: no hay proporción entre la culpa-el robo-y la pena.

muchos soldados perdieron uno o varios miembros en la batalla de Cornuailles y anteriormente en las campañas de Francia? Estos hombres mutilados por su rey y por su patria ya no pueden hacer las cosas que antes hacían. La edad, por otra parte, no les permite aprender nuevos oficios. Pero vamos a olvidarnos de éstos, ya que las guerras no son de todos los días [32].

»"Detengámonos en casos que ocurren todos los días. Ahí están los nobles cuyo número exorbitado vive como zánganos a cuenta de los demás. Con tal de aumentar sus rentas no dudan en explotar a los colonos de sus tierras, desollándolos vivos. Derrochadores hasta la prodigalidad y mendacidad, es el único tipo de administración que conocen. Pero además, se rodean de hombres haraganes que nunca se han preocupado de saber ni aprender ningún modo de vivir y trabajar.

»"Si muere el patrón o si alguno de ellos enferma, son inmediatamente despedidos. Estos nobles prefieren alimentar a vagos que cuidar enfermos. Con frecuencia, el heredero del difunto no tiene fondos de inmediato para dar de comer al ejército de vagos. En tal caso o la gente se prepara a pasar hambre negra o se dedica con saña al robo. ¿Les queda otra salida? Yendo de una parte a otra empeñan su salud y sus vestidos. Ya no hay noble que acoja a estos hombres escuálidos por la enfermedad y vestidos de harapos. Los mismos campesinos desconfían de quienes han vivido en la molicie y los placeres y son diestros en el uso de la espada y la adarga. Saben que miran a todos con aire fanfarrón y no se prestan fácilmente a manejar el pico y el azadón, sirviendo al pobre labrador por una comida frugal y un salario ruin.

»–Precisamente este tipo de hombres –arguyó mi interlocutor– es el que hay que promover ante todo. Son hombres

32. Las bandas de mercenarios fueron un azote de Europa durante el siglo XV. En Inglaterra se hizo notar todavía más por el licenciamiento de las tropas después de la Guerra de los Cien Años (1337-1453) y la Guerra de las dos Rosas (1455-1485).

de espíritu más noble y más alto que los artesanos y labradores. En ellos reside el coraje y el valor de un ejército de que hay que disponer en caso de una guerra.

»–¿Quiere ello decir –le respondí yo– que por la guerra hemos de mantener a los ladrones que, por otra parte, nunca faltarán mientras haya soldados? Los ladrones no son los peores soldados, y los soldados no se paran en barras a la hora de robar. ¡Tan bien se compaginan ambos oficios! Por lo demás, esta plaga del robo, no es exclusiva nuestra: es común a casi todas las naciones. Ahí tenemos a Francia sometida a una peste todavía más peligrosa. Todo el país se encuentra, aun en tiempo de paz –si es que a esto se puede llamar paz– lleno de mercenarios, mantenidos por la misma falsa razón que os induce a vosotros los ingleses a mantener esa turba de vagos. Piensan estos morosofos medio sabios, medio aventureros, que la salvación del Estado estriba en mantener siempre en pie de guerra un ejército fuerte y poderoso compuesto de veteranos. Los bisoños no les interesan. Y llegan a pensar incluso que hay que suscitar guerras y degollar de vez en cuando algunos hombres para que –como dice socarronamente Salustio– su brazo y su espíritu no se emboten por la inacción.

Males que acompañan a los ejércitos permanentes

»–Lo peligroso de esta teoría está en alimentar bestias tales, y Francia lo está aprendiendo a costa suya. Un ejemplo de ello lo tenemos también entre los romanos, cartagineses y sirios y otros muchos pueblos. Estos ejércitos permanentes arruinaron su poder junto con sus campos y ciudades. Un ejemplo claro de lo inútil que resulta mantener todo este aparato nos lo ofrecen los soldados franceses. A pesar de haber sido educados en las armas desde muy jóvenes, no se puede decir que hayan salido siempre airosos y con gloria al enfrentarse con los reservistas ingleses. Y basta de este punto, porque no parezca a los presentes que os halago. Por otra parte, difícilmente puedo creer que los artesanos o los rudos

y sufridos campesinos tengan que temer gran cosa de los ociosos criados de los nobles. Quizás algunos de cuerpo débil y faltos de arrojo, así como agotados por la miseria familiar. Porque has de saber que los cuerpos robustos y bien comidos –sólo a éstos corrompen los señores– se debilitan con la pereza y se ablandan con ocupaciones casi mujeriles. Pero el peligro de afeminamiento desaparece si se les enseña un oficio que les permita vivir y ocuparse en trabajos varoniles.

»–Todo considerado, no veo manera de justificar esa inmensa turba de perezosos por la simple posibilidad de que puede estallar una guerra. Guerra que se podría siempre evitar, si es que de verdad se quiere la paz, tesoro más preciado que la guerra.

»"Hay, además, otras causas del robo. Existe otra, a mi juicio, que es peculiar de vuestro país.

»–¿Cuál es? –preguntó el Cardenal.

»–Las ovejas –contesté– vuestras ovejas. Tan mansas y tan acostumbradas a alimentarse con sobriedad, son ahora, según dicen, tan voraces y asilvestradas que devoran hasta a los mismos hombres, devastando campos y asolando casas y aldeas. Vemos, en efecto, a los nobles, los ricos y hasta a los mismos abades, santos varones, en todos los lugares del reino donde se cría la lana más fina y más cara. No contentos con los beneficios y rentas anuales de sus posesiones, y no bastándoles lo que tenían para vivir con lujo y ociosidad, a cuenta del bien común –cuando no en su perjuicio– ahora no dejan nada para cultivos. Lo cercan todo, y para ello, si es necesario derribar casas, destruyen las aldeas no dejando en pie más que las iglesias que dedican a establo de las ovejas. No satisfechos con los espacios reservados a caza y viveros, estos piadosos varones convierten en pastizales desiertos todos los cultivos y granjas[33].

33. Véase en la Introducción (pág. 21) lo que dijimos sobre las *enclosures* o cercas. La descripción que hace aquí el autor de la situación eco-

»"Para que uno de estos garduños -inexplicable y atroz peste del pueblo- pueda cercar una serie de tierras unificadas con varios miles de yugadas, ha tenido que forzar a sus colonos a que le vendan sus tierras. Para ello, unas veces se ha adelantado a cercarlas con engaño, otras les ha cargado de injurias, y otras los ha acorralado con pleitos y vejaciones. Y así tienen que marcharse como pueden hombres, mujeres, maridos, esposas, huérfanos, viudas, padres con hijos pequeños, familias más numerosas que ricas, pues la tierra necesita muchos brazos.

»"Emigran de sus lugares conocidos y acostumbrados sin encontrar dónde asentarse. Ante la necesidad de dejar sus enseres, ya de por sí de escaso valor, tienen que venderlos al más bajo precio. Y luego de agotar en su ir y venir el poco dinero que tenían, ¿qué otro camino les queda más que robar y exponerse a que les ahorquen con todo derecho o irse por esos caminos pidiendo limosna? En tal caso, pueden acabar también en la cárcel como maleantes, vagos, por más que ellos se empeñen en trabajar, si no hay nadie que quiera darles trabajo. Por otra parte, ¿cómo darles trabajo si en las faenas del campo que era lo suyo ya no hay nada que hacer? Ya no se siembra. Y para las faenas del pastoreo, con un pastor o boyero sobra para guiar los rebaños en tierras que labradas necesitaban muchos más brazos.

»"Así se explica también que, en muchos lugares, los precios de los víveres hayan subido vertiginosamente. Y lo más extraño es que la lana se ha puesto tan cara, que la pobre gente de estas tierras no puede comprar ni la de la más ínfima calidad, con que solían hacer sus paños. De esta manera, mucha gente sin trabajo cae en la ociosidad.

»"Por si fuera poco, después de incrementarse los pastizales, la epizootia diezmó las ovejas, como si la ira de Dios des-

nómica de Inglaterra es magistral. «Las ovejas devoradoras de hombres» revolucionan todo el sistema social y económico.

cargara sobre los rebaños su cólera por la codicia de los dueños. Hubiera sido más justo haberla dejado caer sobre la cabeza de éstos. Pues no se ha de creer, que, aunque el número de ovejas haya aumentado, no por ello baja el precio de la lana. La verdad es que, si bien no existe un «monopolio» en el sentido de que sea uno quien la vende, sí existe un «oligopolio». El negocio de la lana ha caído en manos de unos cuantos que, además, son ricos. Ahora bien, éstos no tienen prisa en vender antes de lo que les convenga. Y no les conviene sino a buen precio[34].

»"Por la misma razón, e incluso con más fuerza, se han encarecido las otras especies de vacuno. La destrucción de los establos y la reducción del área cultivada, ha traído como consecuencia que nadie se preocupe de su reproducción y de su cría. Porque estos nuevos ricos no se preocupan de obtener crías de vacuno o de ovino. Las compran flacas y a bajo precio en otros sitios y las engordan en sus pastizales para venderlas después al mejor precio.

»"Todavía es pronto para calibrar la repercusión que estos desórdenes pueden producir en el país. De momento, el mal se refleja en los mercados en que se vende el género. Pronto, sin embargo, al aumentar el número de cabezas de ganado sin darles tiempo a reproducirse, la disminución progresiva de la oferta en el mercado, producirá una verdadera quiebra. Así, lo que debía ser la riqueza de nuestra isla, se convertirá en fuente de desgracias, por la avaricia de unos pocos.

»"Porque esta carestía en los bienes de consumo hace que cada uno eche de su casa a los más que pueda. ¿No significa

34. El desorden económico y social termina favoreciendo a uno, o a unos pocos. Se origina así el *monopolio* u *oligopolio* de los bienes necesarios de consumo. En Utopía se evitará todo esto con la propiedad de dominio común, exigencia para que todos puedan tener los bienes necesarios a la vida.

esto enviarles a mendigar, y, si son de condición más arriesgada, a robar?

»–¿Y qué me dices del lujo tan descarado con que viene envuelta esta triste miseria? Los criados de los nobles, los artesanos y hasta los mismos campesinos se entregan a un lujo ostentoso tanto en el comer como en el vestir. ¿Para qué hablar de los burdeles, casas de citas y lupanares y esos otros lupanares que son las tabernas y las cervecerías y todos esos juegos nefastos como las cartas, los dados, la pelota, los bolos o el disco? De sobra sabéis que acaban rápidamente con el dinero y dejan a sus adeptos en la miseria o camino del robo[35].

»"Desterrad del país estas plagas nefastas. Ordenad que quienes destruyeron pueblos y alquerías los vuelvan a edificar o los cedan a los que quieran explotar las tierras o reconstruir las casas. Frenad esas compras que hacen los ricos creando nuevos monopolios. ¡Sean cada día menos los que viven en la ociosidad; que se vuelvan a cultivar los campos, y que vuelva a florecer la industria de la lana! Sólo así volverán a ser útiles toda esa chusma que la necesidad ha convertido en ladrones o que andan como criados o pordioseros a punto de convertirse también en futuros ladrones. Si no se atajan estos males es inútil gloriarse de ejercer justicia con la represión del robo, pues resultará más engañosa que justa y provechosa.

»"Porque, decidme: si dejáis que sean mal educados y corrompidos en sus costumbres desde niños, para castigarlos ya de hombres, por los delitos que ya desde su infancia se preveía tendrían lugar, ¿qué otra cosa hacéis más que engendrar ladrones para después castigarlos?

35. Sobre una sociedad de vagabundos, holgazanes, ladrones, usureros recae toda suerte de vicios. El juego es el compendio de todos ellos ya que acaba con el dinero y lleva a la miseria y al robo. En Utopía todos trabajan y está prohibido el juego.

»Mientras yo hablaba, ya nuestro jurista se había dispuesto a responderme. Había adoptado ese aire solemne de los escolásticos, consistente en repetir más que en responder, pues creen que la brillantez de una discusión está en la facilidad de memoria[36].

»–Te has expresado muy bien –me dijo– a pesar de ser extranjero y de que sospecho conoces más de oídas que de hecho lo que has narrado. Te lo demostraré en pocas palabras. En primer lugar resumiré ordenadamente cuanto acabas de decir. Te mostraré a continuación los errores que te ha impuesto la ignorancia de nuestras cosas. Finalmente desharé y anularé todos tus argumentos. Así pues, comenzaré por el primer punto de los cuatro a desarrollar.

Describe la manera habitual del Cardenal de hacer callar a los charlatanes

»–Calla –interrumpió bruscamente el Cardenal– pues temo que no has de ser breve, a juzgar por los comienzos. Te dispensaremos del trabajo de responderle ahora. Queda en pie, sin embargo, la obligación de hacerlo en la próxima entrevista que, salvo inconveniente de tu parte o de Rafael querría fuera mañana. Ahora, mi querido Rafael, me gustaría saber de tu boca por qué crees que no se ha de castigar el robo con la pena capital y qué castigo crees más adecuado para la utilidad pública. Pues en ningún momento pienso que tú crees que un delito de esta naturaleza haya que dejarlo sin castigo. Porque si ahora con el miedo a la muerte se sigue robando, ¿qué suplicio ni qué miedo podrá impresionar a los malhechores si saben que les queda a salvo la vida? La mitigación del castigo ¿no les inducirá a ver en ello una invitación al crimen?

36. Uno de los rasgos de los humanistas aparece de forma constante en su rechazo a la escolástica como método y como contenido. Moro no escapa a esta característica. Repetidas veces en Utopía vuelve a la carga contra la escolástica. En Moro además encontramos un método de argumentación distinto. Parte de la observación, la inducción, la litote, la ironía, etcétera.

»–Mi última convicción, Santísimo Padre –le dije yo– es que es totalmente injusto quitar la vida a un hombre por haber robado dinero. Pues creo que la vida de un hombre es superior a todas las riquezas que puede proporcionar la fortuna. Si a esto se me responde que con ese castigo se repara la justicia ultrajada y las leyes conculcadas y no la riqueza, entonces diré que, en tal caso, el supremo derecho es la suprema injusticia. Porque las leyes no han de aceptarse como imperativos manlianos, de forma que a la menor transgresión haya que echar mano de la espada. Ni los principios estoicos hay que tomarlos tan al pie de la letra que todas las culpas queden homologadas, y no haya diferencia entre matar a un hombre o robarle su dinero. Estas dos cosas, hablando con honradez, no tienen ni parecido ni semejanza.

Los decretos de Manlio según Tito Livio

»"Dios prohíbe matar. ¿Y vamos a matar nosotros porque alguien ha robado unas monedas? Y no vale decir que dicho mandamiento del Señor haya que entenderlo en el sentido de que nadie puede matar, mientras no lo establezca la ley humana. Por ese camino no hay obstáculos para permitir el estupro, el adulterio y el perjurio. Dios nos ha negado el derecho de disponer de nuestras vidas y de la vida de nuestros semejantes. ¿Podrían, por tanto, los hombres, de mutuo acuerdo, determinar las condiciones que les otorgaran el derecho a matarse? Esta mutua convención, ¿tendría autoridad para soltar de las obligaciones del precepto divino a esbirros que, sin el ejemplo dado por Dios, ejecutan a los que la sanción humana ha ordenado dar muerte? ¿Es que este precepto de Dios no tendrá valor de Código más que en la medida en que se lo otorgue la justicia humana? Por esta misma razón llegaríamos a la conclusión de que los mandamientos de Dios obligan cuando y como las leyes humanas lo dictaminen.

»"La misma Ley de Moisés, dura y rigurosa como dictada para un pueblo de libertos de dura cerviz, castigaba el robo

con fuertes multas y no con la muerte. Ahora bien, no podemos siquiera imaginar que Dios en su nueva Ley de gracia autoriza, como padre a sus hijos, a ser más libres en el rigor de sus penas. Éstas son las razones que me mueven a rechazar la pena de muerte para los ladrones. Creo, además, que todos ven lo absurdo y lo pernicioso que es para la república castigar con igual pena a un ladrón y a un homicida. Si la pena es igual tanto si roba como si mata, ¿no es lógico pensar que se sienta inclinado a rematar a quien de otra manera se habría contentado con despojar? Caso de que le cojan, el castigo es el mismo, pero tiene a su favor matarlo, su mayor impunidad y la baza de haber suprimido un testigo peligroso. Tenemos así, que, al exagerar el castigo de los ladrones, aumentamos los riesgos de las gentes de bien.

»"La cuestión estriba ahora en saber cuál sería el castigo más conveniente. Y no creo que sea más difícil de encontrar que el haber averiguado que el actual sistema es el peor. ¿Por qué dudar en ensayar, por ejemplo, lo que hacían los romanos, bien duchos por cierto, en esto de gobernar? A los grandes criminales se les condenaba a trabajar, encadenados de por vida, en faenas de minas o de canteras.

»"Con todo, creo que lo más interesante que he visto a este respecto, es lo que pude observar en uno de mis viajes a Persia, entre unas tribus conocidas con el nombre de polileritas[37]. Se trata de un pueblo numeroso y bien gobernado. A excepción de un pequeño tributo anual que pagan al rey de Persia, gozan de plena libertad y se gobiernan por sus propias leyes. Situados entre montañas y lejos del mar, se alimentan de los frutos de la tie-

La república de los polileritas entre los Persas

37. Polileritas *(polys-leros)* = 'Los que dicen sandeces'. Los sabios que divagan sin decir nada. Es otro de los nombres inventados por Moro. Los polileritas forman la primera mini-utopía, ejemplo de lo que será la gran utopía del Libro II.

rra sin apenas salir de ella. Son pocos también los que les visitan. Desde tiempo inmemorial no se les conocen ansias expansionistas y les resulta fácil defender lo que tienen, gracias a sus montes y al tributo que pagan. No hacen el servicio militar. Viven con comodidad, pero sin lujo, preocupados más de la felicidad que de la nobleza o el nombre, pues pasan desapercibidos de todo el mundo, a no ser de sus vecinos más inmediatos.

»"Pues bien, en este país, al convicto de robo se le obliga a devolver lo sustraído a su dueño y no al rey, como suele hacerse en otros lugares. Piensan que sobre lo robado tanto derecho como el rey tiene el mismo ladrón. Si lo robado se ha extraviado, entonces se paga lo correspondiente, con los bienes confiscados que pudiera tener el ladrón. Caso de sobrar algo, se reparte entre su mujer y sus hijos. Él, en cambio, es condenado a trabajos forzados. Si el robo no va acompañado de circunstancias agravantes de crueldad, ni se le encarcela ni se le ponen grilletes. Se le destina en libertad y sin policía a trabajos públicos. A los morosos o recalcitrantes no se les estimula con prisión sino con látigo. Los que trabajan bien no reciben malos tratos. Se les pasa lista todas las noches y se les encierra en celdas donde pasan la noche. Aparte de trabajar todos los días, no tienen ninguna otra penalidad. Su alimentación, en efecto, no es mala. La misma sociedad para la que trabajan se cuida de su sustento, si bien los procedimientos varían de un lugar a otro. En unos lugares, los gastos del sustento se cubren con limosnas de la gente. Parece un recurso precario, pero dada su generosidad, resulta el más ventajoso. En otros lugares se destinan a estos efectos rentas de fondos públicos, o bien impuestos especiales en proporción al número de habitantes.

A tener en cuenta por los que no obramos así

»"Hay también regiones en las que no se les emplea en trabajos públicos. Por ello, cuando alguien necesita un obrero,

lo contrata en la plaza pública. En tal caso, conviene con él el jornal, siempre un poco más bajo al de la mano de obra libre. La ley faculta al dueño castigar con azotes al perezoso.

»"Con esto se logra que no estén nunca sin trabajar, y que todos los días aporten algo al erario público, además de su propio sustento. Todos han de llevar el vestido del mismo color, un color propio de ellos; no se les corta el pelo al rape sino que se les hace un corte especial por encima de las orejas, una de las cuales se les corta ligeramente. Pueden recibir de sus familiares y amigos alimento, bebidas y vestidos del color prescrito. Pero es un delito capital aceptar dinero, tanto para quien lo da como para quien lo recibe. Es, asimismo, peligroso para un hombre libre recibir dinero de un condenado. Y la misma pena está prevista para los esclavos (así llaman a los condenados) que se hacen con armas.

Pero hoy día los servidores de la nobleza aprecian esta costumbre

»"Cada región marca a sus condenados con una señal particular. Hacer desaparecer esta señal es un delito capital. La misma sentencia recae sobre los que han sido vistos fuera de sus confines o se les ha sorprendido hablando con un esclavo de otra región. El intento de fuga es tan delito como la misma fuga. El cómplice de la misma es castigado con la muerte si es esclavo, y pasa a esclavo si es libre. Hay también establecidas recompensas para los delatores: para el libre, dinero; para el esclavo, la libertad, asegurando con ello a ambos el perdón y la seguridad del secreto, a fin de que no resulte más seguro perserverar en una mala intención que arrepentirse de ella.

»"Tales son las leyes y procedimientos que siguen en esta cuestión, como ya dije. Bien se echa de ver la utilidad y el sentido de humanidad que las inspira. Pues la ley se ensaña contra los delitos y respeta a unos hombres que, por fuerza, han de ser honorables, ya que después del delito reparan el mal que hicieron con su buena conducta. No hay miedo de

que vuelvan a sus viejos hábitos, hasta el punto de que los turistas extranjeros al emprender un gran viaje se ponen bajo la dirección de estos «esclavos», como los guías más seguros. Se les cambia cada vez de una región a otra.

»"En efecto ¿qué se puede temer de ellos? Todo les aparta naturalmente de la tentación de robarte: están desarmados, el dinero les delataría; caso de ser descubiertos, serán castigados, no quedándoles esperanza de huir a ninguna parte. ¿Cómo puede ocultarse o engañar un hombre vestido de forma tan singular? Aunque se escapase desnudo, sería delatado por el defecto de la oreja. Queda excluido también el peligro de que puedan conspirar contra el Estado. Pero, para llevarlo a cabo, tendrían que estar de acuerdo con los esclavos de otras regiones. Ahora bien, tal conjura es imposible desde el momento en que no pueden ni reunirse, ni hablar, ni saludarse. ¿Cómo podrían confabularse con otros hombres si para ellos el silencio es un peligro y la delación les acarrea mayores ventajas? Por otra parte, todos abrigan la esperanza de que sometiéndose, aguantando y dejando correr el tiempo, encauzan su futuro hasta el día que puedan alcanzar la libertad. No pasa año, en efecto, sin que uno u otro sean liberados en atención a las pruebas que han dado de sumisión.

»"–¿Por qué –argüí yo entonces–, no establecer en Inglaterra un sistema penal semejante? Tendría resultados muy superiores a los obtenidos por esa famosa justicia, tan cacareada por nuestro jurisconsulto.

»–Semejante sistema penal –contestó él– jamás se podrá implantar en Inglaterra, ya que acarrearía los más graves peligros.

»Dicho esto, movió la cabeza, torció el ceño y se calló. Cuantos le escuchaban, fueron del mismo parecer.

»–No es fácil adivinar –dijo entonces el Cardenal– si el cambio del sistema penal sería ventajoso o no, toda vez que no tenemos la menor experiencia de ello. De todos modos, suponiendo que alguien haya sido condenado a muerte, el

príncipe podría demorar la sentencia, y así poner a prueba este sistema. Con el mismo fin se podría abolir el derecho de asilo. Si una vez experimentado el sistema, se ve que da resultado, no hay inconveniente en regularlo. Si, por el contrario, se ve que no resulta, se vuelve a aplicar la sentencia a los condenados a muerte con anterioridad. Ni es impuesto ni perjudica al Estado, ejecutar a su tiempo lo anteriormente legislado. Por otra parte, no creo que tal medida suponga peligro alguno para el mismo Estado. Yo iría todavía más lejos: ¿por qué no experimentar el sistema con respecto a los vagabundos? Se han dado contra ellos leyes y leyes, y sin embargo, en la realidad estamos peor que nunca.

»Todos a una aplaudieron las ideas expuestas por el Cardenal, siendo así que no habían encontrado más que menosprecio mientras yo las exponía. Alababan sobre todo lo referente a los vagabundos, punto que había añadido él de su cosecha.

»Me pregunto ahora si no sería mejor pasar por alto el resto de la conversación. ¡Tan ridícula fue! No obstante, referiré algo de ella, ya que no fue mala y toca un poco a nuestro propósito.

Diálogo festivo entre un fraile y un bufón

»Estaba allí presente un parásito que se hacía pasar por gracioso y lo hacía tan bien, que en realidad se convertía en un auténtico bufón. Tan insípidas eran las palabras con que se esforzaba para provocar la risa, que uno se reía más de él que de lo que decía. Entre tanta palabrería, aparecían de vez en cuando chispazos de ingenio. Se cumplía en él el conocido refrán:

Tantas flechas le tiró
que a Venus al fin le dio.

»Es, pues, el caso que uno de los convidados dijo que con mis argumentos y exposición había solucionado el problema de los ladrones. Y que el Cardenal, por su parte, había dejado resuelto el de los vagabundos. Sólo quedaba ahora el

ocuparse a fondo y de manera oficial de los *ancianos* y de los *enfermos*, sumidos en la pobreza e incapaces de vivir de su trabajo.

»–Dejadme –decía el bufón–. Yo soluciono eso rápido. Estoy deseando quitar de mi vista esta gente miserable. Me asedian constantemente con su música quejumbrosa. Pero, ¡nunca han logrado arrancarme un solo céntimo! Siempre me pasa lo mismo: o me piden cuando no tengo o no tengo ganas de darles cuando me piden. Por fin han llegado a comprender: para no perder tiempo, al cruzarse conmigo, pasan en silencio, porque saben que les daré menos que si fuera un cura. Así pues, ordeno y mando que:

"Todos estos pordioseros sean distribuidos y repartidos entre los conventos de benedictinos, y que se les haga monjes legos, según dicen ellos. A las mujeres ordeno que se hagan monjas"[38].

Dicho frecuente entre los mendigos

»El Cardenal se sonrió aprobando en broma sus palabras. Los demás se lo tomaron en serio. Lo dicho sobre curas y frailes llevó a bromear sobre el asunto a cierto teólogo y fraile mendicante, hombre habitualmente serio hasta parecer torvo.

»–Ah, pero no os libraréis tan fácilmente de los pobres –dijo–. ¿Qué haréis con nosotros, los frailes mendicantes?

»–Para mí el asunto está solucionado –dijo el parásito–. El Cardenal no se olvidó de vosotros al decretar que fueran encerrados los vagabundos y se les obligara a ejercer un oficio. ¿No sois acaso vosotros los vagabundos por excelencia?

38. Este pasaje quedó eliminado por la censura eclesiástica en algunas ediciones (Lovaina, 1566), sin duda por considerarlo de excesiva virulencia contra el clero. Pero la verdad es que forma parte de uno de los elementos de la distopía. Los frailes, que deberían dar ejemplo de desprendimiento y amor al prójimo, sólo se ocupan de ellos mismos. Sabido es que Moro fustigó también en sus *Epigramas* a clérigos ociosos e ignorantes.

»Los invitados, ante estas palabras, fijaron sus ojos en el Cardenal. Al advertir que no protestaba empezaron a hacer bromas sobre el asunto.

Alusión al dicho horaciano: «rociado de vinagre a la italiana»

»Sólo el fraile, picado, se indignó y exasperó de tal manera que no pudo contener las injurias de sus labios. Llamó a nuestro hombre: intrigante, embustero, calumniador e hijo de perdición. Todo ello salpicado de terribles amenazas tomadas de la Sagrada Escritura. Entonces, nuestro bufón se sintió a sus anchas, comenzando a bufonearse en serio.

»–Calma, hermano, no os enojéis. Está escrito: «Con vuestra paciencia, poseeréis vuestras almas».

»A lo que el fraile replicó con estas mismas palabras:

»–No me enojo, o por lo menos no peco, pues dice el Salmista: "Enojaos y no pequéis".

»El Cardenal reprendió amablemente al fraile, invitándole a reprimir sus sentimientos:

Que respete las buenas formas al hablar

»–No, señor –contestó el fraile–, es el celo el que dicta mis palabras y el que me empuja a hablar. Es el mismo celo que movía a los santos. Por eso está escrito: "Me devora el celo de tu casa". Y en vuestras iglesias se canta:

"Los que se burlaban del gran Eliseo
cuando subía a la casa de Dios
sintieron la cólera del calvo."

Se pone al descubierto la ignorancia del fraile. Cree que «Celus» es neutro como «scelus»

»Y ojalá que lo sienta también ese embustero, y embaucador bufón.

»–No dudo –dijo el Cardenal– de que al hablar así obréis con buena intención. Pero me parece que obraríais más sabiamente, si no más santamente, evitando contender con un necio en una querella tan ridícula.

»–No señor, de ninguna manera obraría más cuerdamente. Pues el mismo Salomón, sabio como ninguno, dice: "Res-

ponde al insensato de acuerdo con su necedad", que es precisamente lo que intento yo hacer. Le estoy demostrando además en qué abismo sin fondo va a ir a parar si no frena su lengua. Los que se mofaban de Eliseo eran muchos, y todos fueron castigados por haberse burlado de un solo hombre calvo. ¿Cómo no sentirá la cólera este hombre que pone en ridículo a tantos frailes entre los cuales se encuentran tantos calvos? Aparte de que tenemos una bula papal que excomulga a todos los que se rían de nosotros.

»Viendo que las cosas no tenían viso de terminar, el Cardenal hizo una señal de cabeza al parásito para que se retirara y con tacto cambió de conversación. Después se levantó de la mesa, nos despidió y se aprestó a recibir en audiencia a las visitas solicitadas.

–Mi querido Moro –me dijo Rafael– ya sabrás perdonarme esta disertación tan larga con que te he abrumado. Me avergonzaría de ello de no haberlo solicitado tú con tanta insistencia. Me parecía, además, que estabas tan interesado como si no quisieras perder ripio de la conversación. Cierto que habría podido ser un poco más breve, pero quise alargarme para que vieras que los mismos que despreciaban lo que yo iba exponiendo, no tardaron en aplaudirlo cuando el Cardenal no me desaprobó. Su adulación llegó hasta tal extremo que llegaron a celebrar las genialidades del parásito, y a tomarlas casi en serio, porque su señor no las rechazaba, por pura delicadeza.

»¿Puedes imaginarte ahora el caso que de mí y de mis consejos harían estos cortesanos?

–Mucho me ha complacido, Rafael amigo –le dije yo– lo que con elegancia y profundidad me has contado. Me parecía estar de nuevo en mi patria y revivir los tiempos de mi infancia, cuando hablabas del Cardenal en cuya corte me eduqué de niño. El calor con que has evocado su figura hace que te profese una mayor estima de la que ya antes te profesaba y era mucha. Con todo, no cambio de opinión en el asunto

base: pienso que, si de verdad te decides a superar el horror que te causan las cortes reales, tus consejos serían de gran utilidad para el pueblo. Nada cuadra mejor con tu bondad y recto sentir. Tu buen amigo Platón decía que los reinos serían felices si los reyes filosofaran y los filósofos reinaran. Pero, ¿no se alejará de nosotros esa dicha si los filósofos ni se dignan siquiera asistir a los reyes con sus consejos?[39].

–No son tan disciplentes –replicó él– y, sin duda, lo harían de buena gana. Ahí están multitud de libros escritos por ellos sobre estos temas. Pero sucede que no siempre los jefes de Estado estan dispuestos a escucharlos. El mismo Platón se daba cuenta de que los jefes de Estado, equivocados desde niños con ideas perversas y viciadas, necesitaban ejercitar la filosofía para aprobar los consejos que les dieran los filósofos. Así lo pudo comprobar él mismo con Dionisio de Siracusa. ¿No crees que si yo propusiera a cualquier jefe de Estado unas medidas sanas y tratara de desterrar las costumbres que originan tantos males, me tomarían por loco o me despedirían?

Veladamente, exhorta a los franceses a que no tomen Italia

»¡Ea!, imagínate que soy ministro del rey de Francia y que tomo parte de su consejo. En el mayor secreto y bajo la presidencia del rey, rodeado de las personas más conspicuas del reino, se están tratando asuntos de la mayor gravedad: Modo y forma de conservar Milán; oposición a la pérdida de la revoltosa Nápoles. Destrucción de los venecianos, ocupación de toda Italia y, se-

39. ¿Puede hacer algo el filósofo en los consejos reales? La respuesta no puede ser más clara: nada. Ni reyes ni consejeros aceptarían el juicio de un filósofo. La conclusión es una ruptura con este sistema distópico que hace imposible la reforma social. Ni los reyes, ni los nobles ni el clero la quieren ni la permitirían. Sólo es posible la revolución tal cual aparece en el modelo de Utopía.

Se sigue, por tanto, una condena de la política expansionista de los reyes mediante la guerra.

guidamente, de Flandes, Brabante, toda Borgoña y muchos otros estados, cuyo territorio hace mucho tiempo que su ambición tiene pensado invadir[40].

»Unos aconsejan que se pacte con los venecianos, pacto que, por otra parte, no se respetará más allá de lo que consientan los intereses reales. Se les pondrá también al corriente de las decisiones tomadas. ¿Por qué, incluso, no entregarles parte del botín, siempre, claro está, que se pueda volver a coger una vez realizado el proyecto? Hay quien se inclina por reclutar alemanes; otros prefieren ablandar con dinero a los suizos. Y hasta alguien sugiere que se ha de aplacar a la divinidad revestida de la majestad imperial, haciéndole una ofrenda de oro en forma de sacrificio. Se habla de llegar a un acuerdo con el rey de Aragón, proponiéndole en pago el Reino de Navarra, que no es suyo. Al rey de Castilla se le podría ganar con la esperanza de algún enlace matrimonial. En cuanto a sus cortesanos habría que sobornarlos a fuerza de dinero.

Los mercenarios suizos

»El punto más delicado es el de las relaciones con Inglaterra. Habrá que hacer un pacto de paz.

»Y habrá que asegurar con lazos fuertes una amistad siempre débil. Se les llamará amigos y se les tendrá por enemigos. Será bueno tener a los escoceses como fuerza de choque y lanzarlos contra los ingleses al menor movimiento de éstos. Habrá que halagar también a algún noble desterrado que se crea con derecho al trono de Inglaterra. Pero esto se habrá de hacer ocultamente, pues la diplomacia prohíbe estos juegos. De este modo se tiene siempre en jaque al príncipe del que se recela.

40. La política expansionista de los reyes de la Europa de principios de siglo XVI constituye un escándalo para Moro. Le sirve como punto de partida para construir en el Libro II *(Utopía*, págs. 131-132) su teoría sobre la guerra y el colonialismo, por otra parte tan criticada.

»¿Imagináis lo que pasaría si, en medio de esta asamblea real en que se ventilan tan graves intereses, y en presencia de políticos que se inclinan hacia soluciones de guerra, se levanta un hombrecillo como yo? ¿Cómo reaccionarían si les digo: hay que plegar velas; dejemos en paz a Italia y quedémonos en Francia? El reino de Francia es ya tan grande que mal puede ser administrado por una sola persona. Déjese, pues, el rey de pensar en aumentarlo.

»Suponed que a continuación les propongo el ejemplo y las leyes de los acorianos, pueblo que vive al sudeste de la isla de Utopía [41]. En tiempos pasados, hicieron la guerra porque su rey pretendía la sucesión de un reino vecino, en virtud de un viejo parentesco. Una vez conquistado, vieron que conservarlo les era tan costoso o más que haberlo conquistado. A cada paso surgían rebeliones, unas veces de los sometidos y otras de los vecinos que los invadían. No había manera de licenciar las tropas, pues siempre había que estar o a la defensiva o al ataque. Los saqueos eran constantes, llevándose fuera los capitales. Mantenían las glorias ajenas a costa de su propia sangre. Como lógica consecuencia, la paz era siempre precaria, ya que la guerra había corrompido las costumbres, fomentando el vicio del robo, incrementado la práctica del asesinato y disminuido el respeto a la ley. Y todo porque el rey, ocupado ahora en gobernar a dos pueblos, no se podía entregar por entero a ninguno de ellos. Viendo al fin que tal estado de cosas no tenía solución, se decidieron a hablar al rey, con todo respeto, no sin antes haberlo deliberado en consejo. Podía quedarse con el reino que más le ape-

Ejemplo a imitar

41. Como ejemplo y modelo a seguir por los reyes propone una segunda mini-utopía: la de los *acorianos*. Es otro de los nombres del léxico moreano tomado del griego. Significa 'los sin territorio', 'sin patria' *(a-joros)*. En ellos se destaca frente a la rapacidad de los reyes de Europa la falta de ansia anexionista.

teciese, le dijeron. Pero no era justo gobernar a medias los dos reinos, ya que a nadie le gusta compartir con otro ni siquiera los servicios de un mulero. Así convencieron al buen rey a quedarse con el reino primitivo. El nuevo pasó a un amigo suyo, quien poco después fue expulsado.

»Sigamos. Piensa, por último, que trato de demostrarles que todos los preparativos de guerra en que tantas naciones se empeñan, no hacen sino esquilmar a los pueblos, y agotan sus recursos para después de algún efímero triunfo, terminar en total fracaso. Que lo prudente es conservar el reino de los mayores, enriquecerlo lo más posible y hacerlo más y más próspero. Que ame a su pueblo y que éste le quiera, que conviva con las gentes en paz, gobernándolas con dulzura. Que lo justo es desinteresarse de los otros reinos. Que lo que le cayó en suerte le basta y le sobra para un buen gobierno.

»Vuelvo a preguntarte ¿con qué oídos, mi querido Moro, acogerían mi parlamento?

–Con oídos muy favorables, seguramente –respondí yo.

–Pero esto no es todo –me contestó él–. Supongamos que los consejeros discuten y arbitran los medios de enriquecer el tesoro. Si hay que hacer algún pago, uno le aconseja que aumente el valor de la moneda. Por el contrario, si hay que cobrar, su consejo es que la rebaje. De esta manera con poco se cubre mucho y se recibe mucho a cargo de poco. Una guerra simulada –le aconseja otro– es motivo sobrado, para recaudar dinero. Conseguido éste y, en el momento considerado más oportuno, se firma una paz honrosa, celebrando la hazaña con ceremonias religiosas que lleven al ánimo del pueblo que el rey odia la sangre derramada y que está inclinado a la clemencia.

»Mientras tanto, otro le recuerda ciertas leyes antiguas y normas en desuso, roídas por la polilla. Ya nadie se acuerda de ellas, y, por tanto, todos las quebrantan. ¿Puede haber ingreso más saneado para el Estado, ni razón más honorable? Bajo la máscara de justicia, y en su nombre, exíjanse las multas co-

rrespondientes. Hay todavía otro que sugiere la prohibición, bajo pena de graves multas, de una serie de actividades, sobre todo aquellas que perjudican al pueblo. Para autorizarlas exíjase una gruesa cantidad a los interesados en ejercerlas. De esta manera se obtienen beneficios por partida doble: el pueblo queda convencido de la buena voluntad del príncipe, y los interesados que pagaron primero las multas, pagarán después por la compra de las licencias. Y éstas serán tanto más caras cuanto mejor sea el príncipe que así las restringe. Pues está claro que no autoriza nada contra el bienestar del pueblo, si no es a costa de una fuerte suma de impuestos.

»Otro, finalmente, recomienda al rey el tener de su parte a los jueces, con el fin de que en todas las causas dicten a su favor. A tal efecto, habrá que traerlos a palacio, e invitarlos a que discutan ante el propio rey sus problemas. Por mala que sea una causa real siempre habrá alguien dispuesto a defenderla. El gusto de llevar la contraria, el afán de novedad o el deseo de ser grato al rey, hará que siempre se encuentre alguna grieta por donde intentar una defensa. El resultado es que lo que estaba clarísimo en el principio queda embrollado en las discusiones contradictorias de los sesudos varones. La verdad queda en entredicho, dando al rey la oportunidad para interpretar el derecho a su favor. Por supuesto, que el miedo o la vergüenza harán doblegarse a los jueces, lo que permitirá obtener fácilmente en el tribunal una sentencia favorable al rey. Nunca han de faltar razones a los jueces para dictar sentencia a favor del rey: les basta, en efecto, invocar la equidad, o la letra de la ley, o el sentido derivado de un texto oscuro. O también, eso que los jueces escrupulosos valoran más que todas las leyes, a saber, la indiscutible prerrogativa real.

»Mientras, todos están de acuerdo y comulgan con la sentencia aquella de Craso:

Un dicho del rico Craso

"No hay bastante dinero para pagar a un rey, que ha de mantener a un ejército."

"Por más que se lo proponga, un rey nunca obra injustamente."

»Todo le pertenece, incluso las personas. Cada uno tiene lo que la liberalidad del rey no le ha confiscado. Importa, pues, al rey, ya que en ello estriba su seguridad, que el pueblo posea lo menos posible, a fin de que no se engría con sus bienes y libertad. Pues tanto la riqueza como la libertad hacen aguantar con menos paciencia las leyes duras e injustas. Por el contrario, la indigencia y la miseria embotan los ánimos y quitan a los oprimidos el talante de la libertad.

–¿No tendría yo –le dije– que oponerme a estos razonamientos y decir al rey que tales consejos son injustos y perjudiciales? ¿Su honor y su seguridad no residen más en el bienestar del pueblo que en el suyo? Pues es evidente que los reyes son elegidos para provecho del pueblo y no del propio rey. Su denuedo e inteligencia han de poner el bienestar del pueblo al abrigo de toda injusticia. Incumbencia es del rey procurar el bien del pueblo por encima del suyo. Como el verdadero pastor que busca apacentar sus ovejas y no su comodidad. La experiencia ha demostrado claramente lo equivocado de quienes piensan que la pobreza del pueblo es la salvaguardia de la paz. ¿Dónde encontrar más riñas que en la casa de los mendigos? ¿Quién desea más vivamente la revolución? ¿No es acaso aquel que vive en situación miserable? ¿Quién más audaz a echar por tierra el actual estado de cosas que aquel que tiene la esperanza de ganar algo, porque ya no tiene nada que perder?

»Por eso, si un rey se sabe acreedor al desprecio y el odio de los suyos, y no puede dominarlos sino por multas, confiscaciones o vejaciones, sometiéndolos a perpetua pobreza, más le valdría renunciar a su reino que conservarlo con esos procedimientos. Aunque haya mantenido el trono, ha perdido su dignidad. La dignidad de un rey se ejerce no sobre pordioseros sino sobre súbditos ricos y felices. Así lo creía también aquel hombre recto y superior, llamado Fa-

bricio, que decía: "Prefiero gobernar a ricos, que serlo yo mismo".

»En efecto, vivir uno entre placeres y comodidades, mientras los demás sufren y se lamentan a su alrededor no es ser gerente de un reino, sino guardián de una cárcel. ¿No será siempre inepto un médico que no sabe curar una enfermedad sino a costa de otra? Lo mismo se ha de pensar de un rey que no sabe gobernar a sus súbditos sino privándolos de su libertad. Reconozcamos que un hombre así no vale para gobernar a gente libre. ¿No tendrá que hacer primero corregir su soberbia y su ignorancia? Con esos defectos no hace sino granjearse el odio y el desprecio del pueblo. Viva honestamente de lo suyo, equilibre sus gastos y sus entradas: así podrá corregir cualquier desorden. Corte de raíz los males, mejor que dejarlos crecer para después castigarlos. Que no restablezca las leyes en desuso ahogadas por la costumbre, sobre todo las que abandonadas desde hace mucho tiempo, nunca fueron echadas en falta. Y nunca, por este tipo de faltas, pida nada que un juez justo no pediría de un particular por considerarlo cosa vil e injusta.

Ley admirable de los macarianos

»¿Qué sucedería en este momento –dije yo– si les propusiera como ejemplo la ley de los macarianos[42], un pueblo vecino a la isla de Utopía? Su rey, el día que sube al trono, se obliga a un juramento, al tiempo que ofrece grandes sacrificios, a no acumular nunca en su tesoro más de mil libras en oro o su equivalente en plata. Se dice que esta ley fue promulgada por uno de sus mejores reyes. Juzgaba más importante la felicidad del reino que sus riquezas,

42. *Macarianos:* 'los felices' (del griego *macar:* 'dichoso'). Nuevo modelo de utopía parcial basada en la no acumulación de la riqueza. Las tres utopías parciales o mini-utopías del Libro II. A través de ellas aparece el pensamiento moreano sobre la inutilidad y la perversidad de la guerra.

pues suponía que su acumulación redundaría en perjuicio del pueblo. En efecto, este capital le parecía suficiente. Permitía al rey luchar contra los rebeldes del interior, y proporcionaba al reino los medios para repeler las incursiones de los enemigos de fuera. En todo caso, no debía ser de tal cuantía que incitase a la codicia de apoderarse de él. Ésta fue una razón poderosísima para dictar semejante ley.

»Una segunda razón fue la necesidad de mantener en circulación la cantidad de dinero indispensable para las transacciones ordinarias de los ciudadanos. Ante la obligación de dar salida a cuanto sobrepasara el límite fijado, el legislador estimó que el soberano no correría el peligro de violar la ley. Un rey así tendría que ser querido por los buenos y odiado por los malos.

Proverbio

–¿No te parece que si yo expusiera éstas o parecidas razones a hombres inclinados a pensar lo contrario, sería como hablar a sordos?

–A sordísimos, sin duda –repuse yo–. Pero esto no me extraña. Pues si os digo lo que pienso, me parece perfectamente inútil largar tales consejos, cuando se está plenamente convencido de que serán rechazados tanto en su fondo como en su forma. ¿De qué puede servir o cómo puede influir un lenguaje tan diferente en el ánimo de quienes están dominados y poseídos por tales prejuicios? Entre amigos y en charlas familiares no deja de tener su encanto esta filosofía escolástica. Pero no es lo mismo en los consejos reales donde se tratan los grandes asuntos con una gran autoridad.

Filosofía escolástica

–Es precisamente lo que os estaba diciendo –contestó Rafael–: a las cortes de los reyes no tiene acceso la filosofía.

–Cierto –dije yo– si con ello te refieres a esa filosofía escolástica para la que cualquier solución es buena y aplicable a cualquier situación. Pero hay otra filosofía que sabe el terreno que pisa, es más fiable, y desempeña el papel que le

corresponde según una línea que se ha trazado. Ésta es la filosofía de que te has de servir. Si representas, por ejemplo, una comedia de Plauto en que los esclavos intercambian comicidad, es evidente que no has de aparecer en el escenario en ademán de filósofo, recitando el pasaje de *La Octavia* en que Séneca discute con Nerón. ¿No sería preferible en tal caso, representar un papel mudo antes que caer en el ridículo de una tragicomedia, recitando textos fuera de lugar? Destruyes y ridiculizas toda la representación si mezclas textos tan diferentes, aunque los añadidos por tu cuenta sean mejores. Cualquiera que sea tu papel desempéñalo lo mejor que puedas; y no eches a perder el espectáculo, con el pretexto de que se te ha ocurrido algo más ingenioso.

Comparación admirable

El personaje mudo

»Esto mismo ocurre en los asuntos del Estado y en las deliberaciones de los príncipes. Si no es posible erradicar de inmediato los principios erróneos, ni abolir las costumbres inmorales, no por ello se ha de abandonar la causa pública. Como tampoco se puede abandonar la nave en medio de la tempestad porque no se pueden dominar los vientos. No quieras imponer ideas peregrinas o desconcertantes a espíritus convencidos de ideas totalmente diferentes. No las admitirían. Te has de insinuar de forma indirecta. Y te has de ingeniar por presentarlo con tal tino que, si no puedes conseguir todo el bien, resulte el menor mal posible. Para que todo saliera bien, deberían ser buenos todos, cosa que no espero ver hasta dentro de muchos años.

–¿Sabéis lo que me sucedería de obrar así? –replicó Rafael–. Pues queriendo curar la locura de los demás me volvería tan loco como ellos. Tendría que repetirles, si he de decir la verdad, las mismas palabras que acabo de pronunciar. No sé si el mentir será propio de algún filósofo. Yo, en todo caso, no acostumbro. Concedo que mis palabras les puedan parecer desagradables y molestas. Lo que no concibo es que, por

lo mismo, les puedan parecer ridículas e insolentes. Si les contase lo que Platón describe en su *República*, y las cosas que los utopianos hacen de su isla, les podrían parecer mejores, y ciertamente lo son, si bien extrañas. En efecto, en ambos casos, todas las cosas son comunes, mientras que aquí rige la propiedad privada.

Las instituciones de los utopianos

»Es claro, pues, que mi exposición no puede ser grata a quienes en su corazón han resuelto seguir otro camino. Les obligaría a volverse atrás. Pero ¿hay algo en ella que no pueda decirse en cualquier lugar o que sea inconveniente? Si hay que silenciar como nefastas las cosas que las corrompidas costumbres de los hombres tornan insólitas o absurdas, entonces, muchas cosas tenemos que silenciar los cristianos. Casi todo lo que Cristo nos enseñó y que, sin embargo, nos prohibió silenciar. Antes bien, nos mandó predicar en los tejados lo que se nos había dicho al oído. La mayor parte de su doctrina está más lejos de las costumbres de los cortesanos que lo pudiera estar mi discurso. Verdad es que muchos predicadores, como gente avispada que son, parecen haber seguido tu consejo. Al ver que la ley de Cristo encajaba mal en la vida de los hombres, han preferido adaptar el evangelio a la vida, moldeándolo como si fuera de plomo. ¿Y qué han logrado con tan peregrino proceder? Nada, si no es poder ser peores con mayor impunidad.

»¿Comprendes ahora el fracaso de mi actuación en el consejo de los reyes? Opinar en contra del sentir de los demás sería como no hablar. Y repetir lo mismo, sería hacerme cómplice de su locura, según la expresión del Mición de Terencio. No sé, por otra parte, a dónde conduce esa «vía indirecta» de que hablas. Es decir, si las cosas no pueden tornarse totalmente buenas, habrá que trabajar cuanto se pueda para que sean lo menos malas posible. En los consejos reales no vale ir con sutilezas ni distinciones. Hay que aprobar abiertamente las peores decisiones y firmar los decretos más

arbitrarios. Sería visto como traidor y hasta como espía quien consultado sobre proposiciones injustas se expresara con tibieza.

»No hay, pues, modo de ser útil para unos hombres así. Antes corromperían al mejor plantado que dejarse corregir ellos mismos. Su solo trato deprava. El más limpio y honesto terminaría como encubridor de la maldad y estupidez ajenas. Por todo ello, sospecho que es imposible lograr bien alguno, por esa «vía indirecta» que estás insinuando.

»Ya Platón explica con una bella comparación los motivos que alejan a los sabios de los asuntos públicos. Suponed que están viendo cómo la gente pasea por calles y plazas bajo una lluvia incesante. Por más que gritan no logran convencerles de que se metan en sus casas y se aparten del agua. Salir ellos mismos a la calle no conseguiría nada, sino mojarse ellos también. ¿Qué hacer entonces? En vista de que no van a poner remedio a la necedad de los otros, optan por quedarse a cubierto, defendiendo al menos su seguridad.

»De todos modos, mi querido Moro, voy a decirte lo que siento. Creo que donde hay propiedad privada y donde todo se mide por el dinero, difícilmente se logrará que la cosa pública se administre con justicia y se viva con prosperidad. A no ser que pienses que se administra justicia permitiendo que las mejores prebendas vayan a manos de los peores, o que juzgues como signo de prosperidad de un Estado el que unos cuantos acaparen casi todos los bienes y disfruten a placer de ellos, mientras los otros se mueren de miseria.

»Por eso, no puedo menos de acordarme de las muy prudentes y sabias instituciones de los utopianos. Es un país que se rige con muy pocas leyes, pero tan eficaces, que aunque se premia la virtud, sin embargo, a nadie le falta nada. Toda la riqueza está repartida entre todos. Por el contrario, en nuestro país y en otros muchos, constantemente se promulgan multitud de leyes. Ninguna es eficaz, sin embargo. Aquí cada uno llama patrimonio suyo personal a cuanto ha adquirido.

Las mil leyes que cada día se dictan entre nosotros no son suficientes para poder adquirir algo, para conservarlo o para saber lo que es de uno o de otro. ¿Qué otra cosa significan los pleitos sin fin que están surgiendo siempre y no acaban nunca?

»Cuando considero en mi interior todo esto, más doy la razón a Platón. Y menos me extraña que no quisiera legislar a aquellas ciudades que previamente no querían poner en común todos sus bienes. Hombre de rara inteligencia, pronto llegó a la conclusión de que no había sino un camino para salvar la república: *la aplicación del pricipio de la igualdad de bienes.* Ahora bien, la igualdad es imposible, a mi juicio, mientras en un Estado siga en vigor la propiedad privada. En efecto, mientras se pueda con ciertos papeles asegurar la propiedad de cuanto uno quiera, de nada servirá la abundancia de bienes. Vendrán a caer en manos de unos pocos, dejando a los demás en la miseria. Y sucede que estos últimos son merecedores de mejor suerte que los primeros. Pues éstos son rapaces, malvados, inútiles; aquéllos, en cambio, son gente honesta y sencilla, que contribuye más al bien público que a su interés personal.

»Por todo ello, *he llegado a la conclusión de que si no se suprime la propiedad privada, es casi imposible arbitrar un método de justicia distributiva, ni administrar acertadamente las cosas humanas. Mientras aquélla subsista, continuará pesando sobre las espaldas de la mayor y mejor parte de la humanidad el angustioso e inevitable azote de la pobreza y de la miseria*[43]. Sé que hay remedios que podrían aliviar este mal, pero nunca curarlo. Puede decretarse, por ejemplo, que nadie pueda poseer más de una extensión fija de tierras. Que asimismo se prescriba una cantidad fija de dinero por ciudadano. Que la legislación vele para que el rey no sea excesiva-

43. El subrayado es, naturalmente, nuestro.

mente poderoso, ni el pueblo demasiado insolente. Que se castigue la ambición y la intriga, que se vendan las magistraturas, que se suprima el lujo y la representación en los altos cargos. Con ello se evita el que se tenga que acudir a robos y a malas artes para poder mantener el rango. Y se evita también el tener que dar dichos cargos a los ricos, que habría que dar más bien a hombres competentes.

»Con leyes como éstas los males presentes podrían aliviarse y atenuarse. Pero no hay esperanza alguna de que se vayan a curar, ni que las cosas vuelvan a la normalidad mientras los bienes sigan siendo de propiedad privada. Es el caso de los cuerpos débiles y enfermos que se van sosteniendo a base de medicinas. Al intentar curar una herida se pone más al vivo otra. Porque, no le demos vueltas, lo que a uno cura a otro mata. No se puede dar nada a nadie sin quitárselo a los demás.

–Estoy lejos de compartir vuestras convicciones –le dije yo a Rafael–. Jamás conocerán los hombres el bienestar bajo un régimen de comunidad de bienes. ¿Por qué medios se podrá conseguir la prosperidad común si todos se niegan a trabajar? Nadie tendrá un estímulo personal, y la confianza en que todos trabajan le hará perezoso. Por otra parte, si la miseria subleva los espíritus y ya no es posible adquirir nada como propio, ¿no caerá la sociedad de modo fatal y constante en la rebelión y la venganza? Si, además, desaparece la autoridad de los jueces y el temor saludable que inspiran, ¿qué papel pueden tener en la sociedad hombres para quienes no existiría ninguna diferencia social? Es algo que ni siquiera me atrevo a imaginar.

–No me extraña que pienses así –replicó Rafael–. No puedes hacerte idea de lo que se trata, o la tienes equivocada. Si hubieras estado en Utopía, como yo he estado; si hubieses observado en persona las costumbres y las instituciones de los utopianos, entonces, no tendrías dificultad en confesar que en ninguna parte has conocido república mejor organizada. Yo estuve allí durante cinco años, y, hubiera estado

muchos más, de no haberme tenido que venir para revelar ese Nuevo Mundo.

En este momento interrumpió Pedro Gilles a Rafael para decirle:

–¿Es que vas a convencerme de que en ese nuevo mundo hay un pueblo mejor gobernado que el nuestro? En este que conocemos, hay ingenios no menos aventajados, y estados con más antigüedad que esos de que hablas. Una larga experiencia ha proporcionado a nuestra sociedad una serie de inventos que hacen la vida agradable. Sin hacer mención de aquellos con que el azar nos ha favorecido, y que ningún espíritu cultivado hubiera podido imaginar.

–En cuanto a antigüedad –respondió Rafael– sólo podrás juzgar sensatamente después de haber leído las historias de aquellos reinos. De darles crédito, tendríamos que reconocer que hubo allí grandes ciudades, aun antes de que hubiera hombres entre nosotros. Por lo demás, los adelantos debidos al esfuerzo o a la casualidad, lo mismo se pueden producir aquí que allí. Mi opinión es que les aventajamos con inteligencia, si bien, pienso que en cuanto a rendimiento y trabajo, quedamos muy por debajo de ellos. Antes de que yo llegase allí poco o nada conocían de nuestro mundo. Según sus anales, los ultra equinoccionales, que es como nos llaman, llegaron hasta ellos hace unos mil doscientos años. Las olas lanzaron hasta las costas de Utopía, donde naufragó, una nave con unos cuantos romanos y egipcios que ya nunca pudieron salir de allí. Ni que decir tiene que los utopianos sacaron provecho de esta circunstancia. De los náufragos aprendieron todo lo que éstos sabían sobre las ciencias y las artes aplicadas en el Imperio romano. O fueron ellos mismos los que las descubrieron a base de las orientaciones recibidas. Grandes fueron, ciertamente, las ventajas que de este hecho fortuito y único sacaron los utopianos. Es también posible que en tiempos pasados algunos de ellos hayan llegado también aquí. Si fue así, ha sido olvidado. Como se olvidará, sin

duda, esto que estoy contando: que yo estuve un tiempo en aquellas tierras.

»Pero ellos, los utopianos, supieron aprovechar este primer encuentro asimilando cuanto nosotros habíamos descubierto, para hacer la existencia más grata. Mucho me temo que pasen largos años sin que nosotros nos decidamos a adoptar lo que ya tienen institucionalizado mejor que nosotros. Creo que ésta es la razón fundamental por la que, teniendo nosotros más inteligencia, están ellos mejor organizados que nosotros y su vida sea más feliz.

–¿Por qué, entonces –dije yo a Rafael– no nos describes esa isla maravillosa? Por favor, descríbenos, no brevemente, sino con todo detenimiento cuanto sabes sobre los campos, los ríos, las ciudades, los hombres, las costumbres, las leyes. En fin, todo cuanto creas que es interesante, en la seguridad de que lo es todo aquello que desconocemos.

–Nada me será tan grato –respondió Rafael– tanto más que todos esos detalles están frescos en mi memoria. Pero todo ello requiere sosiego y tiempo.

–En ese caso –le dije yo– vayamos primero a comer. Y luego nos tomaremos todo el tiempo necesario.

–Sea –respondió.

Entramos en la casa para comer. Después de la comida, volvimos al mismo sitio y nos sentamos en el mismo banco. Rogué encarecidamente a los criados que nadie nos molestase, y entonces, Pedro Gilles y yo a una, pedimos a Rafael que cumpliera lo que había prometido.

Él, al ver nuestra atención y nuestro vivo deseo de escucharle, se detuvo un momento en silencio y comenzó su relato del siguiente modo: [44]

44. El Libro II no es un diálogo sino un discurso o exposición de Rafael Hitlodeo sobre la isla de Utopía. Hoy lo calificaríamos de informe, dossier, reportaje o película sobre la nueva república. Moro desaparece –los demás personajes también– para dejar la palabra al mismo testigo de los hechos. Aparecerá al final para corroborar la tesis básica de Utopía.

SERMONIS QVEM

RAPHAËL HYTHLODAEVS DE OPTIMO REIP. STATV HABVIT, LIBER SECVNDVS, PER THOMAM MORVM CIVEM ET VICECOMITEM LONDINENSEM.

*

Sit & forma Vtopiæ nouæ insulæ.

TOPIENSIVN INSVLA in media sui parte (nam haec latissima est) millia passuũ ducẽta porrigitur, magnũq; per insulæ spacium nõ multo angustior, fines uersus paulatim utrinq; tenuatur. hi uelut circumducti circino quingentorum ambitu millium, insulam totam in lunæ speciem renascentis effigiant. Cuius cornua fretum interfluens, millibus passuum plus minus undecim dirimit, ac per ingens inane diffusum, circumiectu undiq; terræ prohibitis uentis, uasti in morem lacus stagnans magis quàm sæuiens, omnẽ propè eius terræ aluũ pro portu facit. magnoq; hominum usu naues quaquà uersus transmittit. sauces hinc uadis, inde saxis formidolosæ. In medio fermè interstitio

Libro segundo

Presentación de Rafael Hitlodeo de la mejor forma de comunidad política, por Tomás Moro, ciudadano y sheriff de Londres

Situación y forma de la nueva isla de Utopía

La isla de los utopianos[45] tiene en su parte central, que es la más ancha, una extensión de doscientas millas[46]. Esta anchura se mantiene casi a lo largo de toda ella, y se va estrechando poco a poco hacia sus extremos. Éstos se cierran formando un arco de quinientas millas, dando a toda la isla el aspecto de luna creciente. El mar se adentra por entre los cuernos de ésta, separados por unas once millas, hasta formar una inmensa bahía, rodeada por todas partes de colinas que le ponen al resguardo de los vientos. Diríase un inmenso y tranquilo lago, nunca alterado por la

45. Siguiendo las mejores traducciones hemos traducido siempre «utopianos» para referirnos a los habitantes e instituciones de Utopía. Raras veces «utopienses». Nunca «utópicos», como hacen la mayoría de las traducciones españolas.

Sabido es que Moro emplea siempre la palabra latina «utopienses» para referirse a los de la isla. Tres veces «utopiani». Nunca el adjetivo «utópico», referido hoy solamente a pensadores, ideas, etc.

46. La milla romana venía a tener unos 1.481 metros. Las doscientas millas de Utopía corresponderían a la anchura de Inglaterra, modelo que Moro podría tener delante para presentar a Utopía.

tempestad. Casi todo su litoral es como un solo y ancho puerto accesible a los navíos en todas las direcciones.

Lugar dotado de defensas naturales y defendido por una sola guarnición

La entrada a la bahía es peligrosa, tanto por los bajíos como por los arrecifes. Una gran roca emerge en el centro de la bocana, que por su visibilidad no la hace peligrosa. Sobre ella se levanta una fortaleza defendida por una guarnición. Los otros arrecifes son peligrosos, pues se ocultan bajo las aguas. Sólo los utopianos conocen los pasos navegables. Por eso ningún extranjero se atreve a entrar en la ensenada sin un práctico utopiano. Para los mismos habitantes de la isla, la entrada sería peligrosa, si su entrada no fuera dirigida desde la costa con señales. El simple desplazamiento de estas señales bastaría para echar a pique una flota enemiga, por numerosa que fuera.

Una estratagema: el desplazamiento de las señales

Tampoco son raros los puertos en la costa exterior de la isla. Pero, cualquier desembarco está tan impedido por defensas tanto naturales como artificiales, que un puñado de combatientes podría rechazar fácilmente a un numeroso ejército.

La isla se llama Utopía, por el nombre de su jefe Utopo

Se dice, y así lo demuestra la configuración del terreno, que en otro tiempo aquella tierra no estaba completamente rodeada por el mar. Fue Utopo[47] quien se apoderó de la isla y le dio su nombre, pues anteriormente se llamaba Abraxa[48]. Llevó a este pueblo tan inculto y sal-

47. Aquí, como en todos los pueblos antiguos, encontramos un héroe creado por la mitología. *Utopus = Utopo* es un héroe que no se encuentra en ninguna parte. Surge de Utopía, lugar en ningún sitio. No se canse el lector con posibles localizaciones; Moro no las permite, ni el texto tampoco.

48. *Abraxa.* Lugar cabalístico al que Erasmo invita a ir a los que no quieran vivir con los locos *(Elogio de la locura, L. IV).* A este mismo lu-

vaje a ese grado de civilización y cultura que le pone por encima de casi todos los demás pueblos. Conseguida la victoria, hizo cortar un istmo de quince millas que unía la isla al continente. Con ello logró que el mar rodease totalmente la tierra.

Esta tarea fue más difícil que cortar el istmo

Para la realización de esta obra gigantesca no sólo echó mano de los habitantes de la isla –se lo hubieran tomado como una humillación– sino de todos sus soldados. La tarea, compartida entre tantos brazos, fue rematada con inusitada celeridad. Tanta que los pueblos vecinos –que en principio se habían reído de la vanidad del empeño– quedaron admirados y aterrorizados por el éxito.

Se soporta fácilmente la suerte común a todos

Las ciudades de Utopía

La isla cuenta con cincuenta y cuatro grandes y magníficas ciudades. Todas ellas tienen la misma lengua, idénticas costumbres, instituciones y leyes. Todas están construidas sobre un mismo plano, y todas tienen un mismo aspecto, salvo las particularidades del terreno. La distancia que separa a las ciudades vecinas es de veinticuatro millas. Ninguna, sin embargo, está tan lejana que no se pueda llegar a ella desde otra ciudad en un día de camino.

La semejanza engendra la concordia

El intervalo entre ciudades es razonable

gar invita Moro, ya que considera a Utopía como continuación de Abraxas.

El término Abraxas fue inventado por Basílides de Alejandría para designar los 365 cielos existentes, que provienen del Uno. Equivaldrían a los 365 días del año. Cada letra de la palabra Abraxas en griego tiene su valor numeral: a = 1; b = 2; r = 100; a = 1; x = 60; a = 1; s = 200. Total 365 días. Moro suprime la *s* final y con ello rebaja su valor en 200, indicando quizás con ello su condición de ciudad no acabada y por lo mismo perfectible.

Cada año se reúnen en Amaurota[49] tres ciudadanos de cada ciudad, ancianos y experimentados, para tratar los problemas de la isla. Esta ciudad, asentada, por así decirlo, en el ombligo del país, es la más accesible a los delegados de todas las regiones. Por eso mismo se la considera como la primera y principal.

Distribución de las tierras de cultivo

Cada ciudad tiene asignados terrenos cultivables en una superficie no menor a doce millas por cada uno de los lados; si la distancia entre ciudades es mayor, entonces la superficie puede aumentarse. Ninguna ciudad tiene ansias de extender su territorio. Los habitantes se consideran más agricultores que propietarios.

El origen de lo que inficiona hoy a los estados

La agricultura ante todo

En medio de los campos hay casas muy cómodas y perfectamente equipadas de aperos de labranza. Son habitadas por ciudadanos que vienen en turnos a residir en ellas. Cada familia rural consta de cuarenta miembros, hombres y mujeres, a los que hay que añadir dos siervos de la gleba[50]. Están presididas por un padre y una madre de familia, graves y maduros. Al frente de cada grupo de treinta familias está un filarco[51].

49. *Amaurota* o *Amauroto*. Otro de los términos inventado por Moro. Amaurota significaría «la ciudad oscura» (del griego *amauroton:* 'oscuro, difuminado'). Moro tendría sin duda presente a Londres envuelta y perdida en la niebla. De ahí también el significado de ciudad difuminada, borrosa, de contornos imprecisos, creadora de espejismos.

50. Sobre los esclavos véase *Utopía,* pág. 166. Aquí se alude más bien a los *servi* de la época feudal, vinculados a la tierra. Serían los siervos de la gleba o criados de los señores.

51. *Filarco* significa literalmente 'jefe de tribu' o 'amigo del poder' (del griego *filarjos).* Es otra de las palabras moreanas cargadas de ironía y de intención.

Todos los años veinte agricultores de cada familia vuelven a la ciudad, después de haber residido dos años en el campo. Son reemplazados por otros veinte individuos. Éstos son instruidos juntamente con los que llevan todavía un año, y que, como es lógico, tienen una mayor experiencia en las faenas del campo. A su vez, serán los instructores del próximo año. Con ello se evita que se junten en el mismo turno ignorantes y novicios, ya que la falta de experiencia perjudicaría a la producción. La renovación del personal agrícola es algo perfectamente reglamentado. Con ello se evita que nadie tenga que soportar durante mucho tiempo y de mala gana, un género de vida duro y penoso. No obstante, son muchos los ciudadanos que piden pasar en el campo varios años, sin duda porque encuentran placer en las faenas del campo.

Tareas de los agricultores

Los campesinos cultivan la tierra, crían ganado, labran la madera, y la transportan a la ciudad unas veces por tierra y otras por mar. Han inventado un sistema sumamente ingenioso para producir pollos en cantidad. No dejan que las gallinas incuben los huevos. Someten a éstos a una especie de calor constante que los vitaliza y empolla. Una vez roto el cascarón, los pollitos siguen al hombre y le reconocen como a su madre. Crían muy pocos caballos, y éstos muy fogosos, con la única finalidad de ejercitar a la juventud en la equitación.

Extraordinario sistema de incubación

Cría de caballos

Cría y empleo de bueyes

Toda la labor de labranza y transporte recae sobre los bueyes. Según los utopianos, el buey no tiene la fogosidad del caballo, pero le vence en paciencia y en fuerza. Está sujeto a menos enfermedades, no necesita tanta dedicación, y gasta menos. Finalmente, cuando se halla agotado por el trabajo, todavía se le puede destinar para carne.

Comida y bebida

Los cereales sólo los emplean para hacer pan. Beben vino de uva, de manzana o de

pera; y agua, unas veces sola, y otras hervida con miel o regaliz que nunca les falta.

Abundancia de cereales

Saben de una manera exacta y precisa la cantidad de víveres necesaria para cada ciudad y su territorio. No obstante, siembran grano y crían ganado en cantidad muy superior al consumo. El excedente se reparte si es necesario entre los países vecinos.

Todos los objetos necesarios y que no se pueden encontrar en el campo, como muebles, utensilios de cocina, etcétera, los piden a la ciudad. Los consiguen de los funcionarios públicos, sin papeleo y sin nada a cambio. Todos los meses, en efecto, acuden a la ciudad el día de fiesta.

Valor de la cooperación mutua

Cuando está próxima la cosecha, los filarcos hacen saber a los funcionarios públicos el número de ciudadanos que quieren se les envíe. Los recolectores llegan en masa el día convenido. De este modo, la cosecha se termina en un solo día de buen tiempo.

Las ciudades y en particular Amaurota

Quien conoce una ciudad, las conoce todas. ¡Tan parecidas son entre sí! (en cuanto la naturaleza de su emplazamiento lo permite). Describiré una de ellas, no importa cuál, pero ¿cuál más a propósito que Amaurota? Ninguna más digna que ella. Así se lo reconocen las demás por ser sede del Senado. Es también la que mejor conozco, por haber vivido en ella cinco años seguidos.

Descripción de Amaurota capital de los utopianos

Amaurota está situada en la suave pendiente de una colina. Su forma es casi un cuadrado. Su anchura, en efecto, comienza casi al borde de la cumbre de la colina, se extiende dos mil pasos hasta el río Anhidro[52], y se alarga a medida que sigue el curso del río.

52. *Anhidro.* El río Anhidro es un *río sin agua* (del griego *an-udor:* 'sin

Descripción del río Anhidro

El Anhidro nace de un pequeño manantial, ochenta millas más arriba de Amaurota. Su caudal se alimenta de otros pequeños ríos, sobre todo de dos un poco más medianos. Cuando llega a la ciudad, su anchura es de quinientos pies. Pronto vuelve a ensancharse, y después de un curso de sesenta millas, desemboca en el mar.

Lo mismo sucede en el Támesis de los ingleses

El curso del río queda singularmente alterado en el espacio comprendido entre la ciudad y el mar, incluso algunas millas más arriba, merced al flujo y reflujo de las olas por espacio de seis horas. Cuando hay pleamar, las aguas cubren completamente el lecho del río Anhidro en una longitud de unas treinta millas, empujando las aguas del río hacia su nacimiento. En todo este espacio y un poco más arriba, el agua salada se mezcla con la del río. Desde este punto, sin embargo, las aguas van endulzándose progresivamente, y el caudal que atraviesa la ciudad es limpio y puro. El agua desciende limpia y cristalina hasta la desembocadura.

Por este rasgo Londres se parece a Amaurota

La ciudad está unida a la otra orilla del río por un puente de espléndidos arcos, con pilares de piedra, no de madera. Este puente situado en la parte más alejada del mar, permite a los navíos atravesar totalmente y sin riesgo toda la zona de la ciudad bañada por el río.

Tiene, además, otro río, no más caudaloso que el Anhidro, pero muy tranquilo y agradable. Nace, en efecto, en la pendiente de la colina sobre la que está edificada la ciudad, discurre a través de la misma, y corta la ciudad en su mismo centro antes de mezclar sus aguas a las del Anhi-

agua", 'seco') para un lugar en ninguna parte como es Utopía. Poco a poco nos va alejando Moro de una geografía localizada y material hacia un lugar que nada crea el mismo lector.

dro. Los amaurotanos han canalizado y fortalecido el manantial y la parte superior del río que nace cerca de la ciudad adosándolo a las murallas. De esta manera, en caso de ataque, impiden al ejército enemigo cortar, desviar o envenenar las aguas. El agua es conducida desde el río hacia la parte baja de la ciudad por diferentes canales de barro cocido. Donde este método no es viable, disponen de grandes cisternas para recoger el agua de la lluvia, que surten los mismos efectos.

Utilización del agua potable

Una alta y ancha muralla, guarnecida de torres y de fortalezas frecuentes, hace de la ciudad una plaza fuerte. En sus tres lados hay un foso sin agua, ancho y profundo, pero impracticable a causa de la maraña de espinos. En el cuarto lado, el río mismo hace de foso.

Fortificación con murallas

El trazado de calles y plazas responde al tráfico y a la protección contra el viento. Los edificios son elegantes y limpios, en forma de terraza, y están situados frente a frente a lo largo de toda la calle. Las fachadas de las casas están separadas por una calzada de veinte pies de ancho. En su parte trasera hay un amplio huerto o jardín tan ancho como la misma calzada, y rodeado por la parte trasera de las demás manzanas. Cada casa tiene una puerta principal que da a la calle, y otra trasera que da al jardín. Ambas puertas son de doble hoja, que se abren con un leve empujón y se cierran automáticamente detrás de uno. Todos pueden entrar y salir en ellas. Nada se considera de propiedad privada. Las mismas casas se cambian cada diez años, después de echarlas a suertes.

Trazado de calles

Los edificios

Los jardines anejos a las casas

Detalles que recuerdan a Platón

Aman apasionadamente estos jardines; en ellos cultivan viñas, hortalizas, hierba y flores. Los cultivan con esmero, tanto que nunca he visto nada se-

Utilidad de los jardines que recuerdan los cantados por Virgilio

mejante en belleza y fertilidad. Los amaurotanos gustan de la jardinería no sólo porque les entretiene, sino por los concursos de belleza organizados entre las diversas manzanas. Difícilmente, en efecto, se podría destacar un aspecto de la ciudad más pensado para el deleite y el provecho de la comunidad. Cosa que me hace pensar que la jardinería debió ser de especial interés del fundador.

Se dice, en efecto, que fue el mismo Utopo el que trazó el plano de la ciudad desde el principio.

Dejó, sin embargo, a sus sucesores el cuidado de completar el embellecimiento y ornato de la ciudad. Pues, se daba cuenta de que la vida de un hombre no es suficiente para ello.

Según sus archivos históricos, que cubren un período de 176 años desde la conquista, y que fueron escritos con escrupulosa religiosidad, las casas originales eran simples chozas o tugurios. Estaban hechas sin un plan definido y con toda clase de maderas; las paredes revocadas de barro, y los techos en forma de cono cubiertos con cañas. Hoy, en cambio, no se ven casas sino de tres pisos. Los muros exteriores están revestidos de piedra, de argamasa o ladrillos cocidos; las paredes interiores revestidas de yeso. Los techos son planos, en

En las ventanas cristales o tela

forma de terraza, recubiertos de hormigón, poco costoso y no inflamable, y más resistente a las inclemencias del tiempo que el plomo. Las ventanas estan provistas de vidrio –su uso es allí frecuentísimo– para impedir que entre el viento. A veces se reemplaza el vidrio por una tela muy tenue o de ámbar gris impregnada de aceite. Este procedimiento ofrece un doble ventaja: deja pasar mejor la luz, e impide que el viento pase.

Los magistrados

Traniboro en la lengua de los utopianos significa primer jefe

Maravillosa manera de crear a los magistrados

El Estado bien organizado rechaza a los tiranos

Todos los años, cada grupo de treinta familias elige su juez, llamado Sifogrante en la primitiva lengua del país, y Filarca en la moderna. Cada diez sifograntes y sus correspondientes trescientas familias están presididos por un protofilarca, antiguamente llamado Traniboro. Finalmente, los doscientos sifograntes, después de haber jurado que elegirán a quien juzguen más apto, eligen en voto secreto y proclaman príncipe a uno de los cuatro ciudadanos nominados por el pueblo. La razón de esto es que la ciudad está dividida en cuatro distritos, cada uno de los cuales presenta su candidato al Senado. El principado es vitalicio, a menos que el príncipe sea sospechoso de aspirar a la tiranía. Por su parte los traniboros se someten todos los años a la reelección, si bien no se les cambia sin graves razones. Los demás magistrados son renovados todos los años[53].

53. Si Inglaterra y Londres fueron el modelo geográfico de la isla utopiana, Esparta y la República platónica le dieron su consistencia organizativa. Vemos, en efecto, en este capítulo a la gerontía o senado espartano compuesto por *sifograntes* o *filarcas* y *traniboros* o *protofilarcas*.

Sifogrante vale como anciano sabio (del griego *syphos-geron*). El conjunto de estos ancianos sabios formaría la *sifograntía* o senado. Para filarca véase la nota 51.

Por su parte *traniboro* (del griego *zranos-boreas*) puede tener dos significados muy distintos: el de 'comedor' o 'glotón'; o bien el de 'inaccesible como el viento' (véase Prévost, *L'Utopie*, págs. 676 y 678). Según este autor los traniboros o protofilarcas serían jefes tan inasibles y tan sin consistencia como el viento. Como se ve, muy propio de la ironía moreana.

La sociedad utopiana termina en el vértice con el príncipe y los sacerdotes. Pero la isla se rige por un consejo superior y distinto del príncipe. Los sacerdotes no tienen ningún poder civil.

Zanjar cuanto antes las controversias: no alargarlas a propósito indefinidamente, como se hace hoy día

Cada tres días, incluso con más frecuencia, si así lo piden las circunstancias, los traniboros, presididos por el príncipe, se reúnen en consejo. Deliberan sobre los asuntos públicos y dirimen con rapidez los varios conflictos que pudieran surgir entre los particulares. Invitan siempre a las deliberaciones del Senado a dos sifograntes, que son distintos cada sesión.

No decretar nada a la ligera

La ley establece que las mociones o problemas de interés general sean discutidos en el Senado tres días antes de ser ratificados o decretados. Por otra parte, se considera como un crimen capital, tomar decisiones sobre los intereses de interés público fuera del Senado o al margen de las asambleas locales. Tal reglamentación se dirige a impedir que tanto el príncipe como los traniboros conspiren contra el pueblo, le opriman por la tiranía cambiándose así la forma de gobierno. Por esta misma razón, todas las decisiones importantes son llevadas a las asambleas de los sifograntes. Éstos las exponen a las familias de las que son representantes, no sin discutirlas con ellas antes de devolver las conclusiones al Senado.

Quiera el cielo que se obre así en nuestros consejos

Es lo que quería decir el viejo proverbio: «De la noche el consejo»

En ocasiones el asunto se presenta al consejo de toda la isla. Por otra parte, uno de los usos del Senado es no discutir asunto alguno el día mismo que se presenta por primera vez. Prefieren posponerlo para la sesión próxima. De este modo se evita el que alguien exprese lo que primero le viene a los labios. Y sobre todo, que comience a dar razones que justifiquen su manera de pensar, sin tratar de decidir lo mejor para la comunidad y sacrificando el bien público a su reputación. Tanto más, por absurdo

que pueda parecer, que le avergüenza admitir que su primera idea fue precipitada, y que debió reflexionar antes de hablar.

Las artes y los oficios

La agricultura es común a todos, mientras que hoy la relegamos a personas despreciadas

Hay una actividad común a todos, hombres y mujeres, de la que nadie queda exento: la agricultura. Forma parte de la educación del niño desde su infancia. Todos aprenden sus primeras nociones en la escuela. Y también en las salidas que hacen a los campos cercanos a la ciudad. Aquí son entrenados, no sólo observando los trabajos que se realizan, sino trabajando ellos mismos, lo que les proporciona un buen ejercicio físico.

Enseñar no oficios de lujo sino útiles

Además de la agricultura, que, como acabo de decir, es una actividad común a todos, cada uno es iniciado en un oficio o profesión como algo personal. Los oficios más comunes son el tratamiento de la lana, la manipulación del lino, la albañilería, los trabajos de herrería y carpintería. Aparte estos oficios, no hay otros que merezca la pena mencionar, ya que los practican pocos.

Semejanza en el vestido

Los vestidos tienen la misma forma para todos los habitantes de la isla. Están cortados sobre un mismo patrón, que no cambia nunca. Las únicas diferencias son las que distinguen al hombre de la mujer, al célibe del casado. El corte no deja de ser elegante y facilita los movimientos del cuerpo, al mismo tiempo que inmuniza contra el frío y contra el calor. Cada familia confecciona sus propios vestidos.

Ningún ciudadano

Todos, hombres y mujeres, sin excepción, han de aprender uno de los oficios arriba señalados. Las mujeres, sin embargo, por su consti-

queda dispensado de aprender un oficio

tución más débil, se dedican a trabajos menos duros, ya que trabajan casi exclusivamente la lana y el lino. A los hombres, en cambio, se les confía actividades más penosas.

En general, casi todos los niños son educados en la profesión de sus padres. Es algo que llevan en la misma sangre. Pero si alguien se siente atraído hacia otro oficio, es encomendado a otra familia. En tal caso, tanto su padre como el magistrado se cuidan de que sea puesto al servicio de un jefe de familia serio y honesto. Del mismo modo, si alguien especializado en un oficio, quiere aprender otro, se le permite hacerlo en idénticas condiciones. Una vez conseguidos los dos, puede ejercer el que más le agrade, a condición, sin embargo, de que la ciudad no necesite más de uno de ellos.

Que cada uno aprenda el oficio al que le inclina la naturaleza

La principal, por no decir única, misión de los sifograntes, es velar para que nadie se entregue a la ociosidad y a la pereza. Han de procurar que todos se apliquen de una forma asidua a su trabajo. Pero sin, por ello, fatigarse sin resuello, como una bestia de carga desde que amanece hasta que anochece. Esta vida embrutecedora para el espíritu y para el cuerpo, es peor que la tortura y la esclavitud; y sin embargo ésta es la condición de los trabajadores en todas partes, ¡excepto entre los utopianos!

Los holgazanes deben ser expulsados de la república

Éstos dividen en veinticuatro horas iguales el día, incluyendo también la noche. De ellas solamente dedican al trabajo seis horas, distribuidas así: tres horas, antes del mediodía, y a continuación almuerzan. Terminado el almuerzo dedican dos horas al descanso o siesta. A continuación trabajan otras tres horas, para terminar con la cena. Como quiera que la primera hora se cuenta a

Se ha de regular el horario del trabajo

partir de mediodía, son las ocho cuando van a la cama. Al sueño se reservan otras ocho horas.

El tiempo que les queda entre el trabajo, la comida y el descanso se deja al libre arbitrio de cada uno. Se busca que cada uno, lejos de perder el tiempo en la molicie y ociosidad, se distraiga, en un *hobby*, al margen de sus ocupaciones habituales.

El estudio de las bellas artes

La mayor parte consagra estas horas de tiempo libre al estudio. Antes de salir el sol se organizan todos los días cursos públicos. Sólo están obligados a asistir a ellos los que han sido elegidos personalmente para estudiar. Pero hay que reconocer que un gran número, tanto de hombres como de mujeres de todas condiciones, se agolpan en el lugar de los cursos para escuchar sus lecciones, unos a unas, otros a otras según sus preferencias. Por otra parte, si alguno prefiere dedicar este tiempo libre a los trabajos de su oficio, nadie se lo impide. Sabido es que hay un buen número de personas a las que no atrae la alta especulación, y lejos de criticarles por ello, se les felicita por el servicio que prestan a la comunidad.

El recreo en las comidas

Después de cenar pasan una hora de recreo, durante el verano en el jardín, y en las salas de los comedores públicos durante el invierno. Allí se entregan a la música o se entretienen charlando. Los juegos de azar, como los dados, cartas, tan impropios y nefastos, ni siquiera los conocen. No obstante, sí practican dos juegos que se parecen bastante al ajedrez: uno es un combate de números, en el que unos números atrapan a otros. En el segundo, virtudes y vicios entablan una cerrada batalla. Este último juego muestra a las claras la anarquía de los vicios entre sí, y su perfecto acuerdo cuando se trata de luchar contra las virtudes. Hace ver, además, cuáles

Pero hoy día los dados son el juego de los príncipes

Incluso los juegos son útiles

son los vicios opuestos a determinadas virtudes, qué armas despliegan los vicios cuando atacan por el flanco, qué tropas lanzan a la lucha abierta, y qué posición defensiva permite a las virtudes contener a los ejércitos del vicio, y con qué artimañas burlan sus ataques. Finalmente, hacen ver cuáles son los medios que permiten a uno y otro campo asegurar la victoria.

Pero, en este momento, quiero salir al encuentro de un posible engaño. Quizás se diga: ¿son suficientes seis horas de trabajo para proporcionar a la población los alimentos de primera necesidad? Ese tiempo no sólo es suficiente sino que sobra para producir no sólo los bienes necesarios, sino también los superfluos. Lo comprenderás enseguida conmigo, si observas atentamente el gran número de gente ociosa que hay en otras naciones. En primer lugar, casi todas las mujeres –que es la mitad de la población– y la mayor parte de los hombres, cuando las mujeres trabajan, roncan a sus anchas durante todo el día.

Categorías de holgazanes

Has de añadir esa turba ociosa de curas y de los llamados «religiosos». Poned además todos los ricos, sobre todo los terratenientes a los que vulgarmente llaman «señores» y «nobles». Incluid en este número a la servidumbre, esa chusma de bergantes con librea. Y finalmente, ese ejército de mendigos, robustos y sanos, que esconden su pereza tras una enfermedad fingida. Te darás cuenta entonces que hay muchas menos personas de las que piensas, que con su trabajo producen todos los bienes que consumen los mortales.

El batallón flamígero de los nobles

Muy bien dicho

Ten en cuenta también el pequeño número de los que se dedican a oficios necesarios. Y es natural que así sea: en un mundo en que todo lo medimos por el dinero, se ejercen muchas actividades completamente vanas y superfluas, al servicio exclusivo del lujo y del despilfarro. Pero suponga-

mos que la masa de trabajadores actuales se repartiera entre los pocos oficios que producen los igualmente poco numerosos bienes necesarios para una vida sana y cómoda. ¿Qué pasaría, entonces? Pues que habría tal abundancia de bienes que los precios bajarían hasta tal punto que los mismos obreros no podrían sustentar su vida. Supongamos ahora que todos esos que se dedican a las artes improductivas y que esa turba de vagos que languidece en la ociosidad y en la pereza –y que dicho sea de paso, uno de ellos consume más del fruto del trabajo de otros que dos obreros que trabajan– se ponen a trabajar en actividades útiles. ¿Qué sucedería? Comprenderíamos fácilmente que para producir lo que exigen la necesidad, la comodidad e incluso el placer –un placer verdadero y natural, se entiende– habría tiempo suficiente, e incluso sobraría.

Pues esto es lo que los hechos demuestran en Utopía. Allí, en toda la ciudad y sus alrededores difícilmente podremos encontrar quinientas personas en edad y en condiciones de trabajar –hombres y mujeres– exentas del trabajo. Entre ellas se cuentan los sifograntes. Y sin embargo, estos magistrados, aunque exentos oficialmente de trabajos manuales, siguen trabajando como los demás ciudadanos, a fin de estimular con su ejemplo a los demás.

Ni siquiera los magistrados se eximen del trabajo

De este mismo privilegio de exención gozan los destinados al estudio de las ciencias y de las letras. El pueblo, asesorado por la recomendación de los sacerdotes y por los votos secretos de los sifograntes les otorga vacación perpetua. Si alguno de los elegidos defrauda las esperanzas del pueblo, es devuelto a la clase trabajadora. Pero, sucede con frecuencia, que si un obrero en sus horas libres llega a adquirir por su constancia y diligencia un dominio notable de las letras, se le libera del trabajo mecánico y se le admite en la clase intelectual.

Únicamente los letrados son llamados a la magistratura

De esta clase intelectual se eligen los embajadores, los sacerdotes, los tranìboros. Y finalmente, al príncipe mismo, a quien en su lengua primitiva llaman Barzanes, y hoy día «Ademos»[54]. El resto de la población, siempre activa y dedicada a actividades útiles, produce en pocas horas de trabajo los bienes que necesita y de los que ya he hablado.

Cómo se evitan los gastos en los inmuebles

Añadamos a lo dicho otro factor económico: la dedicación a los oficios esenciales les permite realizar el trabajo con menos esfuerzo que los demás pueblos. La edificación o restauración de los edificios, por ejemplo, que tanto trabajo y tantos obreros cuesta, se debe a que el inmueble que el padre levantó, un heredero negligente lo deja caer poco a poco. Lógicamente, un edificio que se podría mantener con poco dinero, habrá de ser restaurado por el sucesor con grandes costos. Sucede incluso, y con frecuencia, que una casa levantada con fuertes desembolsos por una determinada persona, viene a manos de un hijo caprichoso. Éste la abandona, no la repara y la deja caer, para construir luego otra más lujosa en otro lugar.

En Utopía, por el contrario, donde todo está tan previsto, y la comunidad tan organizada, no se destinan nuevas áreas a edificar casas. No se contentan con reparar las ya existentes, sino que se pone remedio a las que amenazan ruina. Esto hace que con poco trabajo los edificios duren muchísimo. Tampoco los obreros de este gremio tienen gran cosa que hacer. La mayor parte del tiempo la pasan en sus casas pre-

54. *Barzanes-Ademos.* Dos palabras creadas por Moro para darnos un concepto distinto del poder. *Barzanes*, según la raíz greco-aramea significaría 'hijo de Dios'. Como para indicarnos que estas clases dirigentes –gobernador, letrados, embajadores, sacerdotes y tranìboros– de ser considerados de origen divino han pasado a ser *Ademos* = 'sin pueblo'. Personas que sin el pueblo son nada. Moro quiere desacralizar el poder poniéndolo sobre la base del pueblo.

parando el material y tallando y ajustando las piedras, por si surgiera alguna obra levantarla cuanto antes.

El poco costo del vestido

Fíjate ahora en la poca mano de obra que los utopianos necesitan para vestirse. Primeramente, el vestido de trabajo es de cuero o de piel, y puede durar hasta siete años. Para vestir en sociedad cubren estos vestidos más toscos con una clámide o manto. Su color es el natural de la tela, y es el mismo para toda la isla. De esta suerte emplean menos cantidad de paño que en otras partes y, lógicamente, es más barato. En cuanto al lino, exige todavía menos trabajo, por lo que su uso es más frecuente. Del lino sólo se aprecia la blancura radiante de la tela, y la limpieza en la lana, sin hacer caso alguno de la finura del hilo. De ordinario, pues, cada uno se contenta con un solo vestido y le dura generalmente dos años. En otras partes, sin embargo, cada uno necesita cuatro o cinco vestidos de lana de diferentes colores y otras tantas camisas de seda, y a los más delicados no les basta con diez. Los utopianos no encuentran razón alguna para desear más. No estarían mejor defendidos contra el frío, ni, por otra parte, irían un pelo más elegantemente vestidos.

En conclusión: todos en Utopía trabajan en actividades útiles, que requieren poco trabajo. No debe extrañar, pues, que ante la abundancia de todas las cosas necesarias, se envía de tiempo en tiempo a gran número de trabajadores a reparar las vías públicas que pudieran estar deterioradas. Con frecuencia, incluso, si la necesidad de estos trabajos de reparación no se hace sentir, se anuncia oficialmente la disminución de las horas de trabajo. No se debe pensar que los magistrados impongan a los ciudadanos contra su voluntad horas extras de trabajo.

Las instituciones de esta república no buscan más que un fin esencial: *rescatar el mayor tiempo posible en la medida que las necesidades públicas y la liberación del propio cuerpo lo permiten, a fin de que todos los ciudadanos tengan garantizados su libertad interior y el cultivo de su espíritu.*

En esto consiste, en efecto, según ellos, la *verdadera felicidad*[55].

Las relaciones públicas entre los utopianos

¿No os parece llegado el momento de explicar las formas de la vida social, las relaciones mutuas de los ciudadanos, así como las reglas de distribución de los bienes en Utopía?

La ciudad está compuesta de familias, y éstas, en general, están unidas por los lazos del parentesco. Cuando la mujer ha alcanzado la edad núbil, es entregada al marido, y va a vivir a su casa. Los hijos y nietos varones permanecen en la familia, sometidos todos al más anciano de sus progenitores. En caso de senilidad con merma de las facultades mentales, le sucede el que le sigue en edad.

El número de ciudadanos

Cada ciudad consta de seis mil familias, sin contar las del distrito rural. Pero, para mantener el equilibrio de la misma e impedir que baje la población o suba desmesuradamente, se cuida de que ninguna familia tenga menos de diez y más de dieciséis adultos. Por el contrario no es fácil determinar previamente el número de los impúberes. Este equilibrio se mantiene, traspasando a las familias menos numerosas el excedente de las demasiado prolíficas. Si, a pesar de todo, el conjunto de habitaciones de una ciudad sobrepasa el número previsto, el excedente se destina a otras ciudades menos pobladas[56].

55. Hay que estar muy atentos a la lectura del texto para encontrar los objetivos y las metas que se propone: la libertad y la felicidad de los ciudadanos. Hay una relación directa y necesaria entre libertad y felicidad. En Utopía se dan las dos cosas (el subrayado es nuestro).

56. Moro pretende dar un carácter de realismo por medio de la estadística. Dos especialistas como Shurt y Prévost han llegado a cálculos ligeramente diferentes sobre la población de la isla (véase Prévost, o. c.,

En el caso, finalmente, de que toda la isla llegara a superpoblarse, se funda una colonia con ciudadanos reclutados de cualquier ciudad. Se aposentan en el continente más cercano, en zonas en que la población indígena posee más tierras de las que puede cultivar. La colonia se rige según las leyes utopianas, no sin antes proponer a los indígenas la posibilidad de convivir con ellos. Así, asociados con los que aceptan, quedan fácilmente integrados por unas mismas instituciones y costumbres en beneficio de ambos. Los colonos, en efecto, gracias a sus instituciones, logran transformar una tierra que parecía miserable y maldita en abundosa para todos.

Si, por el contrario, encuentran gentes que se niegan a vivir bajo sus leyes, los utopianos los arrojan fuera de la zona que han ocupado. Hacen la guerra a los que oponen resistencia. Consideran como causa justísima de guerra el que un pueblo, dueño de un suelo, que no necesita y que deja improductivo y abandonado, niegue su uso y su posesión a los que por exigencias de la naturaleza deben alimentarse de él[57].

Si sucediera –como ya sucedió dos veces– que, a consecuencia de una peste, quedara diezmada la población de una ciudad hasta el punto de no poder restablecerla sin dismi-

pág. 680). Para el primero cada ciudad tendría 156.000 adultos que multiplicados por 54 ciudades arrojaría una población de 8.424.000 habitantes. El segundo estima la cifra de 100.000 a 226.000 habitantes por ciudad, y de 5 a 13 millones para la isla. El excedente de población se destinaría a fundar colonias. Toda la organización social se basa en la familia compuesta de un mínimo de 10 y un máximo de 16 adultos. Las familias, por tanto, tendrían de 5 a 8 parejas y de 25 a 40 hijos menores.

57. Plantea aquí Moro uno de los problemas más serios y actuales: el derecho a fundar colonias. No son pocos los que ven aquí el fundamento ideológico del colonialismo inglés. Junto al problema de las colonias está el derecho a la guerra. Este tema de la guerra está presente en toda la obra, pero al final de la obra le dedica un capítulo especial (véase *Utopía*, págs. 178-189 y notas).

nuir el número establecido de habitantes de otras ciudades, entonces los utopianos dejarían la colonia para repoblar dicha ciudad. Prefieren dejar morir las colonias, antes que ver desaparecer una sola de las ciudades de la isla.

Así puede desaparecer la turba de charlatanes ociosos

Volvamos ya a la convivencia de los ciudadanos. El más anciano, como dije, preside la familia. Las mujeres sirven a los maridos, los hijos a los padres, y, en general, los menores a los mayores.

La ciudad está dividida en cuatro distritos iguales. En el centro de cada distrito hay mercado público donde se encuentra de todo. A él afluyen los diferentes productos del trabajo de cada familia. Estos productos se dejan primero en depósitos, y son clasificados después en almacenes especiales según los géneros.

Cada padre de familia va a buscar al mercado cuanto necesita para él y los suyos. Lleva lo que necesita sin que se le pida a cambio dinero o prenda alguna. ¿Por qué habrá de negarse algo a alguien? Hay abundancia de todo, y no hay el más mínimo temor a que alguien se lleve por encima de sus necesidades. ¿Pues por qué pensar que alguien habrá de pedir lo superfluo, sabiendo que no le ha de faltar nada? Lo que hace ávidos y rapaces a los animales es el miedo a las privaciones. Pero en el hombre existe otra causa de avaricia: el orgullo. Éste se vanagloria de superar a los demás por el boato de una riqueza superflua. Un vicio que las instituciones de los utopianos han desterrado[58].

Origen de la rapacidad

Junto a los mercados que ya he mencionado están los de comestibles. A ellos afluyen legumbres, frutas, pan, pesca-

58. Obsérvese cómo ha desaparecido de la relación comercial de Utopía el cambio o trueque y el dinero. La igualdad familiar que preside todas las relaciones en la isla hace inútil el dinero.

dos, aves y carnes. Estos mercados están situados fuera de la ciudad en lugares apropiados –se mantienen limpios de las inmundicias y desechos por medio de agua corriente–. De aquí se lleva al mercado la carne limpia y despiezada por los criados o siervos. Los utopianos no consienten que sus ciudadanos se acostumbren a descuartizar a los animales. Semejante práctica, según ellos, apaga poco a poco la clemencia, el sentimiento más humano de nuestra naturaleza. Por lo mismo, no dejan entrar en las ciudades las inmundicias y desperdicios de cualquier género por cuya putrefacción el aire corrompido pudiera sembrar alguna enfermedad.

La suciedad y la inmundicia traen la peste a las ciudades

El descuartizar a los animales lleva a degollar a los hombres

Cada manzana tiene salas muy capaces, dispuestas a igual distancia, y cada una con su nombre propio. Aquí viven los sifograntes; y a ellas están adscritas para la comida las treinta familias que viven: quince a un lado y quince al otro del edificio. Los encargados de abastecer los comedores se reúnen a la hora convenida en el mercado y piden la cantidad de comida correspondiente al número de sus comensales.

Pero la primera preocupación y cuidados son para los enfermos que son atendidos en los hospitales públicos. Hay, en efecto, en los alrededores de la ciudad, un poco apartados de las murallas, cuatro hospitales, tan amplios que se dirían otras tantas pequeñas ciudades. En ellos, por grande que sea el número de enfermos, nunca hay aglomeraciones, ni incomodidad en el alojamiento. Y por otra parte, sus grandes dimensiones permiten separar a los enfermos contagiosos, cuya enfermedad se propaga generalmente por contacto de hombre a hombre. Estos hospitales están perfectamente concebidos, y abundantemente dotados de todo el instrumental y medicamentos para el restablecimiento de la salud.

Cuidado de los enfermos

Los enfermos son atendidos con los más exquisitos y asiduos cuidados merced a la presencia constante de los mejores médicos.

A nadie se le obliga a ir al hospital contra su voluntad. No hay enfermo, sin embargo, en toda la ciudad, que no prefiera ser internado en el hospital a permanecer en su casa.

Comida común para todos sin distinción de personas

Una vez que el administrador de los enfermos ha recibido los alimentos prescritos por el médico, lo que hay de mejor en el mercado se distribuye equitativamente por los comedores, según el número de comensales. Consideración especial merecen el príncipe, el pontífice, los traniboros, además de los embajadores y todos los extranjeros –cuando los hay, que son pocas veces–. Pero cuando están, se les asignan apartamentos especiales, provistos de todo lo necesario.

Que en todo momento se respete la libertad, a fin de que nada se haga contra la propia voluntad

A la hora establecida, toda la sifograntía se reúne al sonido de la trompeta para comer y cenar. Se exceptúan los que guardan cama, sea en los hospitales, sea en casa. A nadie, sin embargo, se le prohíbe llevar comida del mercado a casa, a pesar de tenerla preparada en los comedores. Saben que nadie hará esto por capricho. Pues si bien cada uno es libre de comer en su casa, nadie se recreará en hacerlo. Porque es de tontos molestarse en preparar una mala comida, cuando tienen una mejor en el comedor cercano.

Las mujeres se ocupan de las comidas

Los trabajos de cocina más sucios y molestos se encomiendan a los criados. En cambio, a cargo de las mujeres está la cocción y aderezo de las comidas, y, en una palabra, toda la preparación de la mesa. Este trabajo lo hacen las mujeres por turno, según las familias.

Se preparan tres o más mesas, según los comensales. Los hombres se sientan del lado de la pared, y las mujeres en

frente. De esta manera, si les sobreviene una súbita indisposición, cosa frecuente en las embarazadas, pueden apartarse sin molestar y retirarse a la sala de las nodrizas.

Las nodrizas, en efecto, permanecen con sus lactantes en un comedor particular. Se ha habilitado de tal manera que nunca falten en él el fuego, el agua limpia, ni las cunas. De este modo las madres pueden acostar a los niños, o si lo prefieren, calentarse al fuego, quitarles las fajas, o jugar con ellos para entretenerlos. Cada madre amamanta a su hijo, caso de no impedirlo la muerte o la enfermedad. En estos casos, las mujeres de los sifograntes se apresuran a encontrar otra nodriza. Y no les es difícil encontrarla. Las mujeres que pueden prestan sus servicios con mayor presteza que en cualquier otro menester. Todos en efecto alaban este acto de misericordia. Y el niño reconoce a la nodriza como a su verdadera madre.

Las felicitaciones y el sentido del deber son para los ciudadanos la mejor invitación al bien

En la sala de las nodrizas o lactantes se encuentran los niños que todavía no han cumplido cinco años. Los demás impúberes, es decir, los niños de ambos sexos que no han alcanzado la edad núbil, sirven a la mesa. O si por la edad no tienen todavía fuerzas para hacerlo, permanecen de pie y en el mayor silencio, junto a los comensales. Unos y otros comen de lo que les dan las personas sentadas, ya que no tienen otra hora para comer.

Educación de los hijos

En el centro de la mesa principal se sienta el sifograntе con su mujer. Es el lugar de más honor ya que desde esta mesa, colocada transversalmente al fondo del comedor, se contempla toda la asamblea. Junto al sifograntе y su esposa toman asiento dos personas de las de mayor edad. En cada mesa, en efecto, se sientan de cuatro en cuatro. Si el templo se encuentra en

El sacerdote por encima del jefe. Pero hoy día los mismos obispos hacen de criados de

los principales.

una «Sifograntia», el sacerdote y su mujer se sientan junto al sifogrante y presiden.

Los jóvenes mezclados con los ancianos

A ambos lados del comedor se sientan los jóvenes, alternando con los de más edad. Esta colocación acerca a los iguales, y mezcla a las diferentes edades. Nada, en efecto, de cuanto se hace o se dice en la mesa escapa a los vecinos de derecha o izquierda. Y a esto precisamente, según ellos, obedece esta norma, a saber: que la gravedad de los ancianos y el respeto que inspiran refrenan las palabras o la petulancia que una libertad excesiva podría inspirar a los jóvenes.

Deferencias para con los ancianos

Se comienza a servir los platos por la cabecera de la mesa, pasando después hasta los últimos comensales. Primero se sirven las mejores porciones a los ancianos –cuyos puestos están señalados– y después a los demás comensales por igual. Por su parte, los ancianos comparten de buen grado con sus vecinos de mesa las porciones, que aunque quisieran no llegarían para todos los de la casa. Se rinde así a la vejez un honor que le es debido, honor que redunda en beneficio de todos.

¡Cosa que los frailes apenas si observan en nuestros días!

Tanto la comida como la cena comienzan por la lectura de alguna lección moral. Pero ha de ser breve para que no aburra. De ella se sirven los ancianos para hacer sus exhortaciones, que no son tristes ni insulsas. Se cuidan mucho de no soltar rollos que acaparen toda la comida, y escuchan con gusto a los jóvenes. Incluso los provocan adrede, a fin de contrastar en la libertad que da la mesa la índole y el talento de cada uno.

Conversaciones en la comida

Los médicos de hoy condenan esta costumbre

El almuerzo es corto; la cena un poco más larga. Se debe a que después del almuerzo viene el trabajo, mientras que a la cena siguen el sueño y el reposo nocturno. Y los utopianos creen que el sueño

La música mientras cenan

es mejor que el trabajo para una buena digestión. No hay cena sin música; y en ella se sirve siempre un postre de dulces variados. Se queman ungüentos y se esparcen perfumes. Nada se perdona para que reine la alegría entre los comensales. Hacen de grado suyo aquel principio de que «ningún placer está prohibido con tal que no engendre mal alguno». Así viven los utopianos en las ciudades[59].

No hay que despreciar los placeres inocentes

En el campo, donde los labradores viven dispersos, hacen su comida en casa. A ninguna familia le falta nada para comer. ¿No son acaso ellos los que proveen de todo a la ciudad?

Los viajes de los utopianos[60]

Si uno desea visitar a los amigos que viven en otra ciudad o simplemente quiere hacer un viaje, lo consigue fácilmente

59. Se ha acusado a Moro de haber calcado en Utopía el orden o programa de vida vivido con los cartujos de Londres. Y, en efecto, estas páginas reflejan la vida y el refectorio monástico.

La vida en Utopía está basada en la igualdad como en el monasterio. Esto no impide que en la vida social haya una escala de valores que sean reconocidos de una forma sensible como se hace aquí: la dignidad de los mayores, los ancianos, el cuidado de los enfermos, los niños, etc. De pasada introduce su principio epicúreo del placer –que desarrollará más adelante– consistente en «seguir a la naturaleza».

60. El título del capítulo no corresponde al contenido del mismo. Aparte de los viajes –mejor, salidas o desplazamientos– se tratan en este capítulo temas fundamentales para la sociedad utopiana. Tales son: la perfecta distribución de los productos hace de Utopía una sociedad de la abundancia; el comercio con otros países; el tesoro público, la desmitificación del oro, la plata y piedras preciosas; la educación para todos; el concepto hedonístico de la vida; la salud física; el aprecio de la filosofía y cultura griega.

Se trata en última instancia de perfilar la perfecta utopía frente a la distopía reinante. Aparecen así las ideas más caras a Moro y a los humanistas.

del sifogrante o traniboro, a no ser que lo impida alguna razón práctica.

El viaje se organiza enviando a un grupo de turistas con un salvoconducto expedido por el príncipe. En este salvoconducto se autoriza el viaje y se fija la fecha de vuelta. Se les proporciona un coche y un criado público para que cuide y conduzca a los bueyes. En general, a no ser que haya mujeres en el grupo, los viajeros devuelven el coche, por considerarlo una carga. Durante el viaje –aunque no llevan bagaje alguno– no les falta de nada, ya que en cualquier parte están en casa. Si se detienen más de un día en un lugar, ejercen allí su propio oficio, siendo atendidos amistosamente por los de su mismo oficio. Si alguien por su cuenta viaja fuera de su propio territorio, sin el salvoconducto del príncipe, se le devuelve como fugitivo y se le castiga severamente. Si reincide, queda reducido a la condición de esclavo[61].

Si alguno siente el deseo de pasear por los campos de su ciudad, nadie se lo impide, con tal que tenga el permiso del padre o el consentimiento de la mujer. Pero en cualquier aldea donde llegue, no se le da alimento alguno, a menos que trabaje antes del mediodía o antes de la cena lo que allí estuviese estipulado. Cumplida esta norma puede caminar por todo el territorio de su ciudad. Pues no será menos útil a la ciudad que si estuviera en ella.

Oh santa república a la que los cristianos deberían imitar

Os podéis dar cuenta, por todo esto, de que no hay nunca permiso para estar ocioso. No hay tampoco pretexto alguno para la vagancia. No hay tabernas, ni cervecerías, ni lupanares, ni ocasiones de corrupción, casas de citas, ni conciliábulos. Todos, expuestos a las miradas

61. Sobre los esclavos, véase capítulo siguiente y notas correspondientes.

de todos, se entregan al trabajo cotidiano o a un honesto esparcimiento[62].

La igualdad hace que haya suficiente para todos

De las costumbres de un pueblo como éste se sigue necesariamente la abundancia de todos los bienes. Si a esto se añade que la riqueza está equitativamente distribuida, no es de extrañar que no haya ni un solo pobre ni mendigo.

Como dije más arriba, todos los años cada ciudad envía tres ciudadanos al Senado amaurótico[63]. Su primera sesión está dedicada al estudio de los artículos excedentes, así como a los lugares donde hay abundancia de los mismos. Se estudian asimismo los lugares donde el rendimiento ha sido más escaso supliendo el déficit de unos por la abundancia de otros. Esta compensación es gratuita. La ciudad que da no recibe nada a cambio de los favorecidos. A su vez, las ciudades que dieron de lo suyo sin exigir nada, reciben de otra, a la que no entregaron, lo que necesitan. De este modo, toda la isla es como una y misma familia.

La república no es más que una especie de familia grande

Una vez cubiertas las propias necesidades –y piensan que no están cubiertas hasta no disponer de provisiones para dos años y así afrontar la eventualidad del año siguiente– exportan a otros países gran cantidad de excedentes: trigo, miel, lana, lino, madera, tintes de cochinilla y

62. Repárese en la insistencia de Moro sobre la ociosidad. Parece mantener esta relación: la supresión de la moneda transforma las costumbres y excita al trabajo, y a su vez el trabajo crea prosperidad.

63. Se trata del Senado confederal con sede en Amaurota. Está compuesto por 162 miembros de todas las ciudades. En la primera edición de *Utopía* de 1516 se le denominaba «Senatu mentirano», un Senado de mentira, de ficción. Recuérdese que también la capital, Amaurota recibió el nombre de Mentiranun: 'la ciudad de mentira'.

de púrpura, pieles, cera, sebo, cuero e incluso animales. Dan la séptima parte de sus productos a los probres del país importador y el resto lo venden a precio módico. Este comercio les permite importar aquellos artículos de que carecen –no les falta de nada si no es el hierro– y también gran cantidad de oro y de plata. Esta vieja práctica les ha permitido acumular una cantidad fabulosa de estos metales preciosos. Por eso les es indiferente hoy vender al contado o a plazos. Ordinariamente aceptan pagarés, pero no se fían de avales particulares. Estos pagarés deben estar formalizados y garantizados por la palabra y el sello de la ciudad que los acepta.

El comercio de los utopianos

En ningún momento se olvidan del espíritu comunitario

El día del vencimiento, la ciudad garante exige el reembolso de los deudores particulares. El dinero se deposita en el erario público, y se usufructúa hasta tanto sea reclamado por los acreedores utopianos.

Consideración que permitiría hacer buen mercado de la fortuna

Éstos raras veces reclaman el pago de toda la deuda. Creerían cometer una injusticia reclamando a un tercero algo que necesita y que a ellos les es inútil. Hay casos, sin embargo, en que retiran toda la cantidad de dinero que se les debe. Sucede, por ejemplo, cuando han de prestar una parte de este dinero a otro país, o también cuando tienen que hacer la guerra. Ésta es la razón por la que guardan en casa todo el tesoro que poseen, para que les sirva como de talismán en los peligros inminentes o imprevistos. Pero, sobre todo, lo destinan a movilizar y pagar espléndidamente a mercenarios extranjeros, pues prefieren exponer a la muerte a éstos que a sus conciudadanos. Ofrecen a los mercenarios sueldos fabulosos, conscientes de que con grandes sumas de dinero se puede comprar a los mis-

Vale más evitar una guerra por el dinero o la astucia que derramar la sangre humana

mos enemigos, y llevarles tanto a traicionar como a volverse unos contra otros[64].

¡Oh, qué artista!

Tales son los fines por los que los utopianos guardan este inmenso tesoro. Pero lo conservan, no como un tesoro, sino de una manera que me avergüenza relatar. ¿Puedo creer que daréis crédito a mi discurso? Temo que no, pues os confieso francamente que de no haber visto yo la cosa, tampoco creería a quien me lo contare. ¿No es acaso algo natural? Cuanto más opuestas a nosotros son las costumbres extranjeras, menos dispuestos estamos a creerlas. Con todo, el hombre prudente, que juzga sin prejuicio las cosas, sabe que los utopianos piensan y hacen lo contrario de los demás pueblos. ¿Se sorprendería, acaso, de que empleen el oro y la plata para usos distintos a los nuestros? En efecto, al no servirse ellos de la moneda, no la conservan más que para una eventualidad que bien no pudiera ocurrir nunca.

En cuanto a su utilidad, el oro tiene menos valor que el hierro

Mientras tanto, retienen el oro y la plata de los que se hace el dinero. Pero nadie les da más valor que el que les da su misma naturaleza. ¿Quién no ve lo muy inferiores que son al hierro tan necesario al hombre, como el agua y el fuego? En efecto, ni el oro ni la plata tienen valor alguno, ni la privación de su uso o su propiedad constituye un verdadero inconveniente. Sólo la locura humana ha sido la que ha dado valor a su rareza. La madre naturaleza, ha puesto al descubierto lo que hay de mejor: el aire, el agua y la tierra misma. Pero ha escondido a gran profundidad todo lo vano e inútil[65].

64. Ver más adelante (págs. 178-180) el desarrollo que hace sobre el tema de la guerra.

65. Resulta exagerado afirmar que el oro no sirve para nada. Pero Moro es consciente de los males que el oro causa en la sociedad. Obsérvese, por otra parte, la sensibilidad del autor para intuir los bienes fundamentales de la naturaleza: el agua, el aire, la tierra, etc.

Por lo mismo, los utopianos no encierran sus tesoros en una fortaleza. El vulgo podría sospechar, como acostumbra maliciosamente, de que el gobierno y el Senado se sirven de estratagemas para engañar al pueblo, y para enriquecerse. Tampoco se hace con el oro y la plata vasos ni otros objetos de valor. En la hipótesis de tener que fundirlos, para pagar a los soldados en caso de guerra, es claro que los que hubieran puesto su afecto en estas obras de arte, no se desprenderían de ellas sin gran dolor.

¡Magnífico desprecio del oro!

Para obviar estos inconvenientes, los utopianos han arbitrado una solución en consonancia con sus instituciones, pero en total desacuerdo con las nuestras. Entre nosotros, en efecto, el oro se estima desmesuradamente y se le guarda con todo cuidado. Por eso, su solución resulta increíble para los que no la han comprobado. Comen y beben en vajilla de barro o de cristal, realizada en formas elegantes, pero al fin y al cabo, de materia ínfima.

Los vasos de noche y otros utensilios dedicados a usos viles, se hacen de oro y plata no sólo para los alojamientos públicos sino para las viviendas particulares. Con estos mismos metales se forjan las cadenas y los grilletes que sujetan a los esclavos. Finalmente, todos los reos de crímenes llevan en sus orejas anillos de oro. Sus dedos van recubiertos de oro, su cuello va ceñido por un collar de oro. Y su cabeza cubierta con un casquete de oro. Todo concurre, pues, para que entre ellos el oro y la plata sean considerados como algo ignominioso. Así, mientras su pérdida en otros pueblos resulta tan dolorosa como si se tratara de las propias entrañas, entre los utopianos, caso de desaparecer todos estos metales, nadie creería haber perdido ni un céntimo.

Un utensilio de oro, algo infamante

Recogen también perlas a la orilla del mar, así como diamantes y piedras preciosas en algunas rocas. Pero no se afanan por ir a buscar-

Las perlas, placer de niños

las. Cuando la suerte se las depara, las cogen y las pulen para hacer adornos a los niños. Y si éstos en los primeros años se glorían y se enorgullecen de llevar tales adornos, cuando son ya mayores y se dan cuenta de que estas bagatelas no sirven más que a los niños, se desprenden de ellas. Y se desprenden de tales adornos por propia voluntad y por cierto amor propio, sin esperar a que sus padres intervengan. Algo así como sucede con nuestros niños que, cuando crecen, abandonan el chupete, los aros y las muñecas.

Una historia por demás sabrosa

La diferencia de estas instituciones con respecto a las de otros países, hace que sus sentimientos sean también diferentes a los nuestros. No me di cuenta de ello hasta que asistí a la recepción de una embajada de los anemolios[66]. Éstos vinieron a Amaurota cuando yo me encontraba allí. Como venían a tratar asuntos importantes, cada ciudad había destacado tres delegados para recibirlos. Pero embajadores de las naciones vecinas que habían llegado con anterioridad a la isla, y que conocían las costumbres de los utopianos, sabían que entre éstos los vestidos suntuosos no son objeto de honor ni reverencia. Sabían también que se despreciaba la seda y que el oro era reputado como algo infame. Sabedores de esto, habían tomado la costumbre de venir vestidos con el atuendo más sencillo posible. Los anemolianos, por el contrario, venían de más lejos y apenas si habían tenido relaciones con ellos. Enterados de que los habitantes de la isla vestían de manera uniforme y ruda, imaginaron que esta simplicidad se debía a la pobreza. Con más vanidad que prudencia determinaron presentarse con una magnificencia digna de dioses, y herir los ojos de los miserables utopianos con el esplendor de su vestimenta.

66. *Anemolios.* Significa un pueblo hinchado, vanidoso (del griego *anemos* = 'viento'), un pueblo sin base, fantasma.

Entraron, pues, los tres embajadores con un séquito de cien personas. Todos iban vestidos de los más diversos colores, de seda en su mayor parte. Los mismos legados –pertenecientes a la nobleza de su país– se cubrían con un manto de oro, con grandes collares y pendientes de oro. Lucían en las manos anillos de oro, y del sombrero pendían joyas y guirnaldas, que refulgían con perlas y piedras preciosas. Iban vestidos, en una palabra, con todo lo que en Utopía constituye el suplicio de un esclavo, castigo vergonzoso de la infamia, o juguete de niños.

Era un espectáculo digno de ver a los embajadores pavoneándose al comparar el lujo de su atuendo con el vestido simple de los utopianos agolpados a lo largo de las calles del tránsito. Y por otra parte, no era menos regocijante el observar la decepción que les causaba la actitud de la población, al no recibir la estima y los honores que se habían prometido.

Si exceptuamos un número insignificante de los que, por diversas razones, habían visitado otros países, todos los utopianos veían con ojos de lástima este espectáculo infamante. Saludaban con respeto a la servidumbre del cortejo, tomándola por los embajadores. A éstos, sin embargo, les dejaban pasar sin darles muestras de ningún honor. ¡Tan cargados de cadenas de oro los veían como si fueran esclavos!

Los mismos niños que ya se habían desprendido de los diamantes y perlas, y que ahora las contemplaban en el sombrero de los embajadores, se dirigían asombrados a sus madres:

¡Oh, qué artista!

–¡Mira, mamá –les decían codeándolas–, a ese tunante que todavía gusta de perlas y de piedras preciosas como si fuera un niño!

Y la madre, todo seria, le respondía:

–Cállate, hijo, que me parece uno de los bufones de los embajadores.

Otros criticaban las cadenas de oro: no servían para nada. Tan finas eran que cualquier esclavo podría romperlas. Y

por otra parte, tan amplias que podría sacudírselas cuando le viniera en gana, escapándose libre a donde quisiera.

Al cabo de uno o dos días de estancia, los embajadores se dieron cuenta de que cuanta mayor ostentación hacían del oro menos eran estimados. Pudieron advertir también que el oro y la plata de las cadenas y grilletes de un esclavo fugitivo era superior al de la comitiva de los tres juntos. Sintiéndose humillados, dejaron inmediatamente de pavonearse, despojándose de los atavíos que tan orgullosamente habían exhibido. Sobre todo, después que un trato más íntimo con los utopianos les hiciera conocer mejor sus costumbres y sus ideas.

«Engañoso», dice, porque son piedras falsas

¡«Engañoso», sin duda, y malo este pequeño objeto!

Éstos se preguntan, en efecto, si puede haber hombres que queden embelesados ante el brillo engañoso de una perla diminuta o de una piedra preciosa, cuando tienen la posibilidad de contemplar una estrella, y hasta el mismo sol. Se maravillan de que haya alguien tan rematadamente loco que se considere más noble por la lana más fina que viste. ¡Después de todo, esta lana, por fino que sea su hilo, la llevó antes una oveja, y nunca dejó por ello de ser oveja! No les cabe en la cabeza que el oro, tan inútil por naturaleza, haya adquirido en todos los países del mundo un valor táctico tan considerable que sea mucho más estimado que el mismo hombre, y ello a pesar de que su valor haya sido sacado por y para el mismo hombre. No salen de su asombro ante el hecho de que un plomo, sin más talento que un tronco, y tan falto de escrúpulos como zafio, pueda tener bajo su dependencia a multitud de hombres honrados y buenos sólo por la única razón de que un buen día le llovieron del cielo un montón de monedas. Pero, cuidado, que un revés de la fortuna o una interpretación de las leyes –que no menos que la fortuna pone las cosas patas arriba– puede arrebatar el di-

¡Qué verdad y qué bien dicho!

nero a nuestro héroe, para ponerlo en manos del más rufián de sus criados. Entonces, no hay por qué admirarse de ver al amo convertido en criado de su criado, como apéndice y aditamento de su dinero.

Cuánto más sabios son los utopianos que el resto de los cristianos

Pero lo que detestan y no acaban de entender es la locura de aquellos individuos que, no debiendo nada a los ricos, y no estándoles sujetos, les tributan honores casi divinos. ¡Y sólo por ser ricos! Y a pesar de que los saben tan avaros y sórdidos que nunca recibirán de ellos, mientras vivan, la más mínima parte de sus tesoros.

Adquieren estas ideas en parte por haber sido educados dentro de un sistema social que se opone directamente a ese tipo de insensatez, y, en parte, por la lectura y los principios recibidos. Cierto que en cada ciudad sólo unos pocos son liberados de los trabajos materiales, para dedicarse al estudio. Son aquellos que, como he dicho, desde la infancia manifiestan cualidades sobresalientes, talento poderoso y vocación por la ciencia. Pero no por ello se deja de dar una educación liberal a todos los niños. Por su parte, casi todos los ciudadanos, hombres y mujeres, consagran al estudio durante toda su vida las horas que, como ya hemos dicho, les quedan libres.

Los estudios y la enseñanza de los utopianos

Aprenden las ciencias en su propia lengua, que es rica, armoniosa y fiel intérprete del pensamiento. Se habla, más o menos adulterada en una vasta extensión de aquella parte del globo[67].

Anteriormente a nuestra llegada, ninguno de los filósofos, cuyos nombres son célebres en nuestro hemisferio, les era conocido. Sin embargo, consiguieron más o menos los

67. Encontramos aquí una de las ideas más queridas de los humanistas: el valor de la lengua, sobre todo la lengua vernácula, reflejo fiel del pensamiento.

Música, lógica, aritmética

mismos descubrimientos que nuestros clásicos en música, dialéctica, aritmética y geometría. Con todo, a pesar de ser casi iguales en todo a los antiguos, están muy por debajo de los dialécticos modernos. Todavía no han inventado ninguna de esas reglas sutiles de *restricción, amplificación y suposición* con tanta sutileza elaboradas en la *Pequeña Lógica*, que aprenden nuestros hijos. Son del todo incapaces de captar las llamadas «ideas o intenciones segundas». Lo mismo sucede en cuanto al llamado «hombre en general o universal». Ese coloso, según la jerga de la escuela, ese gigante inmenso, que aquí se nos quiere hacer ver, y tocar, en Utopía nadie lo ha conseguido percibir todavía[68].

La broma es evidente

Pero, en compensación, los utopianos conocen de manera exacta el curso de los astros y los movimientos de los cuerpos celestes. Han creado ingenios de tipos diversos que les permiten fijar con exactitud la trayectoria y la posición respectiva del sol, de la luna y de los astros visibles por encima de su horizonte.

Astrología

En cuanto a las amistades y discordias de los «astros errantes», en una palabra, todo eso que fomenta la patraña llamada «adivinación por los astros», ni siquiera en sueños se preocupan de ello. La observación de señales, contrastada con una larga experiencia, les permite predecir la lluvia, el viento y demás cambios de la naturaleza. Su opinión sobre la causa de todos estos fenómenos, sobre las mareas, el flujo y la salinidad del mar,

Pero éstos dominan entre los cristianos de hoy.

68. Nuevamente nos encontramos con un tema favorito de Moro: el papel de los filósofos en una sociedad. Ironiza, sin embargo, con los filósofos escolásticos cultivadores de ideas universales y generales y del raciocinio puramente discursivo. Recuérdese que Moro estudió en Oxford, foco de la ciencia moderna positiva.

La física, la más incierta de las ciencias

y, en general, sobre el origen y la naturaleza del cielo y del universo, es en parte idéntica a la de nuestros filósofos antiguos, y, en parte, diferente. Cuando nuestros sabios no están de acuerdo, los utopianos proponen explicaciones nuevas y diferentes, sin que por otra parte estén enteramente de acuerdo entre sí[69].

En lo referente a la ética o filosofía de las costumbres inciden en los mismos problemas que nosotros. Se plantean el problema del *bien* o felicidad del alma, del cuerpo y de los bienes externos. Les preocupa saber si el término «bien» conviene a estas tres categorías o sólo a las dotes del espíritu[70].

Ética. La jerarquía de los bienes

Finalidad de los bienes.

Discuten sobre la virtud y el placer. Pero la principal y primera controversia se centra en saber dónde está la felicidad del hombre. ¿En una o varias cosas? Sobre este punto, parecen estar inclinados, más de la cuenta, a aceptar la opinión de los que defienden el placer como la fuente única y principal de la felicidad humana. Y lo que es más desconcertante: invocan su misma religión que es grave y segura, y casi triste y rígida, en apoyo de tan peregrina opinión[71].

Los utopianos hacen consistir la dicha en el placer honesto

69. Tendríamos aquí un pequeño avance de la ciencia moderna nacida de la observación y experimentación de los hechos. Lo que es evidente es el despegue de Moro del saber escolástico y su decidida opción por la «ciencia nueva» que se va abriendo camino.

70. Las páginas que siguen son un compendio de la ética utopiana, léase moreana. Moro, en efecto, resume aquí el pensamiento de los maestros clásicos como Aristóteles, Epicuro, Séneca y Cicerón. Para ser más exactos se siente más directamente influenciado por Pico de la Mirándola y Lorenzo Vallas, en los que aprendió el entusiasmo «epicúreo» por la vida.

71. Se trata de encontrar una relación y explicación entre *felicidad-virtud-placer*. A lo largo de la historia de la moral estos tres términos se

Los principios de la filosofía se han de tomar de la religión

La teología de los utopianos

En efecto, tienen por principio no discutir jamás sobre la felicidad sin partir de axiomas religiosos o filosóficos, basados éstos en la razón. Sin estos principios, piensan que la razón, abandonada a sí misma, es de suyo roma y débil en la búsqueda de la verdadera felicidad.

Estos son sus principios[72]:

La inmortalidad de las almas que muchas personas, incluso cristianos, ponen en duda hoy

- *Que el alma es inmortal.*
- *Que Dios, por pura bondad, la hizo nacer para la felicidad.*
- *Que después de esta vida nuestras virtudes y nuestras buenas acciones serán recompensadas y premiadas.*
- *Que el crimen será castigado con suplicios*.*

Aunque estos principios están tomados de la religión, piensan los utopianos que la razón puede llegar a creerlos y a aceptarlos. Si no se aceptaran –afirman sin vaci-

han presentado con frecuencia como incompatibles y contradictorios. Moro argumenta del siguiente modo: la felicidad es el placer sumo. Ahora bien, la virtud conduce a la felicidad. Luego el placer es el objeto de la virtud. No hay virtud sin placer. Toda actividad humana lleva al placer. Hay, no obstante, una jerarquía de actividades y placeres.

La conclusión es que «obrar conforme a la naturaleza es obrar virtuosamente y placenteramente».

72. Moro distingue el *ordo naturae* –'el orden de la naturaleza'– y el *ordo fidei* –'orden de la fe'–. El mundo utopiano se mueve en el orden de la naturaleza. Utopía es el reconocimiento y la consagración del hombre natural y concreto capaz de conseguir las más altas cotas de conocimiento, técnica, organización social.

La religión misma (ver *Utopía*, pág. 190) es una actividad nacida de la naturaleza humana. No obstante, Utopía está abierta a la trascendencia y a la irrupción de Dios y de la fe en ella.

* La disposición tipográfica es nuestra.

No hay que aspirar a cualquier placer ni amar el dolor si no se justifica por la virtud

lar– no habría nadie tan estúpido que no pensara que el placer se ha de buscar por todos los medios permitidos o prohibidos. La virtud consistiría, entonces, en elegir el más placentero y estimulante entre dos placeres. Y en huir de aquellos placeres que producen un dolor más fuerte que el gozo que pudieran haber procurado.

La mayor locura, en efecto, para ellos sería practicar unas virtudes ásperas y difíciles, renunciar a las dulzuras de la vida, sufrir voluntariamente el dolor, sin esperar nada después de la muerte como recompensa. ¿Qué fruto puede existir si después de la muerte, si has vivido sin placer, es decir miserablemente, no recibes nada a cambio?

Pero la felicidad, afirman, no está en toda clase de placeres. Se encuentra solamente en el placer bueno y honesto.

Esto, según los estoicos

Nuestra naturaleza tiende, irresistiblemente atraída por la virtud hacia él, como al bien supremo. A esta virtud va vinculada la única felicidad, según los que opinan lo contrario.

Definen la virtud como «vivir según la naturaleza». A esto, en efecto, hemos sido ordenados por Dios. Por tanto, el hombre que sigue el impulso de la naturaleza, tanto en lo que busca como en lo que rechaza, obedece a la razón.

– Según esto: *Primero y principalmente, la razón inspira a todos los mortales el amor y la adoración a la Majestad divina, a la que debemos nuestra existencia y nuestra capacidad de felicidad.*
– *Segundo: nos enseña y nos empuja a vivir con la mayor alegría y sin zozobra. Y en virtud de nuestra naturaleza común nos invita a ayudar a los demás a conseguir este mismo fin*.*

* La disposición tipográfica es nuestra.

Nadie, en efecto, por austero e inflexible seguidor de la virtud y aborrecedor del placer que sea, impone trabajos, vigilias y austeridad, sin imponer al mismo tiempo la erradicación de la pobreza y de la miseria de los demás. Nadie deja de aplaudir al hombre que consuela y salva al hombre, en nombre de la humanidad. Es un gesto esencialmente humano –y no hay virtud más propiamente humana que ésta– endulzar las penas de los otros, hacer desaparecer la tristeza, devolverles la alegría de vivir. Es decir, devolverles al placer. ¿Por qué, pues, no habría de impulsar la naturaleza a cada uno a hacerse el mismo bien que a los demás?

¡Pero hoy, algunos llaman al sufrimiento como si en él residiera la religión! Sería mejor que soportaran el dolor cuando nace de un deber de caridad o cuando proviene de las necesidades de la naturaleza

Porque, una de dos: o la vida feliz o placentera es un mal o es un bien. Si es un mal, no solamente no se puede ayudar a los demás a que la vivan, sino que además hay que hacerles ver que es una calamidad y un veneno mortal. Si es un bien, ¿por qué –si existe el derecho y el deber de procurársela a los demás como un bien–, por qué, digo, no comenzar por uno mismo? No hay motivo para ser menos complaciente contigo mismo que con los demás. ¿Puede la naturaleza invitarte a ser bueno con los demás, y a ser cruel y despiadado contigo mismo? Por tanto, concluyen, la naturaleza misma nos impone una vida feliz, es decir, placentera, como fin de nuestros actos. Para ellos, la virtud es vivir según las prescripciones de la naturaleza.

La naturaleza, siguen pensando, invita a todos los mortales a ayudarse mutuamente en la búqueda de una vida más feliz. Y lo hace con toda razón, ya que no hay individuo tan por encima del género humano que la naturaleza se sienta en la obligación de cuidar de él solo. La naturaleza abraza a to-

dos en una misma comunión. Lo que te enseña una y otra vez, esa misma naturaleza, es que no has de buscar tu medro personal en detrimento de los demás[73].

Contratos y leyes

Por esto mismo, piensan que se han de cumplir no sólo los pactos privados entre simples ciudadanos, sino también las leyes públicas que regulan el reparto de los bienes destinados a hacer la existencia más fácil. Es decir, cuando se trata de los bienes que constituyan la materia misma del placer. En estos casos se han de cumplir tales leyes sea que estén promulgadas justamente por un buen príncipe, sea que hayan sido sancionadas por el mutuo consentimiento del pueblo no oprimido por la tiranía ni embaucado por manipulaciones. Procurar tu propio bien sin violar estas leyes es de prudentes. Trabajar por el bien público es un deber religioso. Echar por tierra la felicidad de otro para conseguir la propia es una injusticia. Privarse, en cambio, de cualquier cosa para dársela a los demás, es señal de una gran humanidad y nobleza, pues reporta más bien que el que nosotros proporcionamos. Al mismo tiempo, esta buena obra queda recompensada por la reciprocidad de servicios. Y por otra parte, el testimonio de la conciencia, el recuerdo y el reconocimiento de aquellos a quienes hemos hecho bien producen en el alma más placer que hubiera causado al cuerpo el objeto de que nos privamos. Finalmente, Dios compensa con una alegría inefable y eterna la privación voluntaria de un placer efímero y pasajero. De ello está fácilmente convencida un alma dispuesta a aceptarlo. En consecuencia, bien pensado y examinado todo, siguen pensando que todas nuestras acciones, inclui-

Deberes de la vida social

73. Desde un hecho de experiencia, Moro da la vuelta al principio: «Lo que quieras para ti...» De esta manera: «Lo que haces por los demás, ¿por qué no hacerlo también por ti mismo?»

das todas nuestras virtudes, están abocadas al placer como a su fin y felicidad[74].

¿Qué es, pues, el placer?

*Llaman placer a todo movimiento y estado del cuerpo o del alma, en los que el hombre experimenta un deleite natural**. No sin razón añaden «apetencia o inclinación natural». Porque no sólo los sentidos, sino también la razón nos arrastran hacia las cosas naturalmente deleitables. Tales son, por ejemplo, aquellos bienes que podemos conseguir sin causar injusticia, sin perder un deleite mayor o sin que provoquen un exceso de fatiga. Existen, por otra parte, cosas a las que los humanos han dado en atribuir frívolamente placeres al margen de la misma naturaleza. ¡Como si los humanos pudieran cambiar tan fácilmente las cosas como las palabras! Con ello, lejos de contribuir a la felicidad, hacen de ellas otros tantos obstáculos a la verdadera felicidad. Tales ilusiones del espíritu le embargan de tal manera que ya no le dan lugar a los auténticos y verdaderos deleites. Hay, en efecto, una multitud de cosas a las que la naturaleza no ha vinculado ningún placer, e incluso ha impregnado de amargura. No obstante, los hombres, presas de una seducción perversa, causada por las peores pasiones, las consideran no sólo como los placeres supremos, sino que además constituyen las primeras razones para vivir.

Falsos placeres

El error de los que

En esta especie de placer adulterino, sitúan los utopianos la vanidad de aquellos de quienes ya hablé y que se figuran valer tanto más cuanto mejor visten. Su vanidad es doblemente ridícula. No son menos

74. Se formula aquí el *hedonismo* moreano. La búsqueda de placer es lícita ya que a ello nos empuja la misma naturaleza. Naturaleza y moral ordenan el universo humano. Es aquí donde radica el optimismo de los humanistas. La naturaleza es buena y seguirla es una virtud.

* El subrayado es nuestro.

ponen su placer en la elegancia

fatuos cuando piensan que es mejor su toga que cuando se figuran lo son ellos mismos. ¿Cuál es la ventaja –si del vestido se trata– de una lana más fina sobre una más basta? Pero estos insensatos se engallan y se imaginan que la tela da a su persona un prestigio no despreciable, como si se distinguieran de los demás por la excelencia de su naturaleza y no por su engaño. Llegan hasta exigir, en atención a la elegancia del vestido, honores que no se atreverían a esperar con un atuendo menos costoso y se indignan cuando se pasa ante ellos con indiferencia.

La locura de los honores

¿No es acaso también signo de imbecilidad el estar preocupado por honores vanos y baladíes? ¿Qué placer natural y verdadero puede ofrecer la testa descubierta de otro hombre o inclinado de rodillas? ¿Te cura acaso los dolores de tus rodillas? ¿O te quita el dolor de cabeza?

Nobleza vana

Dentro de este marco de placeres equivocados, hay que situar a los que se entregan dulcemente a sus manías de nobleza. Se felicitan de que la suerte les haya hecho nacer de una larga línea de antepasados considerada como rica. Pues no otra cosa es la nobleza al presente: una nobleza rica, sobre todo en latifundios. Y no se consideran un pelo menos nobles, porque sus mayores no les dejaron nada, o porque ellos hayan dilapidado su herencia.

El más fatuo de los placeres, las piedras preciosas. La opinión común da o quita valor a

Con el mismo aire de nobleza consideran a todos aquellos que, como dije, se dejan fascinar por las gemas y perlas preciosas. Si llegan a conseguir una de ésas particularmente bella y rara, altamente cotizada en su país y en su tiempo, se creen unos dioses. ¡Porque la misma piedra no conserva siempre y en todas partes el mismo valor! No las compran si no están desnudas y desprovistas de oro. Y no se contentan con esto. El vendedor tiene que certificar bajo juramento y

las piedras preciosas

caución que se trata de una gema y piedra verdaderas. Tan preocupados están porque sus ojos les hagan ver una piedra auténtica donde hay una falsa. Y yo pregunto: ¿qué placer puede haber en mirar una piedra natural más que a una artificial, si el ojo no puede captar su diferencia? Para ti, lo mismo que para un ciego, ambas habrán de tener el mismo valor.

Hipótesis estupenda y perfectamente adaptada

¿Y qué decir de esos avaros que acumulan riquezas sobre riquezas, no para utilizarlas, sino para regodearse ante el metal amontonado? ¿Experimentan el verdadero placer o más bien son presa de una quimera? ¿Qué pensar de los que son víctima del defecto contrario, escondiendo el oro del que no se servirán nunca y que quizás ya no volverán a ver? No ven su dinero, y el temor de perderlo hace que lo pierdan definitivamente. Enterrar el oro. ¿No es acaso sustraerlo a uno mismo y quizás también a los demás? Saltas de alegría, porque has escondido tu tesoro, y has conseguido lo que querías. Pero supongamos que un ladrón se apodera de este tesoro confiado a la tierra. Supongamos también que tú mueres diez años después, sin saber que te lo han robado. Ahora pregunto: durante este decenio que sobreviviste al dinero robado ¿te importó algo que el dinero estuviera robado o conservado? En ambos casos, te reportó el mismo beneficio.

Los dados

A estos placeres estúpidos añaden no sólo el de jugadores de dados –cuya estupidez sólo conocen de oídas pues nunca lo han practicado– sino también el de la caza y la cetrería. ¿Qué placer proporciona –dicen– el arrojar los dados sobre un tablero? Suponiendo que se encontrara un placer en ello, el hecho de repetirlo muchas veces, ¿no engendra acaso hastío y cansancio? ¿Es posible oír algo más desagradable que el ladrido y aullido de los perros? ¿Es más regocijante ver a un perro correr tras una liebre que correr tras

La caza

otro perro? Y no obstante, en ambos casos el secreto es la carrera, si es la carrera la que causa el placer. Pero hay que pensar que se trata de otra cosa. Si lo que te cautiva es la perspectiva de una matanza, la expectativa de una carnicería, ¿no crees que deberías moverte a compasión al ver al cervatillo despedazado por un perro? ¿Cómo no horrorizarse viendo devorar al débil por el más fuerte, al fugitivo y medroso por el feroz, al inocente, en fin, por el cruel? Por eso, los utopianos han dejado este ejercicio de la caza a los carniceros, como no propio de hombres libres. Ya dijimos antes que el oficio de carnicero lo confiaban a los esclavos. Consideran, en efecto, la caza como el arte más vil de matar los animales. Las otras faenas de este menester son más honrosas porque reportan una utilidad, ya que no se mata a los animales más que por necesidad. El cazador, en cambio, mata y despedaza al animalillo por puro placer. Piensan, finalmente, que esta pasión por un espectáculo de muerte, aunque sea la muerte de una bestia, nace de un impulso cruel. O lleva a la crueldad salvaje a fuerza de repetirlo.

Y este arte se practica hoy por nuestros dioses cortesanos

Todas estas cosas, y otras semejantes –su lista sería interminable– que el vulgo considera como placer, quedan rotundamente descartadas por los utopianos. Por su misma naturaleza no tienen nada de agradable. Nada en común tienen con el verdadero placer. El hecho de que deleiten a los sentidos –cosa propia del placer– no empece para que se mantengan firmes en esta opinión. La verdadera causa de ello no es la naturaleza de la cosa, sino su perversa costumbre. Así sucede que toman lo amargo como dulce. Sucede lo mismo que con las mujeres encintas, cuyo gusto estragado prefiere la pez y el sebo a la dulzura de la miel. El juicio de quien está corrompido por la enfermedad o la costumbre no puede cambiar ni la naturaleza del placer ni la de las cosas.

Antojos de las mujeres encintas

Distinguen diversas clases de placeres, dentro de los que consideran como verdaderos. Unos se refieren al cuerpo, otros al espíritu.

Las clases de placeres verdaderos

Al espíritu vinculan el entendimiento y el gozo que engendra la contemplación de la verdad. A esto sigue el dulce recuerdo de una vida honesta y la firme esperanza del bien futuro.

Dividen los placeres del cuerpo en dos categorías: la primera comprende aquellos placeres que inundan los sentidos de gozo. Se deben unas veces a la recuperación de las fuerzas exhaustas por el agotamiento del calor interno. Tal es el efecto de la comida y la bebida. Otras veces se debe a la eliminación de todo aquello que sobrecarga al cuerpo. Sentimos tales placeres cuando defecamos, cuando engendramos un hijo, o cuando calmamos el picor de una parte del cuerpo rascándonos o frotándonos. A veces surge un placer de forma espontánea, sin que haya sido deseado, y sin que nos libre de algo que nos molesta. Tal es ese placer, que por una fuerza secreta, pero evidente, excita nuestros sentidos, los arrastra y los cautiva. Pienso, por ejemplo, en el placer de la música.

Los placeres del cuerpo

Hay una segunda categoría de placeres, consistente, a su juicio, en el estado de tranquilidad y de equilibrio del cuerpo. Se trata de una salud exenta de mal alguno. En efecto, cuando el hombre está libre de dolores, experimenta una verdadera y deleitosa sensación de bienestar. Y ello sin que le afecte placer alguno venido del exterior. Porque, si bien es cierto que la salud golpea e impresiona menos el sentido que el apetito acuciante de comer y beber, sin embargo, hemos de reconocer que muchos la consideran el placer supremo. Gran parte de los utopianos confiesan que es la base y el fundamento de los demás placeres. Sólo ella hace plácida y deseable la existencia. Y sin ella, no hay placer alguno. La ausencia total de dolor en quien no goza de buena salud, no la consideran placer, sino embotamiento.

Es necesario que el que posee disfrute también de buena salud

Hace ya tiempo que rechazaron la teoría de los que opinaban que no se había de considerar a una buena y sólida salud como un placer. El tema fue ampliamente discutido entre ellos. Y entre las razones que daban, estaba la de que el placer no se manifiesta sin afección externa. Pero hoy los utopianos, casi sin excepción, están de acuerdo en proclamar que la salud es el placer fundamental. Y lo razonan de este modo: si la enfermedad causa dolor –enemigo implacable del placer–, la enfermedad es igualmente enemiga de la salud. ¿Por qué, pues, no puede haber placer en la posesión tranquila de la salud? Y no vale decir que la enfermedad es un sufrimiento o que el sufrimiento es algo inherente a la enfermedad. Para ellos, estos dos puntos de vista son lo mimo. Sea que se considere a la salud como el placer mismo, sea que se la considere como su causa necesaria –lo mismo que el fuego original el calor– en ambos casos, cuando hay una salud de hierro, el placer no puede estar ausente. Cuando comemos, ¿no es la salud restablecida la que arremete contra el hambre con la ayuda de los alimentos? ¿No es cierto que, a medida que se restablece la salud, la vuelta al vigor acostumbrado hace renacer el placer que sentimos apoderarse de nosotros? ¿Por qué la salud que tanto se alegra ahora en el combate, no habría de alegrarse también, una vez conseguida la victoria? Si lo que buscaba en la contienda era su primer vigor, ¿cómo es posible que recaiga nuevamente en el embotamiento sin conocer y apetecer su propio bien?

Decir, por ejemplo, que la salud no produce una sensación especial, lo juzgan totalmente falso. ¿Quién, dicen en estado de vigilia, no percibe que está sano, sino aquel que no lo está? O ¿quién afirma que la salud no es placentera sino el que está sumergido en un profundo letargo y embotamiento? Ahora bien, ¿no es la deleitación lo mismo que el placer con distinto nombre?

En resumen: aceptan en primer término los placeres del espíritu, que son considerados por ellos como los primeros y principales. Son fruto, en su mayor parte, de la práctica de las virtudes y del testimonio de una buena conciencia.

La salud se lleva la palma entre los placeres del cuerpo. Porque si hay que desear los placeres de la comida y de la bebida y otros semejantes se ha de hacer sólo en función de la salud. Tales placeres no son deleitables por sí mismos, sino solamente en cuanto se oponen a los ataques insidiosos de la enfermedad. Es propio del sabio prevenir el mal más que emplear remedios para curarlo. Evitar el dolor más que acudir a los calmantes. Por lo mismo, prefiere privarse de esas clases de placer cuya privación necesitaría el empleo de medios curativos. Si alguien, por tanto, estima que esta clase de placeres proporciona placer, deberá reconocer que el colmo de la felicidad debería consistir en una existencia de hambre, sed, prurito, que le obligaran a comer, beber, rascarse o frotarse constantemente. ¿Quién no deja de ver que este tipo de vida sería no sólo torpe sino despreciable? De todos modos, estos placeres son los menos importantes y los menos auténticos, pues nunca aparecen sin el acompañamiento de los dolores opuestos. Al placer de comer va siempre unida el hambre, pero no en igual proporción. Pues, en efecto, la sensación de hambre es más violenta y más duradera: nace antes del placer y no muere sino con él. Piensan, por tanto, que no hay que sobreestimar estos placeres corporales, sino en cuanto son necesarios. Se entregan, no obstante, a ellos, agradeciendo a la madre naturaleza que permite a sus hijos realizar con agrado unas funciones indispensables a la vida. Nuestra vida sería insoportable si tuviéramos que combatir, a fuerza de drogas y fármacos, el hambre y la sed de cada día, lo mismo que las enfermedades que nos asaltan de tiempo en tiempo.

Admiran y cultivan la belleza, el vigor y la agilidad del cuerpo, como auténticos y bellos dones de la naturaleza. Ad-

miten también los placeres del oído, de la vista y del olfato. Tales placeres los ha creado la naturaleza exclusivamente para el hombre, como el aderezo y el encanto de la vida. Ningún otro animal, en efecto, se detiene a contemplar la belleza y el orden del universo. No se conmueve ante el embrujo de los olores, si no es para discernir la comida. Ninguno tampoco distingue los intervalos, ni aprecia la disonancia ni la armonía de los sonidos.

Pero, en todo placer mantienen esta pauta: un deleite menor no debe ser obstáculo a uno superior. Un placer no debe originar nunca un dolor. Porque piensan que el dolor es secuela inevitable de todo placer no honesto. Pero nunca piensan en despreciar la belleza del cuerpo, debilitar su vigor, cambiar su agilidad e inercia, extenuar el cuerpo con ayunos, arruinar la salud, desdeñar los demás dones de la naturaleza, a no ser que se haga en beneficio de otras personas o de la sociedad, con la esperanza de recibir un placer mayor de Dios como recompensa. Pues creen totalmente absurdo mortificarse por mortificarse, sin provecho de nadie, o para prepararse a soportar pruebas que quizás no llegarán nunca. Entienden que tal conducta es la señal de un espíritu cruel consigo mismo, la más negra ingratitud hacia la naturaleza, como si renunciando a todos sus beneficios no se dignasen ser sus deudores.

Hay que tomar esto con mucho cuidado

Ésta es la teoría utopiana sobre la virtud y el placer. Piensan que la razón humana no puede concebir nada más verdadero a no ser que una revelación venida del cielo inspire al hombre algo más santo. ¿Tienen o no razón? No pienso discutirlo, porque ni el tiempo lo permite ni lo creo necesario. Me propuse presentaros sus instituciones, no defenderlas. De todos modos, estoy firmemente persuadido de que, cualquiera que sea el valor de estos principios, no hay pueblo que los supere, ni república más feliz.

La felicidad de los utopianos y su descripción

Poseen un cuerpo ágil y vigoroso. Sin ser esbeltos, dan muestras de un vigor superior a su estatura. El suelo de la isla no es igualmente fértil a lo largo de toda ella. Tampoco el aire es del todo puro y saludable. La templanza en la comida es su defensa frente a las malas condiciones climáticas. Por otra parte, cultivan la tierra con tal esmero que en ninguna parte del mundo se puede ver ganado más lucido ni cosechas más abundantes. En ninguna otra parte la vida humana es más prolongada, ni las enfermedades menos frecuentes. Es de admirar igualmente la perfección con que ejecutan los trabajos normales del campo. ¡Cómo mejoran la tierra, naturalmente ingrata, a fuerza de técnica y trabajo! Y cómo arrancan de raíz, a fuerza de brazos, todo un bosque para replantarlo en otro lugar. En esta operación no valoran la fecundidad de la tierra sino el transporte. Tratan, en efecto, de que los bosques estén situados cerca del mar, de los ríos e incluso de las ciudades, pues por tierra es menos difícil acarrear las cosechas que la madera.

Es un pueblo afable, alegre, lleno de ingenio, amante del ocio. Sabe, con todo, soportar los trabajos corporales, cuando es preciso. Comedido en todo, es infatigable en las cosas del espíritu.

Utilidad de la lengua griega

Cuando les informamos de los escritos y del pensamiento griego, no salimos de nuestro asombro al pedirnos que les ayudáramos a interpretarlos y profundizarlos. No fue así con la literatura latina, por la que no mostraron, al parecer, mucho interés a excepción de los historiadores y los poetas. Comenzamos, pues, a comentarles estos escritos movidos, al principio, más por el deseo de no defraudarlos, que por el fruto que esperábamos sacar de ello. A medida que íbamos avanzando pudimos comprobar un interés y aplicación tales que nos hicieron prever que nuestro trabajo

Admirable docilidad de los utopianos

no sería inútil. Quedamos maravillados de su facilidad para reproducir la forma de las letras, de la transparencia de su pronunciación, de la prontitud de la memoria, así como de la fidelidad de sus traducciones. Podría considerarse como un verdadero prodigio, si la mayor parte de los que se consagraron a estos estudios, además de su propio interés, no hubiesen sido mandados por un decreto del Senado. Era una elite de intelectuales, espíritus selectos, maduros. Por eso, en menos de tres años, la lengua no tuvo secretos para ellos. Hubieran leído sin dificultad a los buenos autores, de no impedirlo las erratas del texto.

Pero hoy se obliga a estudiar a los troncos y a los bodoques mientras los más dotados se corrompen en el placer

Sospecho que esta facilidad por la literatura griega se debe a cierta afinidad con ellos. Me inclino a pensar que este pueblo procede de los griegos. Su lengua, en efecto, aunque en el conjunto está muy cerca del persa, conserva no pocos vestigios del griego en los nombres de las ciudades y de los cargos públicos.

Les di cierto número de obras que llevaba conmigo. Cuando emprendí mi cuarto viaje tomé conmigo, en vez de mercancías, un buen lote de libros, decidido como estaba a no volver nunca a Europa, antes que hacerlo pronto. Eran la mayor parte de las obras de Platón, muchas de Aristóteles y el tratado de las plantas de Teofrasto. Este último, lo siento de verdad, mutilado en varios pasajes. Durante la travesía lo dejé descuidado en la nave. Un mono divertido y juguetón cayó sobre él, rasgando varias páginas de aquí y de allá. De los gramáticos sólo tienen a Lascaris, pues me olvidé de llevar conmigo a Teodoro; ningún diccionario, excepto el Esiquio y el Dioscórides.

Plutarco es su autor favorito. Les encanta Luciano, dejándose seducir por sus gracias e ingenio. De los poetas tienen a Aristófanes, Homero, Eurípides, y finalmente a Sófocles, en

la edición hecha por Aldo, en pequeños caracteres. Entre los historiadores cuentan a Tucídides, Herodoto, sin olvidar a Herodiano. En lo que respecta a la medicina, mi colega Tricio Apinato había llevado consigo algunas de las obras de Hipócrates y la *Microtecné* de Galeno. Estos dos autores gozan de la mayor estima entre ellos. Pues, aunque no hay país que necesite menos la medicina que Utopía, en ninguna parte, sin embargo, se tiene en mayor aprecio. Su conocimiento la sitúan entre las partes más útiles y más bellas de la filosofía. Con la ayuda de la filosofía, en efecto, no sólo penetran los secretos de la naturaleza y creen percibir un deleite inefable, sino que, además, se granjean el favor de su Autor y Artífice supremo[75].

La medicina, la más útil de las artes

Piensan los utopianos que Dios, al igual que los demás artesanos, ha expuesto la máquina visible de este mundo ante los ojos del hombre para que la contemple. Es el único ser capaz de admiración. Por eso, ama más al observador curioso y atento y al admirador de su obra, que al que desprecia, estúpido e impasible como animal bruto, espectáculo tan admirable y tan grande[76].

Contemplación de la naturaleza

No ha de extrañar, por tanto, que el talante de los utopianos, tan favorecido por el estudio de las ciencias, les haga aptos para los inventos de aquellas artes que hacen más agra-

75. Fácilmente descubrimos aquí los autores clásicos que alimentaban el pensamiento de Moro. De entrada manifiesta su preferencia por los griegos sobre los latinos. Cinco clases de autores llaman su atención: los filósofos, los historiadores, los poetas y dramaturgos, los médicos y los gramáticos. Sin olvidar a su autor preferido, Luciano.

76. Otro de los pensamientos favoritos de Moro. La naturaleza está abierta a la trascendencia. No está cerrada ni estanca. Su sola contemplación, limpia y sencilla, lleva a descubrir a su autor, Dios. Es, por otra parte, un pensamiento común a la cultura antigua: todo hombre es capaz de trascenderse a sí mismo y encontrar a Dios.

dable la vida. Nos deben, sin embargo, estos dos inventos: la imprenta y la fabricación del papel[77]. Aunque, si somos sinceros, no se deben exclusivamente a nosotros, ya que el mérito es en buena parte de ellos. Al mostrarles los caracteres impresos de Aldo, y al hablarles de la materia empleada para fabricar el papel y del procedimiento para imprimir –ninguno de nosotros era especialista en estas dos técnicas, limitándonos, por tanto, a indicar más que a explicar–, enseguida captaron dónde estaba el secreto. Anteriormente sólo escribían en pieles, cortezas y hojas de papiro. Enseguida se pusieron a fabricar papel y a imprimir letras. Al principio no consiguieron resultados demasiado buenos. Pronto, sin embargo, tras repetidos ensayos lograron perfeccionar ambas técnicas. Lograron tal perfección que, de haber tenido a mano todos los manuscritos griegos, no hubieran faltado libros. Hasta el presente sólo tienen los que he mencionado, pero los han multiplicado, ya impresos, por miles de ejemplares.

Quien llega a visitar la isla es bien recibido, si va acompañado de un don o talento especial. O si los largos viajes le han hecho conocedor consumado de tierras y de hombres. Por eso fuimos tan bien recibidos nosotros. Les encanta escuchar lo que pasa en el mundo.

Por lo demás, el comercio no arrastra mucha gente a la isla. ¿Qué podrían traer a Utopía sino hierro? ¿Acaso oro y plata, que tendrían que volver a sacar con ellos? Todo bien pensado, creen que es mejor asegurar la exportación que

77. La *imprenta.* Juntamente con la brújula, la imprenta fue un factor decisivo en el avance cultural del Renacimiento. Moro está atento a incorporar a su obra los adelantos de la técnica y de la ciencia. Este aspecto aparece más claro todavía en las otras dos utopías del Renacimiento, donde la cultura pasa a primer plano. Véase, por ejemplo, *La Ciudad del Sol,* de Campanella, y la *Nueva Atlantis,* de F. Bacon *(Utopías del Renacimiento,* FCE, México, 1980).

confiarla a otros. Con ello consiguen dos objetivos: informarse de las costumbres de las naciones vecinas, y no olvidar el contacto y la experiencia del mar.

Los esclavos[78]

Sentido admirable de la equidad en este pueblo

No consideran esclavos a los prisioneros de guerra, a no ser que ellos mismos la hayan declarado. Tampoco a los hijos de los esclavos. Ni a aquellos que, viviendo en la esclavitud en un país extranjero, pudieran comprar[79].

Son esclavos los ciudadanos de Utopía convictos de un gran crimen. Y más frecuentemente, los ciudadanos extranjeros convictos

78. Como en otros capítulos, el título de éste no corresponde al contenido. Desde un punto de vista humorístico –que tanto gusta a Moro– además de los esclavos son objeto de estudio los enfermos, los casados, los bufones, los deformes y lisiados, las mujeres que se maquillan, etc. De todo esto se trata en este capítulo.

79. Choca el que en una sociedad democrática y libre haya esclavos. De repente nos parece estar en una sociedad superada. Conviene, no obstante, hacer algunas precisiones y ver qué tipo de esclavitud se practica en Utopía.

Toda la dificultad reside para nosotros en la palabra «servus» del original. A lo largo de la obra Moro emplea el término *servus* y *famulus*. Estas palabras admiten varias versiones según las actividades o funciones a ellas asignadas.

Tenemos en primer lugar los *fámuli* o criados domésticos que realizan labores prohibidas al resto de los ciudadanos. Y los *siervos de la gleba* vinculados establemente a una explotación agrícola.

En el sentido más radical serían esclavos –de ellos se habla en el presente capítulo–: 1) los enemigos hechos prisioneros en una guerra justa; 2) los utopianos condenados a esclavitud por sus crímenes; 3) ciudadanos extranjeros convictos de crímenes en su país y que han caído en manos de los utopianos; 4) los obreros extranjeros que han conseguido vivir en Utopía.

de crimen y condenados a muerte. Esta categoría de esclavos es muy frecuente. Los traen en gran número, a veces adquiridos a un precio vil, y más frecuentemente, por nada. Están sometidos a trabajos forzados y llevan cadenas. Tratan a sus conciudadanos con más rigor que a los extranjeros. Los consideran como casos tanto más lamentables y más dignos de castigo, cuanto que recibieron una educación moral más esmerada, no habiendo sido capaces de resistir al crimen.

Existe otra categoría de esclavos: la de los trabajadores pobres de países vecinos, que vienen a ofrecer voluntariamente sus servicios. Se les trata con toda humanidad; sólo que se les hace trabajar un poco más debido a su mayor hábito de trabajo. Por lo demás, tienen la misma consideración de ciudadanos. Si alguien quiere marchar –cosa que sucede raras veces– no se le retiene contra su voluntad, ni le despiden con las manos vacías.

Los enfermos

Ya dije que se esmeran en la atención a los enfermos. No escatiman nada que pueda contribuir a su curación, trátese de medicinas o de alimentos. Consuelan a los enfermos incurables, visitándolos con frecuencia, charlando con ellos, prestándoles, en fin, toda clase de cuidados. Pero cuando a estos males incurables se añaden sufrimientos atroces, entonces los magistrados y los sacerdotes se presentan al paciente para exhortarle. Tratan de hacerle ver que está ya privado de los bienes y funciones vitales; que está sobreviviendo a su propia muerte; que es una carga para sí mismo y para los demás. Es inútil, por tanto, obstinarse en dejarse devorar por más tiempo por el mal y la infección que le corroen. Y puesto que la vida es un puro tormento, no debe dudar en aceptar la muerte. Armado de esperanza debe abandonar esta vida cruel como se huye de una prisión o del suplicio. Que no dude, en fin, liberarse a sí mismo, o permitir que le liberen otros. Será una muestra de sabiduría seguir estos consejos,

Muerte voluntaria (eutanasia)

ya que la muerte no le apartará de las dulzuras de la vida, sino del suplicio. Siguiendo los consejos de los sacerdotes, como intérpretes de la divinidad, incluso realizan una obra piadosa y santa.

Los que se dejan convencer ponen fin a sus días, dejando de comer. O se les da un soporífero, muriendo sin darse cuenta de ello. Pero no eliminan a nadie contra su voluntad, ni por ello le privan de los cuidados que les venían dispensando. Este tipo de eutanasia se considera como una muerte honorable[80].

Pero el que se quita la vida, por motivos no aprobados por los sacerdotes y el Senado, no es juzgado digno de ser inhumado o incinerado. Se le arroja ignominiosamente a una ciénaga.

La mujer no se casa antes de los dieciocho años. El varón no antes de los veintidós. Tanto el hombre como la mujer convictos de haberse entregado antes del matrimonio a amores furtivos son severamente amonestados y castigados. Y a ambos se les prohíbe formalmente el matrimonio, a menos que el príncipe les perdone la falta. Incurren en gran infamia el padre y la madre de familia en cuya casa se comete el delito, por haber descuidado su obligación de velar por sus hijos. Castigan tan severamente este desliz previendo lo

Los lazos conyugales

80. Moro, basado en la doctrina estoica, defiende aquí la *eutanasia* frente al sentir común del pensamiento cristiano de su tiempo. La fundamenta en estas razones: 1) Las circunstancias –enfermedad intolerable, incurable– que quiten sentido a la vida misma. 2) Respeto a la persona: libertad, responsabilidad moral, discernimiento en la decisión. 3) Refrendo social por parte de los magistrados. 4) Refrendo o sanción religiosa, dada por los sacerdotes, intérpretes de la divinidad (véase Prévost, o. c., pág. 699 ss.).

Nótese la sensibilidad de Moro que en todo momento distingue la eutanasia –considerada como «muerte honorable»– del simple suicidio por motivos distintos a los mencionados arriba.

que sucedería si se tolera impunemente un concubinato efímero y pasajero. Nadie estaría dispuesto a dejarse prender por los lazos del amor conyugal, en el que hay que compartir la vida entera con una sola persona, soportando además los inconvenientes que esto trae consigo.

La modestia sufre sus riesgos, pero no sin precauciones

Por lo demás, los utopianos toman en serio la elección del cónyuge, si bien a nosotros nos pareció su rito ridículo y absurdo. Una dama honorable y honesta muestra al pretendiente a su prometida completamente desnuda, sea virgen o viuda. A su vez, un varón probo exhibe ante la novia al joven desnudo.

Quedamos sorprendidos ante esta costumbre, sin poder contener la risa. La rechazamos como ridícula y descabellada. Ellos, sin inmutarse, hicieron ver su admiración ante la colosal tontería de los demás países. Tomáis infinitas precauciones –nos respondieron– a la hora de comprar un potrillo, asunto en verdad de poca monta. Os negáis a comprarlo, aunque está casi en pelo, si antes no se le quita la silla y todos sus arreos, por miedo a que bajo todo esto haya alguna matadura. Y cuando se trata de elegir una mujer, elección que va a hacer las delicias o el asco para toda la vida, obráis con negligencia. Dejáis el cuerpo cubierto con sus vestidos. Y juzgáis a la mujer entera por una parte de su persona, tan grande como la palma de la mano. En efecto, sólo su cara está descubierta y la lleváis con vosotros no sin riesgo de encontrar un defecto oculto hasta entonces, que os impide congeniar con ella[81].

No todos, en efecto, son tan discretos que valoren únicamente las cualidades morales. En el mismo matrimonio de

81. Recuerda este pasaje la práctica de griegos y latinos de resolver las exigencias de la higiene y del conocimiento mutuo mediante la promiscuidad y el desnudo en la práctica del deporte. En Utopía se hace con discreción sin ofender al pudor en la forma indicada.

las personas discretas, la belleza física añade a las cualidades morales un encanto no despreciable. En realidad, detrás del ropaje exterior puede ocultarse una deformidad tan repugnante que aleje para siempre la inclinación del marido hacia su mujer, cuando ya no le es lícito separarse de ella en cuanto al cuerpo. Caso de que esta deformidad aparezca después de contraído el matrimonio que cada cual cargue con su suerte. Pero las leyes deben impedir que, antes del matrimonio, nadie caiga en estas trampas.

El divorcio

Este problema fue estudiado cuidadosamente por los utopianos, ya que sólo ellos entre todas aquellas regiones se contentan con una sola mujer. Entre ellos, el vínculo conyugal apenas se rompe más que por la muerte, salvo en casos de adulterio o de costumbres absolutamente insoportables. En estos dos casos, el Senado da permiso a la parte ofendida para volverse a casar. El otro es condenado a vivir en la infamia y en el celibato a perpetuidad.

Por lo demás, no está permitido bajo ningún pretexto repudiar contra su voluntad a una mujer honesta, sólo porque se ha ajado su belleza. Es, a su juicio, una crueldad monstruosa abandonar a la esposa cuando más lo necesita. Y es también quitar a la vejez toda esperanza y toda la confianza en la fe jurada. ¿No es acaso la vejez causa de la enfermedad o incluso una enfermedad?

Sucede a veces que el talante de los esposos es totalmente incompatible. En tales casos, separados de común acuerdo, contraen nuevo matrimonio, si ambos encuentran con quien vivir más a gusto. Pero, no sin la autorización de los miembros del Senado, los cuales no conceden el divorcio sin que el caso haya sido examinado antes por ellos mismos y sus mujeres. No es, con todo, cosa fácil. Saben, en efecto, que la esperanza de contraer nuevas nupcias es el remedio menos útil para afianzar el amor entre los esposos.

El adulterio es castigado con la más dura esclavitud. Si ninguno de los cómplices era soltero, los esposos ofendidos, pueden, si quieren, repudiar al cónyuge adúltero y contraer matrimonio entre sí. O, si prefieren, con otra persona de su elección. En cualquier caso, si alguno de los ofendidos sigue queriendo al que tan mal le correspondió, nadie le impide seguir fiel a su matrimonio, con tal de seguir la suerte del culpable condenado a trabajos forzados. El arrepentimiento del uno y la entrega del otro llegan a veces a mover el corazón del príncipe, que da a los dos la libertad. El reincidente en el adulterio es castigado con la muerte[82].

Las penas a discreción de los jueces

Las penas de los demás crímenes no están fijadas de una manera taxativa por la ley. El Senado determina las penas conforme a la mayor o menor gravedad de los crímenes.

Los maridos castigan a las mujeres; los padres a los hijos, a menos que la gravedad del delito exija un escarmiento público. Pero casi todos los delitos son castigados con la esclavitud. Están convencidos de que ésta no es menos terrible que la pena capital. Y es más ventajosa al Estado que hacer desaparecer inmediatamente a los malhechores. Porque un hombre que trabaja es más útil que un cadáver. Por otra parte, el ejemplo de su castigo inspira durante mucho tiempo en los demás un temor saludable[83].

82. La unión estable de un hombre y una mujer es de ley natural. Tal es el pensamiento y la práctica en Utopía. La norma no es invalidada por las excepciones de un divorcio que se concede con dificultad y en estas condiciones: 1) por adulterio de una parte; 2) por «costumbres insoportables en uno de los cónyuges»; 3) por incompatibilidad de caracteres y de mutuo acuerdo.

Véase en los párrafos siguientes los castigos inferidos a los adúlteros. Se trata con ello de preservar la salud de la sociedad utopiana basada en la unidad de la pareja.

83. Vuelve Moro a la idea que expuso en el Libro I (ver *Utopía*, pág. 85) sobre la pena de muerte. Tres son las razones que desaconsejan la pena

Sólo cuando tales esclavos se rebelan y son recalcitrantes, se les mata como a bestias salvajes e indómitas que ni la prisión ni las cadenas pueden ya sujetar. A los que aguantan, sin embargo, no se les hace perder la esperanza. Si tras haber sido doblegados por larga condena, dan pruebas de arrepentimiento, que demuestre que detestan más el pecado que la pena, se les suaviza la esclavitud o se les libera, unas veces por gracia del príncipe y otras por sufragio del pueblo.

Penas por solicitación de estupro

Toda solicitación al estupro está sujeta a las mismas penas que el estupro mismo. En todo crimen consideran como realizado la misma tentativa del hecho. Los obstáculos que impiden la ejecución de un mal deseo, no justifican a quien lo ha concebido, ya que, de haber podido, hubiera cometido el mal.

Placer que procuran los bufones

Los bufones hacen las delicias de los utopianos. Consideran una bajeza humillarlos, pero no impiden regocijarse con sus gracias y sus tonterías. En interés de los mismos bufones piensan que no han de ser entregados a la custodia de esos hombres tristes y severos a quienes no hacen reír ni las palabras ni los gestos más cómicos. Temen que personas tan serias no los traten con consideración, ni se ocupen de un pobre loco, que no le servirá de nada, ni siquiera para hacerle reír, único don que le ha concedido la naturaleza[84].

de muerte: 1) es una pena excesiva, la vida no se compensa con nada; 2) es peligrosa, pues hace que el malhechor trate de cometer su crimen saliendo inmune de culpa; 3) es inútil ya que no reporta ningún beneficio al país. Éste es precisamente el argumento que esgrime en este párrafo.

84. No deja de ser chocante este cuidado de Moro por los bufones. Sabemos que tenía uno en su casa. La persona del bufón corre el riesgo de no tomarse en cuenta y ser despreciada. Sin embargo, tiene la doble misión de alegrarnos con sus insensateces y locuras y de decirnos la verdad. Los bufones serían los verdaderos «morosofos» necesarios en la sociedad.

Es igualmente vergonzoso insultar a los deformes y mutilados. Quien se mofa de estos desgraciados está reputado como un degenerado moral, ya que reprocha en ellos como vicio los defectos corporales que no estuvo en su mano evitar.

Belleza disfrazada

Descuidar la belleza natural es considerado como dejadez y pereza. Se considera igualmente como afectación condenable el recurrir a los afeites y maquillaje. La misma experiencia demuestra hasta qué punto ninguna belleza de la mujer le recomienda tanto al marido como su entrega y limpieza de costumbres. Son muchos los que se dejan seducir por su hermosura, pero no hay nadie a quien no rinda su virtud y dedicación.

Las recompensas deben invitar también a los ciudadanos a cumplir con su deber

Los utopianos no se contentan con alejar el crimen por medio de leyes penales. Estimulan a la virtud con honores y recompensas. A esto se debe, sin duda, la erección de estatuas de hombres célebres y beneméritos de la patria en las plazas públicas. Así se perpetúa la memoria de sus gestos, y la gloria de los antepasados es un constante acicate e incitación para sus descendientes.

Condenación de la intriga

Quien acude a la intriga y al soborno para conseguir una magistratura, pierde toda esperanza de obtenerla para el resto de su vida.

Honores tributados a los magistrados

La convivencia social es amable. Ningún magistrado, por ejemplo, es insolente o terrible. Se les llama padres y demuestran serlo. Reciben muestras de deferencia y honor de una forma espontánea y libre. Nadie es obligado a rendir tales honores si no quiere. Ni el mismo príncipe se distingue de la masa por el vestido o la diadema sino por un manojo de espigas que lleva consigo. De la mis-

La dignidad del príncipe

ma manera, el distintivo del pontífice es un cirio que le precede[85].

Leyes poco numerosas

Tienen muy pocas leyes, pero, para un pueblo tan bien organizado, son suficientes muy pocas. Lo que censuran precisamente en los demás pueblos es que no les basta la infinita cantidad de volúmenes de leyes y de intérpretes. Consideran inicuo obligar a hombres por leyes tan numerosas para que puedan leerlas o tan oscuras para que puedan entenderlas.

Los abogados, chusma inútil

En consecuencia, quedan excluidos todos los abogados en Utopía, esos picapleitos de profesión, que llevan con habilidad las causas e interpretan sutilmente las leyes. Piensan, en efecto, que cada uno debe llevar su causa al juez y que ha de exponerle lo que contaría a su abogado. De esta manera, habrá menos complicaciones y aparecerá la verdad más claramente, ya que el que la expone no ha aprendido de su abogado el arte de camuflarla. Mientras tanto, el juez sopesará competentemente el asunto y dará la razón al pueblo sencillo frente a las calumnias de los pendencieros. Tales prácticas serían difíciles de observar en otros países, dado el cúmulo inverosímil de leyes tan complicadas. Por lo demás, todos allí son expertos en leyes, pues, como dije más arriba, las leyes son escasas, y además, cuanto más sencilla y llana es su interpretación, más justa se la considera. Piensan, en efecto, que la finalidad de la promulgación de una ley es que todos conozcan su deber. Ahora bien, ¿no serán pocos los que conozcan su deber, si la interpretación de la ley es demasiado sutil? Raras son, en efecto,

85. El manojo de espigas es símbolo de la vida agrícola y de un pueblo agrícola como Utopía. Moro se vio en sueños rey de Utopía llevando un manojo y una corona de espigas. El cirio, por su parte, era el símbolo de la autoridad de los magistrados romanos. Pasó al cristianismo como símbolo de la autoridad del Pontífice.

las personas que pueden captar su sentido. Por el contrario, si el sentido es el más llano y el más común, ¿no estará clara la ley para todos?[86].

De no ser así, ¿qué importa a la masa, la clase más numerosa y más necesitada de dirección, que haya leyes o no? ¿Qué le importa, si una vez promulgadas, las leyes son tan embrolladas que para llegar a su verdadero sentido hace falta un talento superior y una larga discusión? El juicio del vulgo no penetra en tales honduras. Ni basta para ello una vida ocupada en ganar el pan de cada día.

Precisamente, la admiración de estas cualidades hace que algunos países vecinos, libres y soberanos, les pidan magistrados para uno o para cinco años. (Es de saber, que muchos de estos pueblos fueron liberados de la tiranía hace ya mucho tiempo por los utopianos.) Cuando termina su mandato los devuelven cubiertos de honores y de gloria, y se llevan a su patria otros nuevos. Y hay que reconocer que los pueblos que así obran, cuidan de manera extraordinaria del bienestar de su Estado. ¿No depende acaso su salvación o su ruina de la honestidad de los magistrados? ¿Pueden hacer tales pueblos algo mejor que elegir a unos hombres que no se venderían por dinero alguno? El dinero sería inútil a hombres que deben volver a su patria en breve plazo. ¿Puede doblegar también a estos hombres la aversión o la inclinación hacia alguien siendo como son desconocidos de los ciudadanos?

Cuando estos dos males, la parcialidad y la avaricia, se apoderan de los tribunales, desintegran al instante toda justicia, el nervio más fuerte de todo Estado. Los pueblos que solicitan de los utopianos hombres de gobierno son tenidos

86. El tema del exceso de leyes, de su oscuridad y el de la venalidad de los abogados en su interpretación aparece en el Libro I. La arbitrariedad de los abogados de la distopía hace que éstos no sean necesarios en la Utopía. Cada ciudadano puede defender su causa: 1) porque son pocas las leyes; 2) porque son fáciles de entender.

como «pueblos asociados». A aquellos a quienes favorecieron con su ayuda los llaman amigos.

Los tratados

No firman con ninguna nación los pactos que otras naciones conciertan entre sí, rompen o renuevan. ¿Para qué?, dicen. ¿Es que la naturaleza no ha unido lo suficiente al hombre con el hombre? Si alguien desprecia la naturaleza, ¿crees que le podrán contener las palabras? Lo que les ha llevado a esta conclusión ha sido el observar en estas tierras lejanas la poca buena fe con que los príncipes se disponen a observar los pactos y tratados.

Vemos, en efecto, que en Europa, sobre todo en las partes en que reina la fe y la religión de Cristo, la majestad de los tratados es tenida como santa e inviolable. Este respeto a la palabra dada se debe, en parte, a la justicia y bondad de los príncipes. Y en parte también a miedo y reverencia a los Sumos Pontífices. Éstos son los primeros en no prometer nada que no hayan de cumplir escrupulosamente. Y por eso mismo ordenan a los demás que cumplan a toda costa lo que han prometido. Y obligan a obedecer a los renuentes con censuras y severidad pastoral. Estiman con toda razón que nada hay tan vergonzoso como la falta de fidelidad en los pactos por parte de aquellos que, con título muy particular, llevan el nombre de fieles[87].

Y ¿qué sucede en aquel nuevo mundo casi tan separado del nuestro por la vida y las costumbres de sus habitantes como por el círculo del ecuador? Allí no hay confianza alguna en los pactos. Cuanto más pomposas y santas son las cere-

87. Es imposible no ver aquí la circunstancia histórica que vive Moro. Ni el Papa –convertido en príncipe secular– ni los reyes europeos que se dicen a sí mismos cristianos respetan los pactos. De nada sirve apelar a razones de tipo religioso si los pactos son rotos por cualquier motivo. Ésta es la razón de por qué en Utopía no se hacen pactos: porque nadie cree en ellos. La comunidad de naturaleza hace las veces de tratado.

monias con que se cierran, más pronto se rompen. No es difícil esquivar la terminología empleada en ellos. Están redactados con tal sagacidad, que por apretados que estén los lazos de los compromisos siempre hay manera de escapar de alguno de ellos y de eludir de un mismo golpe las obligaciones del tratado y de la palabra dada. Si en los contratos particulares se descubrieran astucias, fraudes y manejos deshonestos de este jaez, esos mismos que se glorían de aconsejar tales artimañas a los príncipes fruncirían el ceño y los calificarían de crimen sacrílego merecedor de la horca.

Según esto, ¿no os parece que la justicia es como una virtud plebeya y de a pie que se sienta bajo el trono real? ¿O es que hay dos justicias? Una pedestre y a ras del suelo, a medida del pueblo, sin que jamás pueda transgredir los límites que se le han impuesto, encadenada como está por toda suerte de restricciones. Y otra, la justicia de los príncipes, mucho más excelsa y liberal que la del pueblo, para la que todo es lícito, si no es lo que no agrada.

Como ya dije, estas costumbres de los príncipes de aquellas naciones y su notoria mala fe para respetar los tratados, explican, a mi juicio, el que los utopianos no quieran formalizar pactos. Quizás cambiarían de parecer si vivieran aquí.

Lamentan que se haya generalizado la costumbre de ratificar un tratado con un juramento religioso, aunque les parezca que así se cumplen mejor. ¡Como si dos pueblos separados tan sólo por una colina o un riachuelo no estuvieran unidos por lazos sociales basados en la misma naturaleza! Tal costumbre hace creer a los hombres que han nacido para ser adversarios o enemigos, y que deben luchar por eliminarse, si no media un pacto. Hay más: la firma de los pactos no favorece la amistad. Queda en pie la facultad del saqueo. Nada hay, en efecto, en los contratos que lo impida, dada la imprevisión con que fueron redactados.

Nadie, según ellos, ha de considerarse como enemigo, si no ha hecho mal alguno. La comunidad de naturaleza hace

las veces de tratado. Y los hombres están más firme y fuertemente unidos por la benevolencia que por los tratados, por el corazón que por las palabras.

El arte de la guerra[88]

Abominan la guerra con todo corazón. La consideran bestial, aunque ninguna bestia recurre a ella con tanta frecuencia como el hombre. Contrariamente a lo que sucede en la mayor parte de las naciones, creen que nada hay menos glorioso que la gloria conquistada en la guerra.

Ello no impide que, en días señalados, tanto hombres como mujeres, se ejerciten en el adiestramiento para la guerra, con el fin de estar preparados para la lucha, si fuere necesario. Pero no van a la guerra sin graves motivos, tales como: defender sus fronteras, expulsar de los territorios amigos a los invasores, liberar del yugo y esclavitud de un

88. El tema de la guerra –muy relacionado con los pactos, la pena de muerte, los esclavos, la política expansionista de los reyes– ha sido tratado en diversos momentos por Moro. El pensamiento moreano respecto a este tema no es tan claro, por no calificarlo de contradictorio. De entrada se condena la guerra como algo bestial. Es el acto más degradante de la humanidad.

A continuación se dan las causas de una guerra justa: a) defender las propias fronteras; b) expulsar a los enemigos invasores; c) para derrocar a un dictador; d) por reparación de injurias y agravios y vejaciones tanto de los propios agentes en el extranjero como los de los propios amigos.

Por otra parte, en las afirmaciones que siguen, parece insinuarse la idea de que la guerra es inevitable y que, por tanto, hay que prepararse para ella. Así vemos a todo un pueblo adiestrándose para una posible guerra tanto ofensiva como defensiva.

El pensamiento de Moro resulta desconcertante cuando habla más adelante de la guerra represiva, de los espías, sobornos, etc., para ganar la guerra. El tema no puede ser más actual.

dictador a algún pueblo oprimido por la tiranía. En este último caso siempre lo hacen por razones humanitarias.

Si prestan ayuda a los pueblos amigos, no siempre lo hacen para que puedan repeler una agresión, sino también para vengar y reparar una injuria. No llegan a una declaración de guerra, si previamente no han sido consultados, si no examinan a fondo la justicia de la causa, y si, tras exigir reparaciones, se les han denegado. Y, finalmente, si no llevan la iniciativa y la dirección de la misma. A esta decisión llegan cuantas veces los enemigos arramblan con un cuantioso botín. Y más enfurecidos todavía, cuando sus agentes, a causa de leyes injustas o por una interpretación pérfida de las justas, han sido objeto de vejaciones y de falsas acusaciones en el extranjero.

No otro fue el origen de la guerra que, poco antes de llegar nosotros, mantuvieron los utopianos contra los alaopolitas en favor de los nefelogetas[89]. Se trataba de una injuria –así al menos les pareció a ellos–, injuria con visos de legalidad a los mercaderes de los nefelogetas en territorio de los alaopolitas. Fuera injuria, fuera derecho, lo cierto es que fue vengada con una guerra atroz. Al odio y a la fuerza de las dos partes contendientes, se juntaron las pasiones y los refuerzos de los países vecinos. Fueron arrasados pueblos muy florecientes, otros duramente castigados. Y no cesaron los males hasta que los alaopolitas fueron totalmente derrotados y reducidos a servidumbre. De este modo, fueron sometidos a los nefelogetas –los utopianos no hacían su propia guerra–, pueblo que, cuando los alaopolitas nadaban en la prosperidad, no se podía comparar con ellos.

Los utopianos castigan con el mismo rigor las injurias a sus amigos, incluso cuando se trata de dinero. No así cuando

89. *Nefelogetas. Alaopolitas.* Nuevo juego de palabras tomadas del griego. Los dos pueblos contendientes serían 'los hijos de las nubes' *(nefeles-genetes)* y los 'ciudadanos de una ciudad o pueblo deshabitado' *(a-laos-polites)*.

entran en juego sus propios intereses. Si por medio de maniobras fraudulentas son despojados de sus bienes –sin que, por otra parte, se infiera violencia a las personas–, su venganza se reduce a una interrupción de las relaciones comerciales, hasta conseguir la reparación, con la nación culpable. Y no es que los intereses de sus conciudadanos les preocupen menos que los de sus asociados, más bien sufren con peor ánimo el que les roben a los otros que a ellos mismos. Al fin y al cabo, si la pérdida afecta a sus conciudadanos, se trata de bienes públicos, que hay abundancia en la isla, o si se quiere excedentes, únicos autorizados para la exportación. Nadie, por tanto, siente la merma. En cambio, los comerciantes de los pueblos amigos pierden su fortuna y sufren un gran perjuicio. Piensan lógicamente que sería demasiado cruel vengar con la muerte de muchos hombres un daño que no puede afectar ni a la vida ni al bienestar de sus conciudadanos.

Por lo demás, si un ciudadano de Utopía es maltratado o muerto injustamente, sea por decisión pública o por iniciativa particular, envían una misión diplomática a verificar los hechos. Exigen que les sean entregados los culpables, y, caso de no ser entregados, se niegan a cualquier pacto, declarando inmediatamente la guerra. Castigan con la muerte o con la esclavitud a los culpables que les fueron entregados.

Una victoria pagada bien cara

Lamentan y se avergüenzan de una victoria ganada con sangre, ya que juzgan absurdo comprar una mercancía, por valiosa que sea, a precio tan excesivo. Para ellos, el mayor timbre de gloria es vencer al enemigo con habilidad y engaño [90].

90. En estas páginas parece esconderse todo el equívoco maquiavélico de Moro sobre la guerra. La teoría del mal menor y la de que todos los medios inteligentes son válidos –pues es mejor que muera uno o unos pocos que muchos– hace de Moro uno de los seguidores de las teorías de Maquiavelo y uno de los iniciadores de la subversión y del es-

Celebran este triunfo con festejos públicos, erigiendo un trofeo como si se tratara de un acto heroico. Sólo se glorían de haber obrado viril y esforzadamente cuando han vencido por la sola fuerza del ingenio, cosa esta que hace el hombre y no el animal. Con las fuerzas del cuerpo, dicen, combaten los osos, los leones, los jabalíes, los lobos, los perros y demás bestias; la mayor parte de ellas nos superan en fuerza y fiereza, pero todas son superadas por el ingenio y la razón.

Una sola cosa tienen en vista con la guerra: conseguir lo que les hubiera impedido declararla, si sus reclamaciones hubieran sido atendidas. Cuando esto no ha sido posible, su venganza se cierne implacable sobre aquellos que consideran culpables. Así el terror los apartará de cometer semejantes desmanes en el futuro. Tales son los fines que persiguen y que tratan de conseguir con rapidez.

De todos modos, en ellos la preocupación de evitar el peligro está por encima de la gloria o de la fama. En consecuencia, apenas declarada la guerra, hacen fijar secreta, simultánea y debidamente autenticados con su sello oficial, multitud de bandos en los lugares más visibles del territorio enemigo. En éstos se prometen sustanciosas recompensas a quien quitare la vida al príncipe enemigo. Asimismo otras recompensas menores, pero estimulantes, para las cabezas de ciertas personas cuyos nombres están escritos en estos mismos bandos. De este modo, los utopianos se desentienden de aquellos a quienes junto con el príncipe consideran los artífices de las decisiones hostiles contra ellos.

La cantidad prometida al criminal a sueldo se dobla para quien entregue vivo a alguno de los proscritos. Estos mis-

pionaje modernos. La mentira, la traición, el soborno, la guerra psicológica son los recursos de Estado para cohonestar la guerra.

Adviértase que *El Príncipe* de Machiavello no fue publicado hasta 1535. No pudo ser leído por Moro cuando redactó *Utopía*. Lo que indica que estas ideas eran propias de la época.

mos son invitados a traicionar a los de su propio bando, ofreciéndoles recompensas similares y, además, la seguridad de la impunidad. Estas medidas tienen un efecto inmediato: hacer que los jefes enemigos comiencen a sospechar de todos. Desde este momento han perdido la confianza en los demás y ellos mismos han dejado de inspirarla. Todos viven bajo el terror, y la amenaza de los peligros no es menos real. Los hechos demuestran a este respecto que muchos jefes e incluso el mismo príncipe fueron traicionados por aquellos en quienes mayor confianza habían depositado. ¡Tanta fuerza tiene el dinero para llevar al crimen! Los utopianos lo saben bien, y por eso no lo escatiman. Pero conscientes de la importancia del riesgo a que exponen, compensan la magnitud del peligro con la suntuosidad de los beneficios. Por eso prometen a los traidores –y lo cumplen escrupulosamente– no sólo una inmensa cantidad de oro, sino también pingües fincas, ubicadas en zonas segurísimas pertenecientes a sus amigos.

Esta costumbre de apostar y poner precio a la cabeza del enemigo es considerada por otros como un crimen y fechoría, propios de espíritus degenerados. Los utopianos, por el contrario, la consideran fruto de una sabiduría superior, pues permite liquidar las guerras más grandes sin combate. La consideran como una obra de humanidad y de misericordia, ya que con la muerte de unos pocos culpables, rescatan numerosas vidas de inocentes tanto de los suyos como de los enemigos, que habían de caer en la lucha. Pues se compadecen casi tanto de los simples soldados como de sus propios conciudadanos. Saben que el soldado no hace por sí mismo la guerra, sino que ha sido arrastrado a ella por la vesania furiosa del príncipe.

Si por este camino las cosas van bien, siembran y fomentan la división y la discordia, haciendo abrigar al hermano del príncipe o a cualquier otro personaje importante la esperanza del trono. Cuando las facciones internas parecen lan-

guidecer, entonces incitan a las naciones vecinas del país enemigo y le empujan a la lucha, pretextando cualquiera de esos viejos títulos, que tienen siempre a mano los reyes. Con la promesa de ayuda para la guerra, les envían montones de dinero. Pero no comprometen el envío de conciudadanos, ya que se quieren tanto y se tienen tan alta estima que no cambiarían a nadie de los suyos por el príncipe enemigo. Por el contrario, dan a manos llenas el oro y la plata que acumulan para este único fin. Nadie, en efecto, tendría que dejar su tren de vida aunque gastaran todo el oro. Aparte de que, además de la riqueza interna del país, poseen, como creo haber dicho ya, un tesoro inagotable constituido por las sumas de dinero que les adeudan muchas naciones extranjeras. Con él reclutan para la guerra a mercenarios de todas partes, y sobre todo, de los zapoletas[91].

Los zapoletas son un pueblo situado a unas quinientas millas al este de Utopía. Un pueblo bárbaro, feroz y salvaje que prefiere las selvas y las rocas donde se ha criado. Es gente dura que aguanta pacientemente el calor, el frío y el trabajo. Esta raza endurecida desconoce el refinamiento de la vida y no presta atención alguna a la agricultura, al confort de la vivienda ni del buen vestir. Sólo se cuidan de la crianza del ganado, y gran parte vive de la caza y de la rapiña.

Nacidos sólo para la guerra, están siempre al acecho de la misma. Si se les presenta la ocasión de hacerla, no la dejan escapar. Dejan en desbandada sus montañas y venden sus servicios a vil precio al primero que recluta soldados. No han conocido más que un arte de vivir: dar muerte. Pero se baten encarnecidamente y con una fidelidad insobornable al servicio de los que les pagan. Nunca, sin embargo, se ajustan por un período determinado. Aceptan el contrato bajo la

91. *Zapoletas.* Término acuñado por Moro y tomado del dialecto eólico. Significa 'traficante' *(zapoletes).* Serían los que trafican con todo hasta con la vida y la palabra dada.

condición de pasarse al día siguiente al enemigo si éste les ofrece un sueldo mayor, sin perjuicio de volver a enrolarse pasado mañana si son invitados a ello con un ligero aumento de sueldo.

Rara es la guerra en la que no se encuentre una buena parte de ellos en los dos ejércitos contendientes. Sucede a diario que hombres unidos por lazos de sangre y que, mientras estaban en el mismo bando eran amigos íntimos, alistados después en ejércitos contrarios se combaten encarnizadamente. Olvidan familia y amistad, y se matan mutuamente sin más motivo para esta carnicería que la despreciable suma de dinero que les llevó a enrolarse en ejércitos contrarios. Tan exacta cuenta llevan de esta suma que bastaría añadir un céntimo a la soldada para pasar al campo contrario. Esta pasión ha degenerado en avaricia, tan desenfrenada como inútil. Lo que los zapoletas ganan con la sangre lo gastan en libertinaje y en un despilfarro de la peor estofa.

Este pueblo lucha a favor de los utopianos contra cualquier enemigo, pues sabe que nadie le paga mejor. Por su parte, los utopianos que se sirven de los buenos para sus fines, llaman a estos individuos de la peor ralea cuando se trata de explotarlos. Cuando necesitan a los zapoletas, les atraen con bellas promesas para colocarlos después en los puestos más peligrosos. La mayor parte de ellos caen muertos, y, naturalmente, no vuelven ya a reclamar lo que se les había prometido. A los supervivientes se les da religiosamente el sueldo convenido a fin de incitarlos más a nuevas audacias. A los utopianos no les importa nada el que perezca un gran número de estos mercenarios. Están convencidos de que el género humano se lo habrá de agradecer, si con ello limpian al universo de esta hez de pueblo tan lóbrego y sanguinario.

Además de los zapoletas, los utopianos se sirven en tiempo de guerra de los soldados de aquellos estados en cuya defensa hacen la guerra. En tercer lugar, se sirven de las tropas

auxiliares de las demás naciones amigas. Y sólo en último lugar destacan a sus propios ciudadanos, de entre los que eligen un hombre valeroso poniéndolo al frente de todo el ejército. A las órdenes de éste colocan dos lugartenientes, sin mando alguno, mientras está sano y salvo. Si el general muere o cae prisionero, le sucede inmediatamente el primero de sus lugartenientes, como por derecho propio. A su vez, es reemplazado por el segundo, si las circunstancias lo exigen. Así se evita que la muerte del jefe –los lances de la guerra son sorprendentes– lleve a la derrota de todo el ejército.

El reclutamiento de los soldados en cada ciudad es libre y voluntario. Nadie es obligado a enrolarse contra su voluntad, a luchar en el extranjero. Y la razón es que un soldado forzoso no sólo no se comportará con valentía, sino que transmitirá a sus camaradas su propia cobardía. No obstante, si la guerra tiene lugar en el interior de la patria, lanzan a la lucha a este tipo de hombres miedosos, con tal que sean robustos. Se les mezcla en las naves con otros más esforzados o se les distribuye aquí y allá en las murallas de donde no puedan escaparse.

De este modo, el respeto humano ante los suyos, la posibilidad de caer en manos del enemigo y la imposibilidad de huir, terminan por sofocar el miedo. Y, con frecuencia, una situación tan peligrosa hace renacer el valor. Nadie, es cierto, es arrastrado a una guerra exterior en contra de su voluntad. Pero a las mujeres que quieran acompañar a sus maridos en la milicia no sólo no se lo prohíben, sino que las estimulan y alaban.

Durante el combate se coloca a las mujeres junto a sus maridos. Éstos, a su vez, van rodeados de sus hijos, parientes y consanguíneos. Con ello se pretende que se ayuden mutuamente aquellos a quienes la naturaleza empuja a socorrerse. Nada tan importante para una persona casada como volver a casa sin su pareja; ni para un hijo como entrar en casa habiendo perdido a sus progenitores. En tales condi-

ciones, si se lucha cuerpo a cuerpo, o si el enemigo ofrece una resistencia prolongada, la lucha es atroz y acaba en el exterminio.

Reconozcamos que si se sirven de todos los medios para no exponerse personalmente a la lucha, tratan al mismo tiempo de poner fin a la guerra utilizando los servicios de un ejército de mercenarios. Pero cuando es inevitable llegar a las manos, su intrepidez y valor no es menos que su prudencia hasta poder evitarlo. No despliegan, en efecto, todo su ardor en el primer choque. Su resistencia se va afirmando a medida que pasa el tiempo y la lucha se intensifica. Se obstinan tanto en el empeño que prefieren morir a retroceder. Lo que les inspira ese valor sublime y no dejarse vencer es la certeza de tener asegurada la vida en su patria sin experimentar inquietud alguna por el porvenir de su familia –cosa que siempre quebranta la moral de los más valientes.

Lo que aumenta también su intrepidez es su perfecto dominio de las técnicas militares. Y, por fin, la excelente educación que reciben en las escuelas y en las instituciones de la república desde la infancia. Desde niños aprendieron a no despreciar la vida, prodigándola temerariamente. Y también a no amarla tan desordenadamente que les lleve a agarrarse a ella avara y torpemente, cuando el honor invita a dejarla. En lo más fuerte de la refriega, un grupo de jóvenes escogidos, conjurados y llevados de un sentimiento patriótico, tienen como único objetivo al general enemigo. Unas veces lo atacan al descubierto, otras le tienden emboscadas. De cerca o de lejos, su único objetivo es eliminarle. En su ataque adoptan una alineación en forma de cuña alargada e ininterrumpida, cuyos elementos fatigados son reemplazados por otros de refresco. En estas condiciones, es raro que el general, de no buscar la salvación en la huida, no caiga muerto o prisionero en manos de sus enemigos.

Llegar al jefe por todos los medios para terminar la guerra lo antes posible

Si consiguen la victoria no se ensañan en la matanza de los vencidos. Prefieren capturar a los huidos antes que matarlos. Tampoco se lanzan en su persecución sin dejar alineado bajo sus banderas un cuerpo de reserva. Hasta tal punto observan este principio que, si la vanguardia hubiese sido aplastada y no hubiesen conseguido la victoria más que con la retaguardia, preferirían dejar escapar a todos los enemigos antes que correr detrás de ellos con unidades en desorden. Saben por experiencia que muchas veces, habiendo sido abatido el grueso de su ejército y puesto en fuga, sus enemigos ebrios por la victoria se lanzaron ciegamente en persecución de los vencidos que huían por todas partes. Entonces, un pequeño número de utopianos apostados como retén a la espera de una ocasión favorable, atacaron de improviso a los enemigos dispersos y desordenados, demasiado confiados en la supuesta seguridad de sus guardias. Este pequeño retén cambió la suerte del combate y arrebató a los vencedores una victoria que ya daban como cierta y segura. De vencidos habían pasado a vencedores.

No es fácil afirmar si los utopianos son más astutos en tramar emboscadas que cautos en sortearlas. Se diría que están preparando una fuga cuando no hay nada más lejos de su intención. Inversamente, cuando se deciden a huir, se diría que piensan lo contrario. Si la superioridad numérica del enemigo o la conformación del terreno es para ellos una amenaza, levantan el campamento por la noche en una maniobra silenciosa o valiéndose de cualquier otra estratagema. A veces también se retiran a pleno día, palmo a palmo y en tal orden que resulta no menos peligroso atacarlos cuando retroceden que cuando avanzan.

Ponen el mayor cuidado en la fortificación de sus campamentos por medio de amplios y profundos fosos lanzando la tierra excavada hacia el interior. Para este trabajo no emplean la mano de obra de los esclavos, sino de los mismos

soldados. Todo el ejército –a excepción de los centinelas que armados montan la guardia ante el foso, preparados para cualquier eventualidad– participa en esta operación. El refuerzo conjuntado de tantos trabajadores permite acabar con rapidez poderosas fortificaciones que cubren extensiones inmensas de terreno.

Las clases de armas

Sus armas defensivas son fuertes, capaces de resistir los golpes y tan adaptadas a los movimientos o a los gestos que permiten incluso nadar con ellas. La natación con armas es, en efecto, uno de los primeros ejercicios de la instrucción militar. Para el combate a distancia emplean las flechas que lanzan con gran fuerza y precisión tanto los soldados de a pie como los de caballería. Para cerca, en lugar de espadas echan mano de hachas mortales por su filo y por su peso, sea que hieran de lado o de punta.

Son muy ingeniosos para inventar máquinas de guerra que, una vez fabricadas, esconden cuidadosamente. Si las mostraran antes del momento oportuno, los ingenios serían a su juicio un juguete ridículo más que un instrumento eficaz. Lo que más se mira en su fabricación es la comodidad del transporte y su facilidad de manejo en todas las direcciones.

Las treguas

Los utopianos observan tan religiosamente las treguas estipuladas con el enemigo que no las violan ni en caso de provocación. No arrasan la tierra conquistada, ni queman las mieses. Cuidan incluso de que no sean holladas por soldados ni caballos, pues piensan que crecen para su propio provecho. No molestan a ningún desarmado a no ser que sea espía. Protegen las ciudades que se rinden y no saquean las tomadas por asalto. Pero en este último caso pasan por las armas a quien puso resistencia a la rendición, sometiendo a esclavitud a los demás defensores. A la masa no combatiente la dejan en paz. Si llegan a enterarse de que uno o varios aconsejaron la capitulación, les conceden una parte de los condenados. La otra

parte se destina a las tropas auxiliadoras. Ellos no toman nada del botín.

Pero hoy día son los vencedores los que mayores sumas aportan

Una vez terminada la guerra, no son los pueblos amigos por los que lucharon los que cargan con los gastos, sino los vencidos. Con este criterio, exigen de éstos, primero el dinero que, como ya es sabido, destinan a futuras guerras. En segundo lugar, exigen la cesión de vastos territorios que puedan producirles a perpetuidad pingües bienes.

En la actualidad disponen de esta clase de tierras en muchas naciones. Surgidas poco a poco y por distintas causas, han ido creciendo hasta producir más de setecientos mil ducados al año. El Estado atiende estas propiedades por medio de ciudadanos investidos con el título de cuestores. Éstos llevan una vida suntuosa y son considerados como grandes magnates. No obstante esto, todavía queda mucho para ingresar en las arcas públicas. Con frecuencia también, los utopianos prestan el producto de la renta al país donde se encuentran cuando éste lo necesita. Raras veces reclaman el reembolso total de lo prestado. Una parte de estos territorios es entregada a los que, instigados por ellos, se exponen a los peligros de que ya os hablé.

Cuando un príncipe toma las armas contra Utopía y se dispone a invadir una de las tierras de sus dominios, los utopianos reúnen inmediatamente un formidable ejército y le hacen frente fuera de sus fronteras. Sólo hacen la guerra en su propio suelo en casos extremos. Y no hay razón que les obligue a admitir refuerzos extranjeros en su isla.

Religiones de los utopianos

Las religiones son diferentes tanto en la isla como en sus ciudades. En unos sitios adoran el sol, en otros a la luna, en

otros a alguna de las estrellas errantes, como a un dios. Algunos grupos tienen como dios e incluso como el Dios supremo, a alguno de los antepasados, señalado por su poder o por sus virtudes. Pero la mayor parte de los utopianos y, por cierto, la más sana, no admite nada de esto[92]. Creen en una especie de numen desconocido, eterno, inmenso e inexplicable, muy por encima de la comprensión humana y difuminado por todo lo creado, no tanto como una masa sino más bien como una fuerza. Lo llaman padre. Consideran que es el origen, fuerza, providencia y fin de todas las cosas. Sólo a él le tributan honores de Dios.

El resto de los utopianos, aunque tengan creencias diferentes, conviene con éstos en que piensan que entre todos los dioses hay uno que es como él, primero y supremo. Él es el creador del mundo y su providencia. En su lengua nativa todos le llaman Mitra[93], si bien luego cada uno interpreta a su

92. El último capítulo de *Utopía* lo dedica Moro a la religión. Sus ideas aparecen también un tanto diferentes a las de la Iglesia oficial de su tiempo y a lo que después se ha considerado como el pensamiento del «catolicismo convencional». Contrastan sobre todo las ideas aquí expuestas con la actitud de Moro frente a la Reforma protestante y al problema religioso de Enrique VIII y la Iglesia de Inglaterra.

El resumen de su pensamiento religioso puede sintetizarse así: 1) hay muchas y diferentes formas de religión en Utopía; 2) entre ellas hay una forma superior de religión basada en la creencia de un solo Dios, creador y providencia del mundo; 3) el mundo utopiano camina hacia esta concepción religiosa como más racional y coherente; 4) el Dios de los utopianos es aprehendido y reconocido por la razón como el ser necesario que da sentido y coherencia al mundo y a la existencia humana; 5) nadie es obligado y coaccionado a aceptar y practicar una religión determinada.

93. *Mitra*. Este nombre con el que se designa a Dios pertenece a la cábala. Y parece tener una relación muy estrecha con el de Abraxa. Lo mismo que éste sus letras hacen un número total de 360, número oficial de los días que el sol tardaba aparentemente en dar la vuelta a la Tierra. Así: m = 40; i = 10; t = 9; r = 100; a = 1; s = 200. Ahora bien, tanto en uno como en otro nombre, Moro suprime la última *s*. Con ello quita

manera y según los lugares este nombre y concepto. Dejando que cada uno tenga su opinión a este respecto, todos están de acuerdo en que ese ser que ellos miran como superior es el mismo que el unánime sentir de los hombres tiene como creador y rector del mundo. Me parece que los utopianos están en camino de ir dejando todas estas supersticiones para centrarse en un credo único que les parece el más racional y que supera los diferentes credos. Ya habrían dado ese paso. Pero cualquier acontecimiento adverso que les suceda mientras estén tratando de mudar de religión lo interpretarían no como un suceso casual, sino como un aviso y castigo de la divinidad. Lo interpretarían como venganza del malvado propósito de cambiar de religión.

Cuando les hablamos del nombre de Cristo, de su doctrina, mandamientos y milagros, no os podéis imaginar las buenas disposiciones y talante con que acogieron esta revelación. La misma admiración tuvieron para la admirable fortaleza de tantos mártires, cuya sangre derramada había arrastrado a lo largo y a lo ancho del mundo a tanta gente a abrazar su misma fe. Quizás haya que atribuirlo a inspiración secreta de Dios, o quizás a que la encontraron muy afín a una creencia que consideran importante entre los suyos. De todos modos, lo que a mi juicio contribuyó a crear tales disposiciones, fue el relato de la vida común, tan grata a Cristo. Y el saber que este género de vida estuvo siempre en vigor en las más auténticas comunidades cristianas[94].

Los monasterios

el sentido de plenitud y apunta hacia una realidad inacabada, una religión que busca su plenitud.

94. El cristianismo supone para Moro la forma más perfecta de religión. Utopía, que converge hacia la unidad intelectual, moral y religiosa, entra aquí en contacto con lo sobrenatural del cristianismo: Cristo, los mártires y la «vida común» de los primeros cristianos.

Merece la pena destacarse la «vida común» de los cristianos sobre la que basa Moro toda la estructura social y humana de Utopía.

Cualquiera que sea la causa, lo cierto es que muchos de ellos abrazaron nuestra religión y fueron purificados por el agua del bautismo *. Por desgracia, de los cuatro que éramos –la muerte nos había reducido a este número– ninguno era sacerdote. No pudieron, por tanto recibir los sacramentos que entre nosotros sólo los sacerdotes confieren, a pesar de estar iniciados en los demás misterios. Tienen, no obstante, un conocimiento claro de los demás sacramentos. Y desean tan fervientemente recibirlos que, en medio de nosotros, suscitaron el problema de si cualquier ciudadano elegido por ellos podría tener el carácter sacerdotal sin recibir el mandato de un obispo cristiano. Cuando yo salí, todavía no habían elegido a ninguno, pero parecían resueltos a hacerlo.

Hay más todavía. Los que no pertenecen a la religión cristiana no emplean intimidación alguna, ni hostigan a quien creen convencido de ella. Durante mi estancia en la isla, sin embargo, pude ver cómo era severamente castigado uno de los fieles de nuestro grupo. Este hombre, recientemente bautizado, hablaba públicamente de Cristo con mayor pasión que prudencia, a pesar de nuestros consejos en contra. En su apasionada prédica llegó no sólo a anteponer nuestros misterios a los demás, sino a condenarlos a todos. Vociferaba contra sus misterios, calificándolos de profanos. Y a sus seguidores los tachaba de impíos, sacrílegos, dignos del fuego eterno. Después de haber sermoneado durante largo tiempo fue prendido, acusado y sentenciado como reo no de desprecio de la religión, sino de promover tumulto en el pueblo. Una vez condenado fue castigado con el exilio[95].

Sólo las buenas obras atraen adeptos a la religión

* En el original latino: «por el agua o linfa sagrada».

95. La diversidad de religión y culto lleva consigo la libertad y la tole-

En efecto, las instituciones utopianas más antiguas contemplan que ninguna persona se vea perjudicada por su religión. Ya desde el principio, Utopo se había dado cuenta de que antes de su llegada los indígenas estaban en perpetua guerra a causa de las religiones. Observó también que esta situación del país le había facilitado enormemente su conquista, ya que las sectas disidentes, en vez de estar unidas, combatían aislada y separadamente. Conseguida la victoria, y dueño ya de la isla, decretó que cada uno era libre de practicar la religión que le pluguiera. No proscribió, sin embargo, ese proselitismo que propaga la fe de una manera razonada, suave y humilde. Que no trata de destruir brutalmente a los demás si sus razones no convencen. Y que, en fin, no emplea ni la violencia ni la injuria. Quien se sobrepasa en estos puntos es castigado con el destierro o con la esclavitud.

Todo esto lo dispuso Utopo por imperativo de la paz. Ésta quedaría totalmente destruida con discusiones continuas y los implacables odios que originan. Pero pensó además que esta medida redundaba en beneficio de la misma religión. No se atrevió a dogmatizar a la ligera sobre asuntos tan serios. No estaba seguro de que Dios no quería un culto vario y múltiple al inspirar a unos uno y a otros otro.

Pensó que era insolente y grosero exigir por la fuerza o por amenazas que lo que uno cree que es verdadero lo tengan que admitir los otros. Y ello aun a sabiendas de que una sola es la verdadera y las otras son falsas. Pensó sabiamente que, si se procede con moderación y prudencia, la fuerza de la verdad emerge y se impone por sí misma. Si, por el contra-

rancia. El fanatismo religioso es algo rechazable. Es perjudicial a la paz y a la religión misma.

Moro expresa aquí su convencimiento frente a los excesos y abusos de su tiempo. El respeto a las ideas y creencias de los demás es consustancial a la convivencia, meta de una política social. No prohíbe un proselitismo «razonado, suave y humilde».

rio, se acude a la guerra y a la violencia, resulta que los más atrevidos suelen ser siempre los peores. De esa manera la religión por santa y buena que sea quedará ahogada entre las supersticiones más burdas como el trigo entre las espinas y abrojos. Optó por una vía de moderación: dejó que cada uno creyera aquello que le pareciera mejor.

Se opuso con el mayor rigor a que nadie abdicase de su dignidad humana hasta el punto de creer que el alma desaparece con el cuerpo y que el mundo va a la deriva sin la providencia de Dios. Creen, en consecuencia, los utopianos que están marcados unos premios para los buenos y fijados unos suplicios para los malos. A quienes tengan en esto ideas contrarias ni siquiera los consideran hombres. Piensan que han traspasado el límite de su humanidad llegando a ser como unos pobres animalillos. No los cuenta tampoco como ciudadanos. Piensan que si no fuera por el miedo destruirían todas sus intituciones.

No se puede dudar de que un hombre así no respetaría las leyes del Estado o trataría de eludirlas por la violencia con tal de satisfacer sus intereses. No tiene ningún resorte más allá de la ley ni nada tiene que esperar más allá de la muerte. A quienes tienen esas ideas no les conceden ningún cargo, ni les tributan honor alguno ni les ponen al frente de cargos públicos. Se les mira, más bien como gente inepta y de baja condición. No les castigan. Están convencidos que nadie puede hacerles pensar de otra manera. Atemorizarlos sería inducirles a la hipocresía. Nada odian más los utopianos que la mentira tan cercana siempre del engaño. No les prohíben defender sus opiniones. No lo pueden hacer ante el vulgo. Delante de los sacerdotes y varones sensatos no sólo lo pueden hacer, sino que les animan a que lo hagan. Son conscientes de que tales locuras se desvanecerán ante la razón[96].

96. Repetidas veces ha afirmado Moro que la vida, el hombre y el orden moral sin una base religiosa carecen de sentido y de fuerza. Lo ex-

Opinión extraordinaria sobre el alma de los animales

Hay otros ciudadanos y, por cierto, bastante numerosos, a quienes no les prohíben exponer sus teorías, pues piensan que tienen su razón. No son malos, sino que llevados más bien de su bondad piensan que los animales tienen también un alma inmortal. No es como la nuestra ni se le puede comparar en dignidad ni está predestinada a vida de eterna dicha.

Están completamente convencidos de la inmensa felicidad futura de los hombres. Por lo mismo, aunque les duele la enfermedad de todos, no lloran la muerte de nadie a no ser la de aquellos que ven se van contra su voluntad y poseídos de angustia. Lo tienen esto como muy mala señal. Piensan que el alma, aturdida y consciente de sus culpas, tiene como un presagio de los tormentos que le esperan y por eso tienen miedo a morir. Son de opinión que no puede agradarle mucho a Dios la llegada de quienes tienen miedo de ir a su encuentro, sino que se llegan temblando y como a la fuerza. Quien ve una muerte así se llena de espanto.

A los que así mueren los conducen tristes y en silencio. Piden a Dios con los brazos en alto que tenga piedad de sus debilidades y de esta forma les dan tierra. Por el contrario nadie llora la muerte de los que fallecieron con ánimo alegre y con santa esperanza. Acompañan sus cuerpos con cánticos y encomendando sus almas al Señor con gran fervor, incineran los cuerpos con mayor reverencia que dolor. En el lugar de la hoguera levantan una columna en la que escriben los méritos y gracias del difunto. De vuelta a sus casas recuerdan y cuentan los hechos y cualidades del difunto poniendo especial interés en su alegre tránsito de la vida.

presa aquí de una forma clara. «Los que niegan la existencia de Dios... del alma... reniegan de su condición humana.» Un tipo de hombre así es peligroso para la sociedad. Por eso quedan excluidos de los cargos públicos.

El recuerdo de la dignidad de los difuntos lo juzgan de saludable acicate para los vivos y grato culto para quienes murieron. Piensan que los difuntos oyen cuanto de ellos se dice, aunque sean invisibles por la imperfección de nuestro ser. No sería justo que las almas de los bienaventurados no tuvieran la libertad de ir donde creyeran conveniente. No poder ver a aquellos a quienes en vida estuvieron unidos con lazos de estrecho amor sería propio de espíritus desgraciados. Para los hombres justos, piensan que sus alegrías, como el resto de sus actividades, no sólo no disminuyen sino que aumentan después de la muerte. Piensan que los muertos andan mezclados con los vivos y que son testigos de cuanto éstos dicen y hacen. Con esta fe se lanzan arriesgados a sus empresas como si les diera ánimo la presencia de tan nobles testigos y la presencia de sus mayores les prohíbe realizar aun en secreto cualquier obra deshonesta[97].

Se ríen y tienen en menosprecio los agüeros, y demás artes de adivinación o superstición que tanta estima tienen entre otros. Tienen, en gran aprecio, por el contrario, los milagros, obras independientes de las fuerzas naturales. Están convencidos que son obra y testimonio de la presencia divina. Saben que son relativamente frecuentes en sus tierras, según la tradición; y, en ocasiones graves y señaladas, los solicitan con rogativas públicas y así los obtienen[98].

97. También aquí encontramos una postura original ante la muerte. Actitud que puede desdoblarse en estos momentos: 1) afrontamiento directo y consciente de la muerte, que forma parte de la nuestra condición humana; 2) alegría frente al hecho de la muerte propia como encuentro con Dios (sentido cristiano); 3) la idea de la muerte va unida a la de la eternidad; 4) hay una comunidad de vida entre vivos y difuntos que da sentido al culto de éstos; 5) la muerte y los muertos son un acicate para la vida.

Moro une aquí el concepto estoico de la muerte al concepto cristiano. Por otra parte, rechaza las danzas y costumbres macabras de la Edad Media en torno a la muerte.

98. Fácil es ver aquí una alusión a las distintas prácticas de brujería en

Consideran que es como un culto grato al Señor la contemplación y goce de la naturaleza. Hay muchos que, arrastrados por su sentimiento religioso, descuidan otros estudios, no se preocupan de otros negocios y hasta se privan de las distracciones y juegos. Están convencidos de que si practican buenas obras y ayudan a sus prójimos tienen asegurada su eterna felicidad después de la muerte. De esta manera unos se dedican a cuidar de los enfermos, otros cuidan las calles, éstos limpian los fosos, aquéllos reparan los puentes o acumulan arena, arreglan el césped, llevan en carretas de dos bueyes maderas, frutos y otras mercancías. Todo ello, lo hacen no sólo para utilidad pública, sino también en provecho de los particulares, actuando en todo ello más como empleados que como servidores. Muchas tareas que asustarían a cualquiera por su dureza y el esfuerzo exigido, ellos las realizan con alegrías y satisfacción. De esta manera proporcionan a los demás un descanso mientras ellos se entregan a un trabajo continuo. No se lo echan en cara, sin embargo, pues ni buscan censurar a los demás ni alabarse a sí mismos. Cuanto más duro y abnegado es su trabajo, más grande es el aprecio en que les tienen.

De éstos existen dos clases en Utopía. Una es la de los célibes. Se abstienen de toda relación amorosa e incluso de todo consumo de carnes. Los hay que ni prueban la carne de los animales y se abstienen de todos los placeres del mundo como peligrosos. Sólo les interesa la vida futura, a la que aspiran entre privaciones y ayunos con rostro alegre, pues esperan llegar pronto a su destino. La otra, animosa como ésta, prefiere, sin embargo, el matrimonio y sus placeres. Lo tienen como cosa natural y así dan hijos a la patria. No se

la Edad Media. Se advierte el sentido de equilibrio y mesura frente al milagro y lo maravilloso como excepción a las leyes de la naturaleza. Lo que no es tolerable es lo irracional y su elevación a categoría para explicar la naturaleza.

privan de ningún placer siempre que no les sea nocivo para el trabajo. Comen carnes de cuadrúpedos en el convencimiento que devorándola son más fuertes en sus trabajos.

La vida activa

Los utopianos piensan que éstos son más prudentes y a los otros los tienen por más perfectos. Si alguno de los célibes que no se casan y siguen con honestidad una vida austera quisiera defender su punto de vista como el mejor con razonamientos humanos, sería ridiculizado por los otros. Pero como abrazan ese género de vida por motivos religiosos, todos les respetan y reverencian. Es un principio sagrado para ellos no invocar nunca a la ligera un motivo religioso. Los llaman en su lengua *Butrescos*, que traducido a nuestro romance equivale a religiosos[99].

Sus sacerdotes resplandecen por su santidad. Son muy pocos. No puede haber en cada ciudad más de trece, uno por cada templo. Cuando hay guerra van siete con los soldados y, en tal caso, eligen en las ciudades otros tantos sustitutos. Pero terminada la guerra, los sobrevivientes se reintegran a sus puestos y los que les sustituyen aguardan turno de sucesión hasta que aquéllos mueran. Entre tanto, acompañan al pontífice.

Uno de ellos preside a los demás. Todos los sacerdotes son elegidos por el pueblo lo mismo que los otros magistrados. Unos y otros por voto universal y secreto para evitar

99. Moro traza aquí su utopía cristiana frente a la distopía religiosa de su tiempo. Esta utopía está caracterizada: a) por la presencia de hombres célibes dedicados a la contemplación y al servicio de los demás; b) por un sector más numeroso de casados que gusta de los placeres de la naturaleza.

A este grupo de hombres se le denomina con un nombre especial derivado del griego: *Butrescos (bouzresjos)*, «religiosos por excelencia». ¿No está aquí abogando Moro por una vida evangélica fuera del estamento clerical y claustral? ¿Por qué habrían de tener la exclusiva del Evangelio los frailes?

rencillas. Presiden los actos de culto, se preocupan del estudio de la religión y son como los censores de las costumbres públicas. Es gran afrenta para cualquier ciudadano el que un sacerdote le llame la atención y reprenda por su vida y costumbres. Por lo demás, oficio de los sacerdotes es exhortar y aconsejar a los delincuentes. Pero el castigarlos e imponerles castigos incumbe a los magistrados y al príncipe. Pero pueden excluirlos del culto una vez que los declaran seriamente malvados. No hay nada que les espante más. Quedan infamados y heridos por el sagrado miedo religioso. Tampoco quedan indemnes en cuanto a su cuerpo, ya que si no hacen penitencia inmediatamente los sacerdotes, el Senado les impone el castigo correspondiente a su delito religioso.

Tienen los sacerdotes encomendada la educación de la niñez y la juventud. Más que su instrucción les interesa su educación. Ponen suma atención en inculcar en las tiernas y dóciles mentes de los niños buenos instintos primarios, y deseos de integrarse en la república. Insinuados en sus mentes infantiles les durarán por toda la vida. Así construirán la salvaguardia del Estado cuya ruina se origina la mayoría de las veces de opiniones absurdas.

Mujeres sacerdotes

Las mujeres de los sacerdotes son las mujeres más selectas del pueblo. Hay también sacerdotes mujeres, si bien no son muchas y sólo viudas o de edad avanzada. No hay para los utopianos quien merezca honor mayor que los sacerdotes. Si por casualidad, alguno de entre ellos comete algún delito nunca será llamado a juicio. Todo lo dejan a la autoridad de Dios y a su conciencia. Piensan que nadie tiene opción de juzgar a quien se consagra a Dios como ofrenda, por grandes que hayan sido sus crímenes.

Esta norma es fácil de observar. Los sacerdotes son siempre pocos, bien seleccionados y tenidos en gran honra precisamente por su valía. Es muy raro que caigan en vicios y per-

Excomunión

versiones. Si ello acontece alguna vez, lo que no se puede excluir, dada la humana fragilidad, el hecho no es demasiado grave ya que de una parte no son numerosos y de otra no llegan a ejercer autoridad propiamente dicha. El hecho de que sean pocos obedece a la convicción de que si tan gran honor se extiende a muchos degenera una gran institución. Por otra parte no resulta fácil encontrar sujetos honorables para un cargo que no se puede desempeñar con cualidades y virtudes mediocres.

Es grande el aprecio en que los tienen los de la nación y también los extranjeros. La razón de esto es clara. En efecto,

¡Y entre nosotros, qué chusma!

cuando se declara una batalla, los sacerdotes se alejan suficientemente del lugar, se postran de rodillas y revestidos de sus ornamentos sagrados elevan sus brazos al cielo. Lo primero que suplican es que se llegue a una paz, no que los suyos triunfen. Pero siempre interceden para que una u otra solución se obtenga sin derramamiento de sangre. Si la victoria ha favorecido a los suyos, corren al campo de batalla a fin de que no se sacrifique a los vencidos. Verlos o tocarlos es suficiente para librarles de la muerte y si alguno puede tocar sus flotantes vestiduras tiene asegurada la posesión de sus

Sacerdotes mucho más santos que los nuestros

cosas contra cualquier acción de guerra. Ya se puede comprender la veneración y el respeto sincero que unos y otros les profesan. Muchas veces han salvado a los enemigos de las manos de los suyos y no menos a los suyos de las manos enemigas. Se sabe que en una ocasión en situación desesperada y con la suerte en contra los soldados utopianos huían a la desbandada. Los enemigos se disponían al saqueo y a la muerte. Intervinieron los sacerdotes y su acción conjuró el desastre. Separaron a los contendientes y lograron pactar una paz honorable. Nunca han tropezado con gente tan feroz, cruel o bárbara que no haya considerado

como sagrado e inviolable el cuerpo sacerdotal de los utopianos[100].

La celebración de los días festivos en Utopía

En Utopía son festivos los días primero y último del mes y del año. Los meses se rigen por el movimiento de la luna, los años por el movimiento del sol. A los días primeros los llaman «cinemernos», a los últimos «trapemernos», que es lo mismo que decir «primeras (primifestos) fiestas y «últimas (finifestos) fiestas»[101].

El ornato de los templos

Hay en el país pocos templos, pero todos magníficos tanto por su lujo como por su grandiosidad, dado que tienen que ser capaces para albergar a un pueblo tan numeroso. Y todos ellos son de una dulce penumbra que no es debida a impericia de los constructores sino a un propósito de los sacerdotes. Piensan éstos que una luz intensa disiparía los pensamientos, mientras que una tamizada y discreta penumbra concentra el espíritu y centra la meditación. No es la misma religión profesada por todos, pero las varias creencias y ritos están orientados a un mismo fin por caminos diferentes, es decir, a la adoración de la majestad divina. Por esta razón nada se ve ni se oye en los templos que pueda ser

100. La utopía de los sacerdotes. Imposible comprender esta página sin tener delante la distopía eclesiástica que tan bien conocía tanto Moro como Erasmo. Ambos parten del escándalo que les ofrecen los clérigos ignorantes, ociosos, lujuriosos y avaros para remontarse al evangelismo primitivo.

Esta distopía provoca la utopía de un nuevo conepto, una nueva función y servicio distinto de los sacerdotes. ¡Sobre todo como mensajeros y realizadores de la paz con todos! Choca la nueva idea de *sacerdotes casados y de mujeres sacerdotes.* Interesa la idea de «minoría selecta» del sacerdote y su dedicación al cultivo de la juventud.

101. *Cinemernos. Trapemernos.* Dos palabras griegas tomadas de Teócrito para designar el principio y el final de mes. De ahí la palabra castellana: *primifestos* = 'primeras fiestas', y *finifestos* = 'fiestas de fin de mes'.

contrario a cualquiera de estas tendencias. Si alguna secta tiene un rito sagrado que sea privativo suyo, lo realiza dentro del ámbito particular. Los ritos comunes están ordenados de forma tal que nunca contradicen los cultos privados. No se ve en los templos ninguna representación de la divinidad. Cada uno se lo imagina como crea conveniente desde su credo. No tienen tampoco nombre alguno para invocar a Dios. Usan el nombre de Mitra para nombrar de alguna forma el ser supremo, sea cual sea su naturaleza. Tienen unas oraciones que todos pueden rezar sin contradecir sus propias creencias. En los días finifestos se reúnen en el templo por la tarde, y lo hacen en ayunas para darle gracias a Dios por el feliz remate del mes o del año que acaba. Al día siguiente (que es primifesto) se reúnen por la mañana en el mismo templo para pedir juntos que sea igualmente feliz y dichoso el mes o año que comienza.

Confesión de los utopianos

En los finifestos, antes de ir al templo, en sus casas las mujeres se echan a los pies de sus maridos y los hijos a los pies de sus padres; y piden perdón, bien porque hicieron lo que no debían, bien porque no cumplieron lo que eran obligados a hacer. De esta manera si alguna nubecilla de discordia familiar se iba formando, se desvanece de forma que pueden intervenir en los divinos oficios con ánimo sereno y limpio.

Y entre nosotros los más depravados porfían por estar más cerca del altar

Intervenir con ánimo torcido se tiene por sacrilegio. Por lo mismo, si son conscientes de odio o rencor contra alguien, no intervienen en los sacrificios sin antes reconciliarse, temerosos de la justicia divina y poseídos de un santo temor. Una vez en el templo los hombres se sitúan en la parte derecha y las mujeres separadas en la parte izquierda. Lo hacen de manera que los varones se sitúan todos delante del padre, y la madre se sienta cerrando el grupo de las mujeres. Cuidan que desde fuera y con cuidado puedan ejercer su

autoridad y disciplina los que la ejercen ya en casa. Por ello procuran que los jóvenes se mezclen con los de más edad, no sea que mezclándose unos con otros los jóvenes gasten en travesuras el tiempo que se debe emplear en fomentar el temor de Dios, el mayor y quizás único acicate de las virtudes.

En sus sacrificios no inmolan ningún animal. Piensan que la clemencia divina no se satisface con sangres ni con muertes. Si dio vida a sus criaturas fue para que gozaran en ella. Queman incienso y otros perfumes. Los fieles llevan muchas velas. Saben de sobra que nada de esto interesa a la naturaleza divina lo mismo que las oraciones que puedan dirigir. Pero con tan inocente culto, con estos perfumes y luces, así como las otras ceremonias, no sabría decir de qué manera los hombres parece que se animan y con corazón más alegre se entregan al culto de Dios.

Todo el pueblo acude al templo con vestidos blancos. Los sacerdotes llevan vestiduras de variados colores, ricos por su hechura y forma más que por su materia. Las telas no están tejidas en oro ni sembradas de piedras preciosas, sino tejidas con plumas de ave con tanta arte y habilidad que ningún paño por rico que fuese podría competir con ellas. En la elaboración, distribución y forma de estar colocadas en la vestimenta de los sacerdotes estas plumas y alas, dicen que se encierran unos secretos misteriosos. Su significación es aclarada con gran diligencia por quienes hacen los sacrificios a fin de recordar a los fieles los beneficios recibidos de Dios. Por su parte deben corresponderle con tributos y obligaciones a que deben ser fieles.

Tan pronto como el sacerdote así revestido sale de la sacristía *, todo el pueblo cae de hinojos en silencio tan profundo que la contemplación de la ceremonia inspira un cier-

* En el original latino *udytum*: 'templo', 'sagrario', 'sacristía', 'lugar reservado a los sacerdotes'.

to temor, como si la divinidad se hiciera presente. Permanecen postrados en tierra durante algún tiempo y se levantan a una señal del sacerdote. Cantan luego las glorias del Señor acompañándose con instrumentos que para nosotros son en su mayoría desconocidos. La mayor parte de dichos instrumentos aventajan a los nuestros en suavidad hasta el punto de que no se pueden ni comparar. Hay una cosa en que nos aventajan con toda seguridad. Su música instrumental y vocal acomoda totalmente los sonidos a los sentimientos de manera que reflejan de forma totalmente natural lo que quieren expresar. Si quieren dar una sensación de súplica, de intercesión, de duda, de tristeza, de ansiedad, de ira, la melodía lo expresa con tal fuerza que conmueve profundamente a los fieles, los enfervoriza y los emociona.

La música de los utopianos

Para terminar el sacerdote y los fieles recitan unas oraciones rituales concebidas de tal manera que, recitadas en común o en particular, tengan pleno y real sentido. En ellas reconocen a Dios como creador, como ordenador y autor de todo bien. Le dan gracias por todos los beneficios de él recibidos. De manera especial le agradecen vivir en república tan feliz y profesar una religión que, a su entender, es la verdadera. En este asunto si hay otra mejor, piensan, o si están equivocados o Dios prefiere ritos diferentes, suplican que se lo dé a conocer, pues están dispuestos a seguir el camino que les indique. Pero, si su gobierno es bueno y su religión verdadera, no es mucho pedir que les consientan ser firmes en sus opiniones y que se esfuercen por atraer a los otros a la misma fe y costumbres, si es que, en su inescrutable voluntad, Dios no se complace en la diversicidad de creencias. Piden a Dios que les conceda una buena muerte. Pero no se atreven a pedirle que sea pronto o tarde. Sin quererle ofender le dicen que prefieren llegar a él tras una penosa muerte a estar lejos de su presencia disfrutando de una feliz existencia.

Terminada así la oración, se arrodillan y luego se levantan y van a comer. El resto del día lo pasan en juegos y ejercicios militares[102].

* * *

Os he descrito con la mayor sinceridad el modo de ser de su República a la que considero no sólo la mejor, sino la única digna de llevar tal nombre. Porque en otros sitios los que hablan de la República lo que buscan es su interés personal. Pero en Utopía, como no hay intereses particulares, se toma como interés propio el patrimonio público; con lo cual el provecho es para todos[103].

En otras repúblicas todo el mundo sabe que si uno no se preocupa de sí se moriría de hambre, aunque el Estado sea floreciente. Eso le lleva a pensar y obrar de forma que se interese por sus cosas y descuide las cosas del Estado, es decir, de los otros ciudadanos. En Utopía, como todo es de todos, nunca faltará nada a nadie mientras todos estén preocupados de que los graneros del Estado estén llenos. Todo se distribuye con equidad, no hay pobres ni mendigos y aunque

102. Aquí termina propiamente la exposición sobre las instituciones utopianas. Y termina con la religión, una religión de carácter ecléctico y pluralista, basada en la libertad y tolerancia. ¿Es que no lo quiere así Dios? –se pregunta. Una religión inspirada fundamentalmente en el cristianismo. (Ver nota 92 y siguientes). ¿Eran éstas sus convicciones particulares o ideas lanzadas al viento?

103. En estas páginas se acentúa lo que se ha llamado la «utopía final». Con mayor convicción y firmeza y en un estilo, que nos vuelve a recordar el del Libro I, revela la distopía de otros pueblos y sociedades incapaz de procurar la felicidad y la compara con la utopía de esta isla. Sus instituciones y sus principios han hecho de Utopía la sociedad feliz por excelencia: Eutopía.

En el último párrafo, sin embargo, vemos a Moro entre dubitante y escéptico. Su deseo de alcanzar esta sociedad utopiana es más fuerte que su esperanza.

nadie posee nada, todos sin embargo son ricos. ¿Puede haber alegría mayor ni mayor riqueza que vivir felices sin preocupaciones ni cuidados? Nadie tiene que angustiarse por su sustento, ni aguantar las lamentaciones y cuitas de la mujer, ni afligirse por la pobreza del hijo o la dote de la hija. Afrontan con optimismo y miran felices el porvenir seguro de su mujer, de sus hijos, nietos, biznietos, tataranietos y de la más dilatada descendencia. Ventajas que alcanzan por igual a quienes antes trabajaron y ahora están en el retiro y la impotencia como a los que trabajan actualmente.

Bien quisiera que alguien midiera este sentido de justicia con el que rige en otras partes. Yo tengo que confesar que apenas he encontrado un leve rastro de justicia y equidad en ninguna de ellas. ¿Qué justicia es la que autoriza que un noble cualquiera, un orfebre, un usurero o cualquier otro que no hacen nada o hacen cosas contrarias al Estado, puedan llevar una vida regalada sin mover un dedo o en negocios sucios y sin responsabilidad? Entre tanto el criado, el cochero, el artesano, el labriego andan metidos en trabajos que no aguantarían ni los animales por lo duros y al mismo tiempo tan necesarios que sin ellos la República se vendría abajo antes de un año. Apenas les llega para alimentarse malamente y llevan vida peor que la de las mismas bestias. Éstas, al menos, no soportan trabajo tan continuo; aunque les den peor comida, la soportan más fácilmente y además no tienen las preocupaciones del futuro. A todos éstos los mata el trabajo presente, tan estéril como infructuoso, y les desazona el pensamiento de su pobre ancianidad. Si no les llega para mal vivir, ¿cómo pueden ahorrar para su ancianidad?

¿No es injusta una sociedad que se vuelca con los llamados nobles, los manipuladores y los traficantes de cosas inútiles, aduladores y perezosos? Por el contrario, deja en el olvido a los labradores, los carboneros, los braceros, caballerizos y obreros, sin cuyo trabajo no puede subsistir la república ni

obtenerse bien alguno. ¿No es injusto abusar de su trabajo cuando están en pleno vigor y cuando el peso de los años, las privaciones y la enfermedad cae sobre ellos, condenarles a una muerte miserable sin tener en cuenta sus muchos desvelos y trabajos? ¿Qué podemos pensar de esos ricos que diariamente expolian al pobre? En realidad lo hacen al amparo, no de sus propias maquinaciones, sino amparándose en las mismas leyes. De esta manera, si antes parecía una injusticia no recompensar debidamente a quienes lealmente lo habían servido, estos tales se han ingeniado para sancionar legalmente esta injusticia, con lo que la república viene a ser más aborrecida.

¡Toma nota de esto, lector!

Cuando contemplo el espectáculo de tantas repúblicas florecientes hoy en día, las veo –que Dios me perdone– como una gran cuadrilla de gentes ricas y aprovechadas que, a la sombra y en nombre de la república, trafican en su propio provecho. Su objetivo es inventar todos los procedimientos imaginables para seguir en posesión de lo que por malas artes consiguieron. Después podrán dedicarse a sacar nueva tajada del trabajo y esfuerzo de los obreros a quienes desprecian y explotan sin riesgo alguno. Cuando los ricos consiguen que todas estas trampas sean puestas en práctica en nombre de todos, es decir, en nombre suyo y de los pobres, pasan a ser leyes respetables.

Pero estos hombres despreciables, que con su rapiña insaciable se apoderan de unos bienes que hubieran sido suficientes para hacer felices a la comunidad, están bien lejos de conseguir la felicidad que reina en la república utopiana. Allí la costumbre ha eliminado la avaricia y el dinero, y con ellos cantidad de preocupaciones y el origen de multitud de crímenes. Pues todos sabemos que el engaño, el robo, el hurto, las riñas, las reyertas, las palabras groseras, los insultos, los motines, los asesinatos, las traiciones, los envenenamientos son cosas que se pueden castigar con escarmientos, pero que

no se pueden evitar. Por el contrario las elimina de raíz la desaparición del dinero que elimina al mismo tiempo el miedo, la inquietud, la preocupación y el sobresalto. La misma pobreza que parece que se basa en la falta de dinero, desaparece desde el momento en que aquél pierde su dominio.

Quiero poner esto en claro con un ejemplo que vamos a examinar. Pensemos en un año malo y de poca cosecha en el cual han perecido de hambre miles de hombres. Estoy seguro que, si al cabo de esta catástrofe se abren los graneros de los ricos, se encuentra en ellos tanta cantidad de grano que si se hubiera repartido entre todas las víctimas de la peste y el hambre no se habría enterado nadie de los rigores de la tierra ni del cielo. Nada más sencillo que alimentar a la humanidad. Pero el bendito dinero, inventado para lograr más fácilmente el camino del bienestar, es el cerrojo más duro que cierra la puerta del mismo.

Pienso que los ricos se dan cuenta de esto. Saben que no hay nada mejor que tener lo que se necesita. Sin abundar en superficialidades, es multiplicar disgustos vivir asfixiados por tantas riquezas.

Creo además que o bien por interés personal o por seguir la voz de Cristo, todo el mundo hubiera seguido hace tiempo las leyes de esta república utopiana. Cristo, dada su sabiduría, no pudo ignorar lo que más nos convenía, ni, dada su bondad, aconsejarnos lo más conveniente. Pero se opone tenazmente nuestra soberbia, bestia maligna y madre de todos nuestros males. Su felicidad se mide no por el propio bienestar, sino por las desgracias de los otros. Dejaría incluso de ser diosa si desaparecieran los hombres sobre los que puede ejercer su dominio exultante. Su felicidad comprada con la desgracia de los otros se satisface mostrando unas riquezas que pisan y atormentan la pobreza ajena. Esta serpiente infernal se enrosca en los pechos de los hombres y les impide seguir el buen camino. Como una rémora

¡Palabras desconcertantes!

los entretiene y los disuade. Está tan enraizada en los hombres que no es fácil extirparla.

Mucho me alegra que esta forma de gobierno que yo quisiera que la tuvieran todos, la hayan conseguido al menos los utopianos. Basados en las instituciones que he descrito han fundado una república que se desarrolla no sólo prósperamente, sino que, en cuanto se puede conjeturar humanamente, creo que ha de durar para siempre. Han sido eliminadas en ella las raíces de la ambición y las disensiones. No hay por lo mismo peligro de disturbios internos, que en más de una ocasión han echado por tierra las ciudades más ricas y sólidas. Lograda esta armonía interior y gracias a sus magníficas organizaciones la envidia de los reyes vecinos no ha sido capaz de derribar esta república ni aun siquiera conmoverla, caso que inútilmente intentaron ya algunas veces en tiempos antiguos.

Al terminar de hablar Rafael, me vinieron a la mente no pocas reflexiones sobre cosas que me parecían absurdas en sus leyes e instituciones. Por ejemplo, su modo de entender la guerra, sus creencias y religión y otros muchos ritos. Pero, sobre todo, lo que está en la base de todo ello, es decir, su vida y gastos comunes sin intervención alguna del dinero. Con ello se destruye la raíz de la nobleza, la magnificencia y el lujo, y la grandeza, cosas que en el común sentir constituyen el decoro y el esplendor de un Estado. Me di cuenta, sin embargo, que estaba bastante cansado de tanto hablar. No sabía, por otra parte, si aguantaría que opinásemos en contra de sus teorías, máxime que a lo largo de su relato ya se había manifestado contra quienes piensan no ser suficientemente discretos si no critican las invenciones ajenas. Así pues, le cogí de la mano y tras alabar su exposición y las costumbres de los utopianos le introduje en la casa para cenar. Le dije que tendríamos tiempo de discutir con más profundidad sobre estos temas y discutir más profusamente. ¡Ojalá que algún día pueda realizarlo!

Entre tanto tengo que confesar que no puedo asentir a todo cuanto me expuso este docto varón, entendido en estas materias y buen conocedor de los hombres. También diré que existen en la república de los utopianos muchas cosas que quisiera ver impuestas en nuestras ciudades. Pero que no espero lo sean.

FIN DE LA CHARLA DE SOBREMESA HABIDA
CON RAFAEL HITLODEO
SOBRE LAS LEYES E INSTITUCIONES DE
LA ISLA DE UTOPÍA
HASTA AHORA SÓLO CONOCIDA POR UNOS POCOS.
FUE CONTADA POR EL MUY CÉLEBRE Y ERUDITÍSIMO
MAESTRO TOMÁS MORO,
CIUDADANO Y SHERIFF DE LONDRES.
FIN

Documentos finales [104]

Carta de Jerónimo Busleiden a Tomás Moro
Poema de Gerardo de Nimega
Poema de Cornelio Schrijver
Colofón de Froben

104. Los *Documentos finales* que aparecen en la edición de noviembre de 1518 parecen haber sido considerados de menor importancia y como pasados a segundo plano después del éxito de las tres ediciones anteriores. En cierta manera suponen ya la lectura de *Utopía* y son un elogio a la misma, cosa que hubiera irritado un poco al comienzo de la obra.

Los tres documentos tienen una importancia circunstancial y diversa, ya que tanto ellos como sus autores nos indican una vinculación o con los editores de *Utopía* o con el autor. De todas maneras, el lector podrá darse cuenta del papel que jugaron los mecenas, los poetas y hombres famosos en el padrinazgo de una obra.

Por lo que se refiere al contenido de los mismos, todos con distintos matices, indican el sentido de ejemplaridad que la isla utopiana ofrece para los estados y hombres modernos.

Jerónimo Busleiden saluda a Tomás Moro [105]

Tu enorme capacidad, mi querido Moro, no se limitó a dedicar desvelos, trabajo y esfuerzos a asuntos e intereses de los particulares. Con esa entrega y generosidad que te es propia quisiste aplicarte al bien común. Pensabas, sin duda, que los servicios prestados, cualquiera que fuesen, podrían tener una aceptación tanto más favorable cuanto más se difundieran. Y darte además renombre y fama. Su mayor difusión redundaría también en beneficio de más personas. Si éste fue el fin perseguido en otras ocasiones, en ésta lo has logrado plenamente con esa *Charla de sobremesa* que acabas de escribir y que tiene por título: *La justa y recta ordenación de la República de los Utopianos,* a la que todos deberíamos aspirar.

Nada, en efecto, de cuanto se podría desear falta en la acertada descripción que haces de sus magníficas instituciones: ni la condición profunda ni la experiencia exhaustiva de las cosas humanas. Ciertamente, estas dos cosas se dan la mano, de tal forma que ni

105. Sobre *Jerónimo Busleiden* véase nota 14. Respecto al contenido de la carta diremos que Busleiden se sirve de la ejemplaridad de las instituciones de Utopía para trasladarla a los países y naciones modernas. Sólo unas buenas instituciones mantenidas desde dentro por la justicia, honestidad y competencia de los magistrados permiten la prosperidad y perennidad de las naciones. Alaba en Moro su talento político y su sabiduría.

una ni otra se dejan vencer, ya que las dos rivalizan con armas iguales para conseguir la gloria. Hay que reconocer que posees saberes tan variados y te muestras tan competente y tan seguro en ellos que lo que escribes es fruto de tu experiencia. Y todo lo que quieres afirmar lo escribes al dictado de tu saber.

En verdad, hay aquí una dicha maravillosa y extraña; tanto más rara cuanto que esquiva la multitud y sólo se ofrece a una minoría. Sobre todo, a los que con el sincero deseo de servir al bien común, tienen el carácter necesario, el crédito y la autoridad suficiente e indispensable para poder hacerlo. Y, en suma, aquellos que, como es tu caso, ponen en este empeño toda su bondad, rectitud y saber. Tú, que te consideras nacido no sólo para ti sino para todos los pueblos del mundo, consigues de tu trabajo el más hermoso salario: hacer al mundo tu acreedor.

No podías cumplir esta tarea tuya con más precisión y justeza que presentando a seres inteligentes esa idea de República, ese modelo, esa imagen perfecta de buenas costumbres. Es incomparablemente más saludable, más acabada y deseable que todas las vistas sobre la tierra. Supera con creces y deja atrás a las repúblicas más célebres y más celebradas: Lacedemonia, Atenas y Roma.

Es seguro que si éstas hubieran nacido con esos mismos auspicios favorables y hubieran sido gobernadas por las mismas instituciones, leyes, decretos y ordenanzas que rigen tu república, no estarían hoy destruidas y arrasadas. Ni tampoco, por desgracia, se habrían extinguido y apagado sin ninguna esperanza de renacer. Se mantendrían, por el contrario, intactas, felices, prósperas y mimadas de la fortuna. Dueñas de las riendas de su destino, gozarían del vasto imperio con que han sido protegidas por tierra y por mar.

Tuviste compasión de la desgracia de estas repúblicas. Y adelantándote a parejas vicisitudes que acechan a los que hoy detentan el poder supremo, quisiste ofrecerles el ejemplo de vuestra acabadísima república. Ésta, en efecto, se ocupa tanto de la elaboración de leyes cuanto de la preparación de magistrados altamente cualificados. Y no te falta razón, ya que si hemos de creer a Platón, sin ellos todas las leyes serían letra muerta. Es precisamente esto lo que toda comunidad política perfecta ha de ofrecer en la forma de su gobierno y en la de su conducta: el modelo de sus magistrados, el ejemplo

de su propiedad, la imitación de sus costumbres, así como la imagen de la justicia que hacen.

A tal fin deben concurrir, fundamentalmente, la prudencia en los gobernantes, el valor en los soldados, en cada uno la sobriedad y la justicia en todos. Como quiera que esa República que tanto exaltas, se basa claramente en una sabia combinación de estas virtudes, no ha de extrañar que en muchas naciones surja el miedo. Pero también empiezan a sentir respeto. Y no hay duda de que lo sentirán también los siglos venideros. Tanto más que en ella –una vez desaparecida la lucha por acaparar toda clase de propiedad– nadie posee nada como propio.

Por lo demás, y en bien de la comunidad misma, todo es común a todos... Y así, toda realidad, por insignificante que sea, sea pública o privada, no tiende a satisfacer las pasiones de la mayoría o los caprichos de unos pocos, sino al mantenimiento por pequeño que sea de la justicia, de la igualdad y de la comunión.

Cuando estas últimas se integran en un fin último desaparece lógicamente todo lo que fomenta, enciende y favorece la intriga, el soborno, el odio y la injusticia. A todos estos vicios son empujados los mortales, incluso a su pesar, por la posesión de los bienes privado o por la sed ardiente de poseerlos. Y por la más baja de todas las pasiones, la ambición. ¡Una desgracia inmensa, sin igual! Con frecuencia, y sin que se repare en ello, surge de aquí la división de los espíritus, el choque de las armas y las guerras, peores que las discordias intestinas. Con estos desórdenes se viene abajo la situación más floreciente de las repúblicas más prósperas. Y se desvanece la gloria otro tiempo adquirida, sus triunfos y sus trofeos. Y se olvida el rico botín arrebatado con la victoria a sus enemigos.

Si lo que escribo no merece el crédito que yo desearía, estoy seguro que inmediatamente aparecerán testigos más autorizados que me darán la razón. Ahí están numerosas y grandes ciudades hace tiempo devastadas, ciudades arrasadas, estados arruinados, aldeas incendiadas y destruidas por el fuego. Hoy apenas si quedan algunas ruinas o vestigios visibles de la inmensa catástrofe que las sacudió. De sus viejos nombres, por vieja que sea su historia pasada, apenas si se sabe nada con certeza.

Nuestras comunidades políticas, cualesquiera que sean, podrían escapar fácilmente a estos desastres, revoluciones y demás calami-

dades de la guerra, si siguieran al pie de la letra este raro modelo de la república utopiana. Y si, como se dice, no se propasaran lo negro de una uña. Sólo así reconocerán en su propia sangre el bien que les has hecho. Sólo siguiendo este modelo habrán aprendido a asegurar la salvación de su comunidad, su seguridad y su tiempo.

El reconocimiento, pues, a ti debido como a su más eminente salvador, no es el que se haría con toda justicia a un hombre que hubiera salvado a un ciudadano cualquiera, sino a toda la comunidad.

Mientras tanto, cuídate y sigue intentando, realizando y perfeccionando todo lo que puede dar la perpetuidad a la República y a ti la inmortalidad.

Adiós, mi querido Moro, el más sabio y más humano de los hombres, gloria de Inglaterra y de nuestro mundo.

En mi casa de Malinas,
Año de 1516

Gerardus Noviomagus de Utopía [106]

Dulcia, lector, amas? Sunt hic dulcissima quaeque
Utile, si quaeris, nil legis utilius.
Sive utrumque voles, utroque haec insula abundat,
Quo linguam ornes, quo doceas animum.
Hic fontes aperit, recti pravique disertus
Morus, Londini gloria prima fui.

La Utopía, por Gerardo de Nimega

¿Gustas, lector, de dulces pasatiempos?
Aquí los hallarás, los más discretos.
Mas si sólo lo útil te preocupa,
de más provecho nada leer puedes.
Si el placer a lo útil unir quieres,
copiosa es esta isla en ambas cosas,
embellece la lengua, el alma educa.
Las fuentes del saber, la senda hermosa
que es del bien y del mal la tortuosa,
nos enseñas, maestro de oratoria,
ilustre Moro, de Londres gloria.

106. *Gerardo de Nimega* (1482-1542). Humanista holandés; personaje muy metido dentro de los acontecimientos y peripecias del Renacimiento. Su labor y actividad está muy vinculada a Erasmo y a la primera edición de *Utopía* (1516).

Cornelius Grapheus ad lectorem [107]

Vis nova monstra, novo dudum nunc orbe reperto?
Vivendi varia vis ratione modos?
Vis qui virtutum fontes? vis unde malorum
Principia? Et quantum rebus inane latet?
Haec lege, quae vario Morus dedit ille colore,
Morus Londine nobilitatis honos.

FINIS.

Cornelio Schrijver al lector

¿Deseas nuevos prodigios
ahora, lector, que un nuevo
mundo descubierto ha sido,
modos de vida en distintos
principios sustentados?
¿Encontrar quieres las fuentes
en que nace la virtud,
o del mal los fundamentos,
o cuán grande es el vacío
que en las cosas se contiene?
Has de leer este libro
que escribiera el sabio Moro
con el más variado estilo.
El célebre Moro, orgullo
de la villa londinense.

FIN.

107. *Cornelio Schrijver* (1482-1558). Educado en el renacentismo italiano, se establece en Amberes como secretario del ayuntamiento. Muy unido al editor de la 2.ª edición de *Utopía* (Lovaina, 1517) pudo leer el texto para el que compuso este sexteto elegíaco.

BASILEAE APVD IOANNEM
FROBENIVM. MENSE
NOVEMBRI. M. D. XVIII [108]

108. El logotipo o marca de imprenta de Juan Froben está encuadrado por tres divisas escritas en hebreo, griego y latín. La primera en hebreo –a la derecha– está tomada del Salmo 125, y significa: «*Haz bien, Yahvé, a los buenos, a los de recto corazón.*»

La segunda, en griego –parte superior e inferior– está tomada de S. Mateo, 10, 16, y dice: «*Sed prudentes como la serpientes, y sencillos como las palomas.*»

Finalmente, la tercera, en latín –a la izquierda– está tomada de un epigrama de Marcial, y dice: «*Prudente simplicidad y amor de lo recto.*»

Al pie del logotipo: EN BASILEA EN LA IMPRENTA DE JUAN FROBEN NOVIEMBRE DE M. D. XVIII.

Cronología moreana

1450.	Gutenberg hace la primera impresión de la Biblia.
1453.	Caída de Constantinopla y fin del Imperio Romano en Oriente.
1453.	Fin de Guerra de los Cien Años.
1455.	Guerra de las Dos Rosas.
1466.	Nacimiento de Erasmo.
1471.	M. Ficino comienza a traducir al latín obras de Platón, Plotino, Porfirio, etc.
1477 o 1478.	Nacimiento de Tomás Moro (6 de febrero).
1483-1485.	Ricardo III, rey de Inglaterra.
1486-1509.	J. Morton, Arzobispo de Canterbury.
1485-1509.	Reinado de Enrique VII.
1485.	Moro estudia Latín en la Escuela de Saint-Anthony.
1485.	Fin de la Guerra de las Dos Rosas.
1494.	Muere J. Pico de la Mirándola.
1496.	Moro pasa de New Inn a Lincoln's Inn.
1496.	Aparecen las obras de Pico de la Mirándola *Sobre el ser y la unidad* y *Discurso sobre la dignidad del hombre.*
1499.	Primer encuentro de Moro con Erasmo en Inglaterra.
1502.	Moro profesor de Derecho. Residencia entre los Cartujos de Londres.

1503.	Moro pronuncia las conferencias sobre la *Ciudad de Dios*.
1504.	Tomás Moro escribe la *Vida de Pico de la Mirándola* y traduce los *Epigramas* de Luciano.
1509-1547.	Reinado de Enrique VIII.
1509.	Erasmo escribe *Elogio de la locura* en casa de Moro en Londres. Se publica en 1511.
1510.	Moro es nombrado *sheriff* de Londres.
1511-1515.	Cursos de derecho.
1513-1521.	Moro escribe la *Vida de Ricardo III*.
1515.	Durante su viaje a Brujas y Amberes Moro escribe el Libro II de *Utopía*.
1516.	De vuelta en Londres escribe el Libro I.
1516.	Primera edición de *Utopía* en Lovaina en la Imprenta de Martens.
1517.	Segunda edición de *Utopía*. París, imprenta de Gourmont.
1518.	(Marzo). Tercera edición. Basilea (Basel), hecha por J. Froben.
1518.	(Noviembre). Cuarta edición. Basilea (Basel), también por Froben.
1517.	Lutero expone las 95 Tesis en Witenberg.
1520.	Lutero escribe *La libertad cristiana* y *Carta a la Nobleza alemana*.
1521.	Enrique VIII es nombrado «Defensor Fidei» por León X.
1522.	Moro escribe «Las Cuatro últimas cosas».
1523.	*Speaker* en la Cámara de los Comunes. Escribe su alegato «Adversus Lutherum».
1525.	Canciller del Ducado de Lancaster.
1527.	Embajada en Amiens (la tercera de su vida).
1528.	Diálogo contra Tyndale. Primer intento de divorcio de Enrique VIII.
1529.	Moro, Canciller del Reino.
1531.	Enrique VIII es reconocido como «cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra».
1532.	El 16 de mayo Moro renuncia a la Cancillería. Ve la luz *El príncipe* de Machiavello, escrito en 1513.

1533.	Matrimonio secreto de Enrique VIII con Ana Bolena. Moro se niega a estar presente en la coronación de Ana Bolena.
1534.	13 de abril: Moro se niega a prestar juramento al Acta de Supremacía. 17 de abril: es enviado a la Torre de Londres. 1 de mayo: se niega de nuevo a jurar. Escribe el «Diálogo del consuelo» y el «Tratado sobre la Pasión».
1535.	Proceso e interrogatorios (cuatro). 1 de julio: juicio y condena. 6 de julio: Martirio de Tomás Moro.
1536.	Muere Erasmo. Comienzan los disturbios religiosos en Inglaterra.

Índice

INTRODUCCIÓN, por Pedro Rodríguez Santidrián 7
BIBLIOGRAFÍA 34

LA MEJOR FORMA DE COMUNIDAD POLÍTICA
Y LA NUEVA ISLA DE UTOPÍA

Documentos introductorios 41
Carta de Erasmo de Rotterdam a Juan Froben 43
Carta de Guillermo Budé a Tomás Lupset 45
Sexteto de Anemolio 53
Alfabeto de la lengua utopiana 54
Carta de Pedro Gilles a J. Busleiden 56
Carta de Tomás Moro a Pedro Gilles 59
Mapa idealizado de Utopía 65

Libro primero. Diálogo del eximio Rafael Hitlodeo sobre la mejor forma de comunidad política 67

Libro segundo. Presentación de Rafael Hitlodeo de la mejor forma de comunidad política 113

Documentos finales 211
Carta de Jerónimo Busleiden a Tomás Moro 213
Poema de Gerardo de Nimega 217
Poema de Cornelio Schrijver 218
Colofón de Froben 219

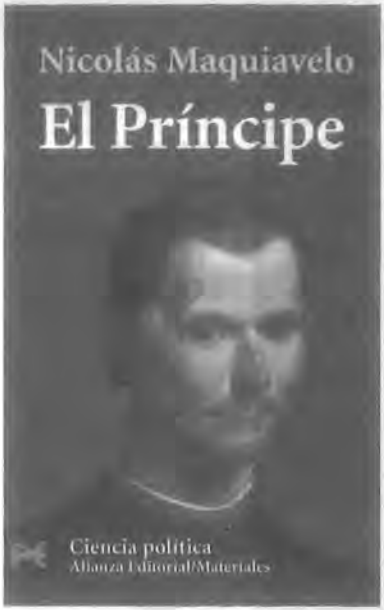
CRONOLOGÍA MOREANA 221

Jean-Jacques Rousseau

Del Contrato social

CS 3800

Se reúnen en este volumen los escritos políticos capitales que escribió a lo largo de su existencia JEAN-JACQUES ROUSSEAU (1712-1778). La crítica de la cultura apuntada en el DISCURSO SOBRE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES (1750), en abierto contraste con las ideas sobre el progreso dominantes en la Ilustración francesa, se convierte en el DISCURSO SOBRE EL ORIGEN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA DESIGUALDAD ENTRE LOS HOMBRES (1754) en una crítica de las estructuras sociales y políticas a través de un examen más cercano a las conjeturas antropológicas que al rigor histórico del estado primigenio del hombre natural y de las causas que crearon la sociedad y la desigualdad. Finalmente, DEL CONTRATO SOCIAL (1762) recoge los elementos esenciales de la teoría política de Rousseau, pieza clave en la historia del pensamiento occidental desde la Revolución francesa hasta nuestros días.



Nicolás Maquiavelo

El Príncipe

CS 3401

Redactado por NICOLÁS MAQUIAVELO (1469-1527) en 1513, cuando se hallaba en el ostracismo a causa del triunfante retorno al poder de los Médicis, EL PRÍNCIPE ha pasado a la historia del pensamiento por constituir el arranque de la reflexión teórica sobre los orígenes del poder y la estructura del mismo. En medio de las exhortaciones moralizadoras, los encubrimientos retóricos y las justificaciones ideológicas, la contraposición entre la «fortuna» y la «virtud», capital en la obra, es una de las articulaciones conceptuales mediante las que comienza la política a abrirse paso como saber científico y como práctica sometida a pautas de regularidad.

Cesare Beccaria

De los delitos y de las penas

Con el comentario de Voltaire

CS 3550

Obra de fulminante éxito en el momento de su aparición –y, pese a los años transcurridos de entonces ahora, de muy similar actualidad–, DE LOS DELITOS Y DE LAS PENAS es el apasionado alegato contra la pena de muerte, la tortura y, en general, la desproporción entre los delitos cometidos y los castigos aplicados, que CESARE BECCARIA (1733-1781) dio a la imprenta de forma anónima en 1764. La presente edición –preparada por Juan Antonio Delval– incluye el extenso COMENTARIO que publicó VOLTAIRE en 1776 y que lleva hasta sus últimas consecuencias la enérgica protesta con que la Ilustración acompañó su crítica de la situación existente en el ámbito penal y sus propuestas de fundamentar el derecho que le es propio sobre nuevas bases.

Max Weber

El político y el científico

CS 3403

En los trabajos que componen EL POLÍTICO Y EL CIENTÍFICO –precedidos por un prólogo de RAYMOND ARON en esta edición-, MAX WEBER (1864-1920) reflexiona acerca de la contraposición entre el quehacer del investigador y el comportamiento del hombre de acción. Por una parte, las virtudes del político parecen incompatibles con las cualidades del hombre de ciencia; por otra, sin embargo, existe una comunicación dialéctica entre conocimiento y acción, ya que el saber objetivo favorece un comportamiento racional y aumenta las probabilidades de conseguir las metas que el político se propone.

3463404

**

Con el paso de los siglos, la destacada actividad pública que TOMÁS MORO (1478-1535) ejerció en su época y que acabó llevándole al patíbulo por su enfrentamiento con Enrique VIII ha perdido importancia en favor de su dimensión como renovador del humanismo cristiano y de su labor intelectual y literaria. UTOPÍA es un hito clásico del Renacimiento y de la evolución de las ideas políticas. La presente versión, a cargo de Pedro Rodríguez Santidrián, toma como base las ediciones publicadas en 1518 en Basilea, que incluyen la correspondencia cruzada sobre la obra, así como el mapa idealizado de Utopía y el alfabeto de la lengua utopiana.

ISBN 978-84-206-3966-6

9 788420 639666

El libro de bolsillo

Ciencias sociales
Ciencia política

CS 3404 Tomás Moro Utopía